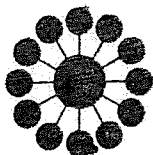


COMITE DE INVESTIGACION



Consejo Nacional
para la Enseñanza y la Investigación
de las Ciencias de la Comunicación
CONEICC

INVESTIGACION REGIONAL DE LA COMUNICACION SOCIAL

Crestomatia básica

PRIMER SEMINARIO
NACIONAL DE INVESTIGACION,
ORGANIZADO POR EL CONEICC,
CON APOYO DE LA FEDERACION
LATINOAMERICANA DE
ASOCIACIONES DE FACULTADES
DE COMUNICACION SOCIAL,
EN LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

XALAPA, VER. MÉXICO.
5 AL 9 SEPT 1988.

INDICE

0

Lo científico y lo ^{regional} ~~social~~ en la comunicación social.....
..... Fátima Fernández Christlieb. (presentación de
la *crisomatía* *para las sesiones del seminario*)

1

Por la ciencia.....Edgar Morin.

2

Introducción general a El Método.....Edgar Morin.

3

Planteamiento teórico y metodológico para el estudio de la
comunicación social.....Manuel Martín Serrano.

4

Consideraciones sobre el espacio social colonial y la forma-
ción de regiones en la Nueva España.....Lydia Espinosa,
Margarita Loera, Rodrigo Martínez y Marta Terán.

5

El sector externo y la organización espacial y regional de
México 1521-1910.....Alejandra Moreno Toscano y Enrique
Florescano.

6

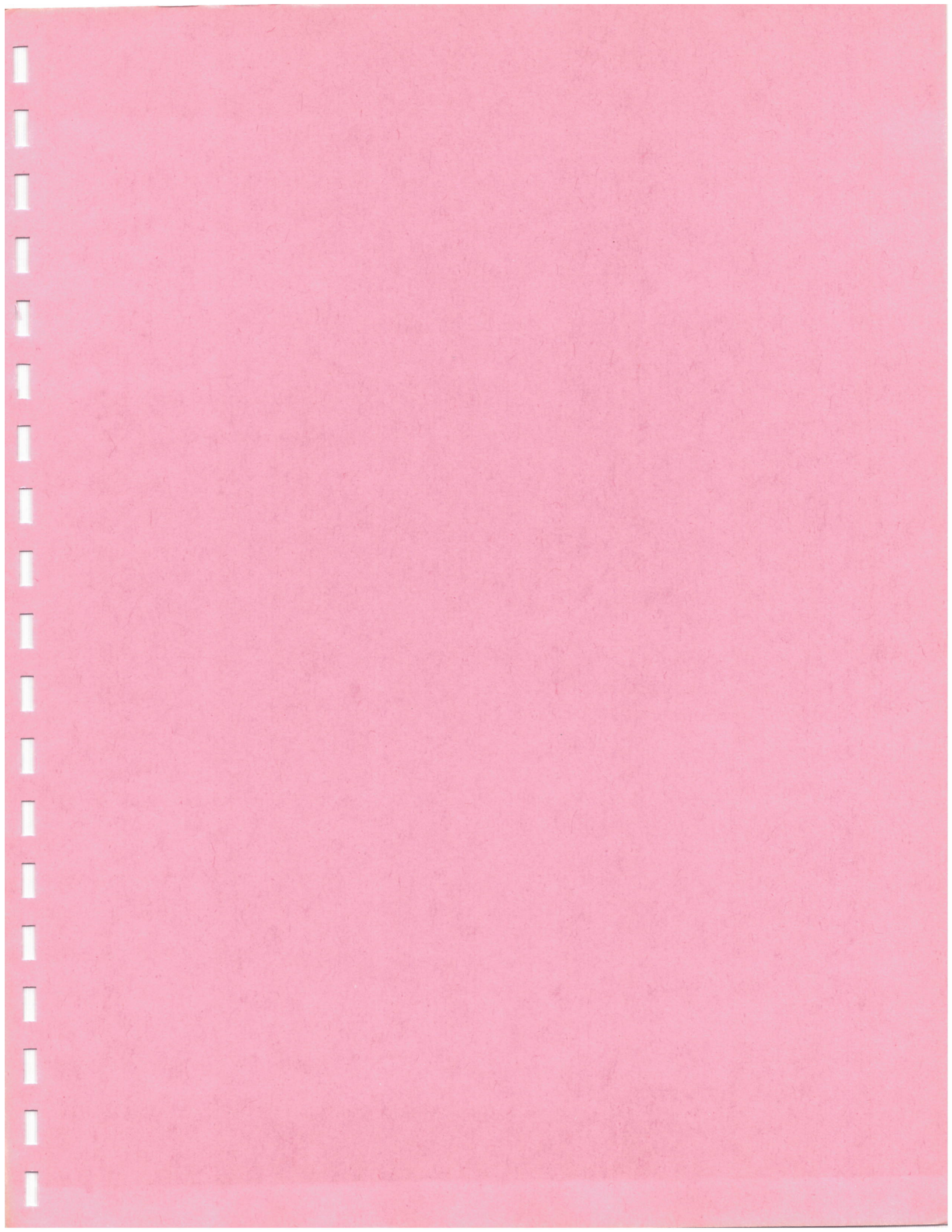
Microhistoria y ciencias sociales...Luis González y González.
Vejámen del microhistoriador mexicano..L.González y González.
Tres historiadores de provincia.....Luis González y González.

7

Reflexiones sobre historia regional...Carlos Martínez Assad.

8

agradecimiento.



LO CIENTIFICO Y LO REGIONAL EN LA COMUNICACION SOCIAL

(con sugerencias bibliográficas)

Fátima Fernández Christlieb

Uno de los rasgos característicos de esta década que está por concluir fue la irrupción -muy nítida y en ocasiones sonora- de lo regional en los distintos ámbitos nacionales. No sólo en México, país en el que tanto desde la presidencia de la República como desde los poblados más pequeños se ha lanzado un reclamo descentralizador , sino también en otras zonas del mundo que a su vez viven el tránsito hacia un Estado inscrito cada vez más en un marco supranacional.

Paradoja interesante la que trae consigo el fin del siglo y del milenio: se reclama atención hacia las diferencias regionales en una época en que la economía mundial y la tecnología informativa desdibujan las fronteras de los estados nacionales y permean el ejercicio del poder dando lugar a los gobiernos privatizadores. Ocurren fenómenos semejantes en diferentes partes del planeta, se homologan los cursos de la economía, a la vez que se reivindica lo diferente, lo distinto, lo propio, lo regional. Las antiguas empresas de los estados más tradicionalistas y también de los más modernos, se ven fragmentadas y reorganizadas para pasar a manos privadas y contribuir a dar sepultura al estado asistencial, benefactor, keynesiano o como se le llame vernáculamente a ese estado protector que tiende a desaparecer.

Cambios en las políticas económicas, obsolescencia en la organización del trabajo, mutaciones de fondo en el sindicalismo, interrogantes sobre los partidos políticos y su papel como mediadores entre los ciudadanos y un poder que cambia de marcos y de estilos. Crisis se le llama a todo esto. Crisis, que etimológicamente quiere decir eso: cambio, mutación tránsito. Crisis como progresión de incertidumbres, según la define Edgar Morin. Cambio también en la ciencia, en las teorías, en los métodos. No sólo en las ciencias sociales, también en las naturales.

¿Cómo estudiar , con un mínimo de confiabilidad, en un escenario así? ¿Cuáles de las teorías que eran válidas hace unos años pueden darnos todavía luz? ¿Qué método nos resulta confiable cuando un pensador como Morin le dedica cuatro volúmenes a una obra llamada El Método y en su introducción (después de recordarnos que método significa camino) hace suya aquella frase de Machado: "caminante, no hay camino, se hace camino al andar" ? (1) En suma: ¿Cómo dar pasos firmes en esto de la investigación regional de la comunicación social?

Pasos firmes es lo que podemos lograr. No construcciones de marcos teóricos inequívocos, ni aplicación de métodos-recetas infalibles. Ahora menos que nunca hay certezas teóricas y no sólo en el ámbito de lo social. También las ciencias de la naturaleza viven hoy los sacudimientos de lo que muchos autores han llamado la segunda gran revolución de la física, misma que estalla al principio de este siglo y cuestiona la mirada clásica de Galileo y Newton.

La teoría de la relatividad y la mecánica cuántica muestran que los acontecimientos físicos también están gobernados por probabilidades. En

este sentido, filósofos de la ciencia como Popper (2) y Kuhn (3) afirman que el desarrollo de la ciencia no se efectúa por acumulación de conocimientos sino por la transformación de los principios que organizan esos conocimientos. La primera de las lecturas incluidas en esta cressomatía presenta una versión muy accesible de este planteamiento. Si se quiere profundizar en estas cuestiones, Habermas presenta un marco más amplio sobre los mismos autores citados por Morin (4).

Esta primera lectura titulada "Por la ciencia", tiene como objetivo central ubicar (y tal vez desmitificar también) el pensamiento científico contemporáneo sin separar los terrenos estudiados por las ciencias sociales y por las naturales. Morin advierte en este texto sobre los peligros de que las mal llamadas ciencias exactas no se conciban a sí mismas como ciencias enraizadas en lo social, a la vez que señala la necesidad de que las ciencias sociales tomen consciencia de su raíz biofísica.

Morin afirma, con Popper, que si bien la ciencia es un campo siempre abierto donde se combaten no sólo las teorías sino también sus principios de explicación, en este juego científico hay reglas que no podemos violar el respeto a los datos y la obediencia a criterios de coherencia.

En su crítica a los principios de explicación en la ciencia clásica Morin adelanta lo que será una de sus preocupaciones a lo largo de El Método : el problema de la organización que es justamente la base de lo que él llama la "apuesta teórica" de su trabajo desarrollado durante veinticinco años. Morin parte de que "el conocimiento de lo que es organización podría transformarse en principio organizador de un conocimiento que articularía lo disjunto y complejizaría lo simplificado". Es

éste el eje de la segunda lectura incluida en esta crestomatía.

El paso de la ciencia en general a las ciencias sociales en particular, con especial atención en la teoría social de la comunicación, está planteado en el texto de Manuel Martín Serrano. A lo largo de esta tercera lectura incluida en la crestomatía, el autor se pregunta por las fuentes de la teoría social de la comunicación (5).

Los autores que hasta aquí hemos mencionado dan elementos epistemológicos para ubicar la investigación en comunicación social. Las siguientes lecturas son exposiciones de carácter histórico para la investigación desde las diversas regiones de México. El texto titulado "Consideraciones sobre el espacio social colonial y la formación de regiones en la Nueva España" expone criterios para conceptualizar el término región y deja planteadas algunas cuestiones para trabajar la articulación de las regiones con el Estado nacional, así como para comenzar a preguntarnos qué sería, conceptualmente, una historia social de la comunicación regional.

Relacionada con esta lectura aparece la siguiente que habla de la organización espacial y regional de México, no sólo tomando en cuenta la etapa colonial sino la del México independiente hasta la Revolución. Más allá de exponer el proceso de federalización del país, los autores al analizar las consecuencias de la instalación de las vías ferroviarias nos llevan a preguntarnos si ese proceso que favoreció a la Ciudad de México, a Veracruz y a la frontera norte se repitió con la aparición de nuevas vías y medios de comunicación. Todo parece indicar que la tecnología contemporánea depende menos de las decisiones del centro que antes. El acceso al satélite Morelos, por ejemplo, depende más de

la decisión del gobierno de una entidad federativa para colocar una serie de antenas transeptoras que de la Secretaría de Comunicaciones, pese al carácter federal de este tipo de emisiones. En todo caso el texto de Alejandra Moreno Toscano y de Enrique Florescano deja apuntados numerosos problemas para la discusión regional.

En la crestomatía se incluyen también dos textos de Luis González y González que complementan las propuestas metodológicas de las lecturas anteriores en torno a lo regional. Al subrayar la importancia de la microhistoria el autor abre la polémica con la lectura anterior en la que se afirma que todo esquema regional y toda organización del espacio es producto de relaciones de dominio que generalmente vienen del centro.

El último texto incluido es de Carlos Martínez Assad, quien junto a una serie de reflexiones sobre historia regional nos presenta el itinerario de su investigación sobre el Tabasco garridista. Este caso nos lleva a preguntarnos no sólo por otros movimientos regionales de la primera mitad del siglo, sino que proporciona también algunos elementos que dan luz sobre las actuales diferencias regionales. (6)

Si bien todas las lecturas aquí incluidas tienen un hilo conductor, éste no quedará perfectamente explicitado más que a través de la discusión. Ojalá que ésta se traduzca, más adelante, en pasos bien firmes sobre nuestras investigaciones regionales.

Lo científico y lo regional en la comunicación social.

NOTAS Y SUGERENCIAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) MORIN, Edgar. Citado en la pag.35 de El espíritu del valle o Introducción general a los cuatro volúmenes de EL METODO. Ediciones Cátedra, S.A. Madrid. Este primer volumen apareció en 1981.

Los títulos de los cuatro volúmenes son:

1. La naturaleza de la naturaleza.
2. La vida de la vida.
3. El devenir del devenir.
4. El conocimiento del conocimiento.

Para iniciar a los alumnos en la problemática expuesta por Morin en El Método, se sugieren los siguientes textos de divulgación del mismo autor:

- a) El paradigma perdido. Ensayo de bioantropología.
Editorial Kairós, Barcelona. 1a edición 1974.
- b) Para salir del siglo XX
Editorial Kairós, Barcelona. 1a. edición 1982
- c) Ciencia con consciencia.
Anthropos, Editorial del hombre, Barcelona. 1a. edición 1984

- (2) Los principales textos de la obra de Karl R. Popper, en orden cronológico son:

- Lógica de la investigación científica (1934) con sus tres post-scripta, redactados entre 1951 y 1956 que son:

- a) Realismo y el objetivo de la ciencia
- b) El universo abierto
- c) Teoría cuántica y el cisma de la física

(Los tres publicados en castellano por la editorial TECNOS, Madrid 1985, 1986 y 1987 respectivamente)

- La miseria del historicismo (1944) Taurus, Madrid 1961
Alianza editorial, Madrid 1973
- La sociedad abierta y sus enemigos (1945) Ediciones Paidós,
Barcelona-Buenos Aires
2a reimpr. 1982
- El desarrollo del conocimiento científico: conjeturas y refutaciones. (1963) En castellano: Ediciones Paidós.

...sigue K. Popper.

- Conocimiento objetivo: un enfoque evolucionista (1972)
- El yo y su cerebro (1977) (Teoría de la mente objetiva) Esta obra fue escrita con John Eccles y en castellano está publicada por Editorial Labor Universitaria.

Para un panorama general de la obra de Popper se recomienda su autobiografía:

- Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual. Editorial Tecnos S.A. Madrid, 1985.

- (3) KUHN, Thomas. La estructura de las revoluciones científicas. Breviarios del Fondo de Cultura Económica. no. 213. México, 1a edición 1971.

Kuhn, Thomas. La teoría del cuerpo negro y la discontinuidad cuántica. Alianza Universidad, Madrid 1980.

Un panorama general sobre la mecánica cuántica resulta importante, no sólo por ser soporte de la ciencia moderna sino también porque en una de sus áreas -la física del estado sólido- se producen los conocimientos que dan lugar al desarrollo tecnológico de la segunda mitad del siglo XX. Las ecuaciones de la mecánica cuántica describen el comportamiento de objetos minúsculos y permitieron el avance acelerado de los semiconductores y de la microelectrónica en general. Para los estudiosos de ciencias sociales se recomiendan textos introductorios como:

- March, Robert. Física para poetas. Siglo XXI Editores, México 1977.
- Jauch, J.M. Sobre la realidad de los cuantos. Alianza Editorial Madrid, 1985.
- Gribbin, John. En busca del gato de Schrödinger. Biblioteca científica Salvat. Barcelona 1986.

- (4) Tanto Edgar Morin como Jürgen Habermas citan a Popper y a Kuhn en el mismo sentido. Morin lo hace en Ciencia con consciencia op. cit. pag. 38 y Habermas en: Teoría de la acción comunicativa Tomo I. Taurus Ediciones, Madrid 1987, pag. 156. Además de esta obra central de Habermas, en castellano están:

- Historia y crítica de la opinión pública (1962) G. Gili, Barcelona 1981
- Teoría y praxis (1963) Editorial Sur, Buenos Aires 1966.
- Conocimiento e interés. (1968) Ed. Taurus, Madrid 1982.
- Ciencia y técnica como ideología (1968) Ed. Tecnos, Madrid 1984
- La crisis de racionalidad en el capitalismo maduro. Amorrortu 1973
- La reconstrucción del materialismo histórico (1976) Taurus. 1981 .

- (5) Sobre este punto se recomienda también la lectura de "Contribución a la crítica de la comunicación realmente existente" de Carlos Villagrán, texto que será expuesto por su autor durante el seminario.

También resulta indispensable el libro: Fractura: elementos para una reconsideración crítica de la comunicación como objeto de estudio de lo científico social. Autor: Felipe López Veneroni. Edición Trillas-CONEICC. (de próxima aparición). Primer premio en el segundo certamen nacional de tesis CONEICC.

- (6) Se recomienda ampliamente:

Sánchez Ruiz, Enrique.

Los estudios regionales sobre medios de difusión en México y la centralización.

Ponencia presentada en el seminario sobre Balance y perspectivas de los estudios regionales en México. Instituto de Investigaciones Sociales. UNAM. 27-29 septiembre 1987. México.

Igualmente consultar la revista SECUENCIA y el Catalogo de Publicaciones del Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. Plaza Valentín Gómez Farías No. 12. Col San Juan. Delegación Benito Juárez. México 03730 DF. Telefonos: 598-34-15 598-37-71

POR LA CIENCIA *

EDGAR MORIN

CIENCIA Y CONSCIENCIA
EDITORIAL ANTROPOS, BARCELONA
1982

I. LA CIENCIA-PROBLEMA

Desde hace tres siglos, el conocimiento científico no ha hecho más que probar sus virtudes de verificación y descubrimiento con respecto a los demás modos de conocimiento. Se trata del conocimiento vivo que guía la gran aventura del descubrimiento del universo, de la vida, del hombre. Ha aportado, y singularmente en este siglo, un progreso fabuloso a nuestro saber. Hoy sabemos medir, pesar, analizar el sol, calcular el número de partículas que constituyen nuestro universo, descifrar el lenguaje genético que informa y programa toda organización viviente. Este conocimiento permite una precisión extrema en todos los dominios de la acción, incluso en la conducción de las naves espaciales fuera de la órbita terrestre.

Correlativamente, es evidente que el conocimiento científico ha determinado progresos técnicos inauditos, entre ellos la domesticación de la energía nuclear y los inicios de la ingeniería genética. La ciencia es, pues, elu-

* Artículos aparecidos en *Le Monde*, 5, 6, 7 y 8 enero 1982.

cidante (resuelve enigmas, disipa misterios), enriquecedora (permite satisfacer necesidades sociales y, con ello, desarrollar la civilización) y, de hecho, es justamente conquistadora, triunfante.

Y sin embargo, esta ciencia elucidante, enriquecedora, conquistadora, triunfante, nos plantea problemas cada vez más graves referentes al conocimiento que produce, a la acción que determina, a la sociedad que transforma. Esta ciencia liberadora aporta al mismo tiempo terroríficas posibilidades de sojuzgamiento. Este conocimiento tan vivo es el que ha producido la amenaza de aniquilación de la humanidad. Para concebir y comprender este problema hay que acabar con la estúpida alternativa entre una ciencia «buena», que sólo aporta ventajas, y una ciencia «mala», que sólo aporta perjuicios. Por el contrario, y desde el comienzo, debemos disponer de un pensamiento capaz de concebir y comprender la ambivalencia, es decir, la complejidad intrínseca que se halla en el mismo corazón de la ciencia.

El lado malo

El desarrollo científico comporta un cierto número de rasgos «negativos» que son bien conocidos, pero que a menudo sólo aparecen como inconvenientes secundarios o como subproductos menores.

1) El desarrollo disciplinar de las ciencias no sólo aporta las ventajas de la división del trabajo (es decir, la contribución de las partes especializadas a la coherencia de un todo organizador), sino también los inconvenientes de la superespecialización: compartimentación y fragmentación del saber.

2) Se ha constituido una gran disyunción entre las ciencias de la naturaleza y lo que de forma prematura se denomina ciencias del hombre. En efecto, el punto de vista de las ciencias de la naturaleza excluye el espíritu y

la cultura que producen estas mismas ciencias, por lo que no alcanzamos a pensar el estatus social e histórico de las ciencias naturales. Desde el punto de vista de las ciencias del hombre, somos incapaces de pensarnos, a nosotros, seres humanos dotados de espíritu y de conciencia, en tanto que seres vivientes biológicamente constituidos.

3) Las ciencias anirosociales adquieren todos los vicios de la especialización y ninguna de sus ventajas. Los conceptos molares de hombre, de individuo, de sociedad, que se aplican a diversas disciplinas, de hecho son triturados o lacerados entre estas disciplinas, sin que puedan ser reconstituidos por las tentativas interdisciplinarias. Por ello, ciertos Diafoirus* han creído que su impotencia para dar un sentido a estos conceptos probaba que las ideas de hombre, de individuo y de sociedad eran ingenuas, ilusorias o misticificadoras.

4) La tendencia a la fragmentación, a la disyunción, a la esoterización del saber científico, lleva consigo la tendencia a su anonimización. Parece que nos acercamos a una temible revolución en la historia del saber, en la que éste, dejando de ser pensado, meditado, reflexionado, discutido por los seres humanos, integrado en la búsqueda individual de conocimiento y de sabiduría, resulta estar destinado cada vez más a ser acumulado en los bancos de datos, y después computado por instancias manipuladoras, en primer lugar, el Estado.

No se debe eliminar la hipótesis de un neo-ocultismo generalizado producido por el mismo movimiento de las especializaciones, en donde el mismo especialista deviene ignaro de todo aquello que no concierne a su disciplina, en donde el no especialista renuncia de antemano a toda posibilidad de reflexionar sobre el

* Personajes —padre e hijo— de *El enfermo imaginario*, de Molière; caracteres ignorantes y pretenciosos (N. de la T.).

mundo, la vida, la sociedad, dejando ese cuidado a los científicos, que no tienen ni tiempo ni los medios conceptuales. Situación paradójica ésta, en la que el desarrollo del conocimiento instaura la resignación a la ignorancia y en la que el desarrollo de la ciencia es, al mismo tiempo, el de la inconsciencia.

5) En fin, sabemos cada vez más que el progreso científico produce tantas potencialidades sojuzgadas o mortales como benéficas. Desde la ya muy lejana Hiroshima, sabemos que la energía atómica significa potencialidad de suicidio de la humanidad; sabemos que, incluso cuando es pacífica, comporta peligros no sólo biológicos, sino también, o sobre todo, sociales y políticos. Presentimos que la ingeniería genética puede tanto industrializar la vida como biologizar la industria. Advirtamos que la elucidación de los procesos bioquímicos del cerebro permitirá intervenciones en nuestra afectividad, nuestra inteligencia, nuestro espíritu.

Más aún: los poderes creados por la actividad científica escapan totalmente a los propios científicos. Este poder, fragmentado en el nivel de la investigación, está concentrado en el nivel de los poderes económicos y políticos. De alguna manera, los científicos producen un poder sobre el que no tienen poder, que depende de instancias a todopoderosas, aptas para utilizar a fondo todas las posibilidades de manipulación y destrucción surgidas del propio desarrollo de la ciencia.

Así pues, hay:

- Progreso inaudito de los conocimientos científicos, correlativo a un progreso múltiple de la ignorancia.
- Progreso de los aspectos benéficos de la ciencia, correlativo al progreso de sus aspectos nocivos o mortíferos.
- Progreso incrementado de los poderes de la ciencia, correlativo a la impotencia incrementada de los científicos respecto de estos mismos poderes.

Las más de las veces, la consciencia de esta situación llega rota al espíritu del investigador científico. Este reconoce esta situación y a la vez se protege de ella en una visión tripartita en la que son separadas estas tres nociones: 1) ciencia (pura, noble, desinteresada); 2) técnica (lengua de Esopo que sirve para lo mejor y para lo peor); 3) política (mala y nociva que pervierte el uso de la ciencia). Ahora bien, no se puede vaciar pura y simplemente el «lado malo» de la ciencia en las políticas, la sociedad, el capitalismo, la burguesía, el totalitarismo. Digamos incluso que la acusación al político por parte del científico se convierte, para el investigador, en el medio de elucidar la toma de consciencia de las interrelaciones entre ciencia, sociedad, técnica, política.

Una era histórica

Estamos en una era histórica en la que los desarrollos científicos, técnicos sociológicos se hallan en interrelaciones cada vez más estrechas y múltiples.

Por sí misma, la experimentación científica constituye una técnica de manipulación (una «manip»), y el desarrollo de las ciencias experimentales desarrolla los poderes manipuladores de la ciencia sobre las cosas físicas y los seres vivientes. Favorece el desarrollo de las técnicas, el cual, a su vez, aporta nuevos modos de experimentación y de observación, como los aceleradores de partículas y los radiotelescopios, que permiten nuevos desarrollos del conocimiento científico. Así, la potencialidad de manipulación no se halla fuera de la ciencia: reside en el carácter, que se ha vuelto inseparable, del proceso científico → técnico. El método experimental es un

↑
método de manipulación que necesita cada vez más técnicas, las cuales permiten cada vez más manipulaciones.

En función de este proceso, la situación y el papel de

la ciencia en la sociedad se han modificado profundamente desde el siglo XVII. En el origen, los investigadores eran aficionados, en el sentido primario del término; eran a la vez filósofos y científicos. La actividad científica era sociológicamente marginal, periférica. Actualmente, la ciencia se ha convertido en una institución poderosa y masiva en el centro de la sociedad, subvencionada, nutrida, controlada por los poderes económicos y estatales. De este modo, nos hallamos en un proceso interretroactivo

ciencia → técnica → sociedad → Estado.

La técnica producida por las ciencias transforma la sociedad, pero también retroactivamente, la sociedad tecnolozada transforma a la propia ciencia. Los intereses económicos, capitalistas, el interés del Estado, juegan su papel activo en este circuito por sus finalidades, sus programas, sus subvenciones. La institución científica sufre los constrinimientos tecnoburocráticos propios de los grandes aparatos económicos o estatales, pero ni el Estado, ni la industria, ni el capital son guiados por el espíritu científico: utilizan los poderes que la investigación científica les aporta.

Una doble tarea ciega

Estas indicaciones demasiado rápidas bastan para mi propósito: ya que la ciencia se halla en el corazón de la sociedad y, aunque se *distingue muy bien en esta sociedad, es inseparable de ella*, esto significa que *todas las ciencias, incluidas las físicas y las biológicas, son sociales. Pero no debemos olvidar que todo lo antroposocial tiene un origen, un enraizamiento y un componente biológico*. Y ahí es donde hay una doble tarea ciega: la ciencia natural no tiene ningún medio para concebirse como realidad social; la ciencia antroposocial no tiene ningún

medio para concebirse en su enraizamiento biofísico; la ciencia no tiene los medios para concebir su rol social y su naturaleza propia en la sociedad. Más profundamente: la ciencia no controla su propia estructura de pensamiento. El conocimiento científico es un conocimiento que no se conoce en absoluto. Esta ciencia, que ha desarrollado metodologías tan asombrosas y hábiles para aprehender todos los objetivos externos a ella, no dispone de ningún método para conocerse y pensarse a sí misma.

Hace casi cincuenta años, Husserl diagnosticó la tarea ciega: la eliminación por principio del sujeto observador, experimentador y conceptuador de la observación, de la experimentación, de la concepción, ha eliminado al actor real, al científico, hombre, intelectual, universitario, espíritu, integrado en una cultura, una sociedad, una historia. Se puede decir incluso que la vuelta reflexiva del sujeto científico sobre sí mismo es científicamente imposible, porque el método científico se ha fundado en la disyunción del sujeto y del objeto, y por lo que se ha vuelto a remitir al sujeto a la filosofía y a la moral. Es cierto que un científico siempre tiene la posibilidad de reflexionar sobre su ciencia, pero se trata de una reflexión extra o metacientífica que no dispone de las virtudes verificadoras de la ciencia.

Así, nadie está más desarmado que el científico para pensar su ciencia. La pregunta: «¿Qué es la ciencia?» es la única que todavía no tiene ninguna respuesta científica. Esta es la razón de que, más que nunca, se imponga la necesidad de un autoconocimiento del conocimiento científico. Éste debe formar parte de toda política de la ciencia, así como de la disciplina mental del científico. ~~El pensamiento de Adorno y de Habermás nos recuerda~~ sin cesar que la enorme masa del saber cuantificable y técnicamente utilizable no es más que veneno si se le priva de la fuerza liberadora de la reflexión.

II. LA VERDAD DE LA CIENCIA

El espíritu científico es incapaz de pensarse a sí mismo en tanto crea que el conocimiento científico es el reflejo de lo real. ¿No lleva en sí este conocimiento la prueba empírica (datos verificados por observaciones/experimentaciones diferentes) y la prueba lógica (coherencia de las teorías)? Entonces, la verdad objetiva de la ciencia escapa a toda consideración: científica, pues es esta consideración misma. Lo que es elucidante no necesita ser elucidado.

Ahora bien, los diferentes trabajos, y en numerosos puntos antagonistas, de Popper, Kuhn, Lakatos, Feyerabend, entre otros, tienen como rasgo común mostrar que las teorías científicas, como los icebergs, tienen una enorme parte sumergida que no es científica, pero que es indispensable para el desarrollo de la ciencia. Es allí donde se sitúa la zona ciega de la ciencia que crea que la teoría refleja lo real. Lo propio de la cientificidad no es reflejar lo real, sino traducirlo en teorías cambiantes y refutables.

En efecto, las teorías científicas dan forma, ordenan y organizan los datos verificados sobre los que se fundan, y por ello mismo son sistemas de ideas, construcciones del espíritu que se aplican a los datos para adecuarseles. Pero, continuamente, nuevos medios de observación o de experimentación, o una nueva atención, hacen surgir datos desconocidos, invisibles.

A partir de ahí, las teorías dejan de ser adecuadas y, si no es posible ampliarlas, se hace necesario inventar otras nuevas. De hecho, «la ciencia es más cambiante que la teología», como señalara Whitehead. En efecto, la teología tiene una estabilidad muy grande porque se funda en un mundo sobrenatural inverificable, mientras que lo que se funda en el mundo natural siempre es refutable.

La evolución del conocimiento científico no es sólo de aumento y extensión del saber. También es de transformaciones, de rupturas, de paso de unas teorías a otras. Las teorías científicas son mortales, y son mortales porque son científicas. La visión que Popper da de la evolución de la ciencia es la de una selección natural en la que las teorías resisten un tiempo, no porque sean verdaderas, sino porque son las mejor adaptadas al estado contemporáneo de los conocimientos.

Kuhn aporta otra idea no menos importante, y es la de que, en la evolución científica, se producen transformaciones revolucionarias en donde un paradigma, principio superior que controla las visiones del mundo, se hunde para dejar lugar a un paradigma nuevo. Se pensaba que el principio de organización de las teorías científicas era pura y simplemente lógico. Se debe ver, con Kuhn, que en el interior y por debajo de las teorías existen, inconscientes e invisibles, algunos principios fundamentales que controlan y rigen, de forma oculta, la organización del conocimiento científico y el uso mismo de la lógica.

A partir de ahí, podemos comprender que la ciencia sea «verdadera» en sus datos (verificados, verificables), sin que por ello sus teorías sean «verdaderas». Entonces, ¿qué es lo que hace que una teoría sea científica, si no es su «verdad»? Aquí ha aportado Popper la idea capital que permite distinguir la teoría científica de la doctrina (no científica): una teoría es científica cuando acepta que su falsedad pueda ser demostrada eventualmente. Una doctrina, un dogma, por su parte, encuentran en sí mismos su autoverificación incesante (referencia al pensamiento sacralizado de los fundadores, certidumbre de que la tesis está definitivamente probada). El dogma es inatacable por la experiencia. La teoría científica es biodegradable. Lo que Popper no vio es que la propia teoría puede ser o bien científica (aceptando el

juego de la contestación y la refutación, es decir, aceptando su muerte eventual), o bien doctrina autosuficiente, cosa que ocurre tanto en el marxismo como en el freudismo.

A partir de ahí, el conocimiento progresa en el plano empírico por aumento de las «verdades», y en el plano teórico por eliminación de errores. El juego de la ciencia no es el juego de la posesión y ampliación de la verdad; es el juego donde el combate por la verdad se confunde con la lucha contra el error.

La incertidumbre/certidumbre

El conocimiento científico es un conocimiento cierto, en el sentido de que se funda en datos verificados y es apto para proporcionar predicciones concretas. No obstante, el progreso de las certidumbres científicas no va de ningún modo en el sentido de una gran certidumbre.

Es cierto que se pensó durante mucho tiempo que el universo era una máquina determinista impecable que podría ser totalmente conocida, y aún hay algunos que creen que una ecuación clave nos revelaría su secreto. Ahora bien, de hecho, el enriquecimiento de nuestro conocimiento del universo desemboca en el misterio de su origen, de su ser, de su futuro. La naturaleza del tejido profundo de nuestra realidad física se oculta en el movimiento mismo en el que se le comienza a percibir. Nuestra lógica se atasca o enloquece ante lo infinitamente pequeño y lo infinitamente grande, el vacío físico y las energías muy elevadas. Los extraordinarios descubrimientos de la organización, molecular e informacional a la vez, de la máquina viviente no nos conducen al conocimiento final de la vida, sino a las puertas del problema de la auto-organización.

Se puede decir incluso que, de Galileo a Einstein, de Laplace a Hubble, de Newton a Bohr, hemos perdido el

irono de certeza que ponía a nuestro espíritu en el centro del universo: hemos aprendido que somos, nosotros, ciudadanos del planeta Tierra, los habitantes de las afueras de un Sol de extrarradio, el mismo exiliado en la periferia de una galaxia periférica de un universo mil veces más misterioso de lo que nadie habría imaginado no hace ni un siglo. El progreso de las certidumbres científicas produce, pues, un progreso de la incertidumbre. Pero se trata de una incertidumbre «buena» que nos libera de una ilusión ingenua y nos despierta de un sueño legendario: se trata de una ignorancia que se conoce como ignorancia. Y así, tanto las ignorancias como los conocimientos surgidos del progreso científico aportan un esclarecimiento irremplazable a los problemas fundamentales denominados filosóficos.

La regla del juego

Así, la ciencia no sólo es una acumulación de verdades verdaderas. Siguiendo a Popper, digamos más: es un campo siempre abierto donde se combaten no sólo las teorías, sino también los principios de explicación; es decir, las visiones del mundo, y los postulados metafísicos. Pero este combate tiene y mantiene sus reglas del juego: el respeto a los datos, por una parte; la obediencia a la superioridad de la ciencia sobre cualquier otra forma de conocimiento es la obediencia a esta regla del juego por parte de los debatientes-combatientes, que la aceptan sin equívoco.

Ello quiere decir, al mismo tiempo, que sería un burdo error pensar en una ciencia que estuviera limpia de toda ideología y en la que no reinara más que una sola visión del mundo o teoría «verdadera». De hecho, el conflicto de las ideologías, de los presupuestos metafísicos (conscientes o no), es una condición *sine qua non* pa-

ra la vitalidad de la ciencia. Aquí se opera al mismo tiempo una necesaria desmitificación: el científico no es un hombre superior, desinteresado, en relación a sus conciudadanos. Se dan las mismas pequeñas, la misma propensión al error, pero es su juego, el juego científico de la verdad y del error, el que es superior en un universo ideológico, religioso, político, en el que este juego es bloqueado o falsado. El físico no es más inteligente que el sociólogo, que aún no alcanza a hacer una ciencia de la sociología. Y es que en sociología la regla del juego tiene muchas más dificultades para establecerse: en ella la verificación experimental es casi imposible, en ella siempre está comprometida la subjetividad. La idea de que la virtud capital de la ciencia reside en las reglas propias de su juego de la verdad y del error, nos muestra que *lo que debe ser salvaguardado absolutamente como condición fundamental para la propia vida de la ciencia es la pluralidad conflictiva en el seno de un juego que obedece a las reglas empírico-lógicas.*

De este modo vemos que, al mismo tiempo que corresponde a datos de carácter objetivo, el conocimiento científico no es el reflejo de las leyes de la naturaleza. Lleva en sí un universo de teorías, de ideas, de paradigmas, que nos remite a las condiciones bio-antropológicas del conocimiento (pues no hay espíritu sin cerebro), por una parte, y al enraizamiento cultural, social, histórico de las teorías, por la otra. Las teorías científicas surgen de los espíritus humanos en el seno de una cultura *hic et nunc.*

El conocimiento científico no podría ser aislado de sus condiciones de elaboración. Pero tampoco podría ser reducido a estas condiciones. La ciencia no podría ser considerada como una pura y simple «ideología» social, pues sostiene un diálogo incesante en el campo de la verificación empírica con el mundo de los fenómenos.

Es necesario, pues, que toda ciencia investigue sus

estructuras ideológicas y de su enraizamiento sociocultural. Aquí nos damos cuenta de que nos falta una ciencia capital, la ciencia de las cosas del espíritu o noología, apta para concebir cómo y en qué condiciones culturales las ideas se reúnen, se disponen, se encadenan unas a otras, constituyen sistemas que se autorregulan, se auto-defienden, se automultiplican, se autopropagan. Nos falta una sociología del conocimiento científico que sea no sólo tan poderosa, sino más compleja aún que la ciencia a la que examina.

Es decir, que *estamos en el alba de un esfuerzo de largo alcance y en profundidad, que necesita de múltiples desarrollos nuevos, con el fin de permitir que la actividad científica disponga de los medios de la reflexividad, es decir, de la autoinvestigación.*

La necesidad de una ciencia de la ciencia ya ha sido formulada muchas veces. Pero hay que decir que, en conformidad con las demostraciones de Tarsky y Gödel, semejante ciencia sería, en relación a la ciencia actual, una «meta-ciencia», dotada de un meta-punto de vista, más rico, más amplio, para considerar científicamente a la propia ciencia.

Esta meta-ciencia no podría ser la ciencia definitiva. Se abriría hacia nuevos meta-horizontes. Y esto es lo que hace que se nos muestre otro rostro de la «verdad» de la ciencia: La ciencia es y sigue siendo una aventura. La verdad de la ciencia no está solamente en la capitalización de las verdades adquiridas, en la verificación de las teorías conocidas. Está en el carácter abierto de la aventura que permite, quiero decir, que exige hoy día que se vuelvan a poner en cuestión sus propias estructuras de pensamiento. Bronovski decía que el concepto de la ciencia no es ni absoluto ni eterno. Puede que nos hallemos en un momento crítico en el que el propio concepto de ciencia se esté modificando.

III. ¿ESTAMOS VIVIENDO UNA REVOLUCIÓN CIENTÍFICA?

El conocimiento científico está en estado de renovación desde principios de siglo. Podemos preguntarnos incluso si las grandes transformaciones que han afectado a las ciencias físicas —de la microfísica a la astrofísica—, las ciencias biológicas —de la genética y la biología molecular a la etología—, la antropología (la pérdida del privilegio heliocéntrico por el que la racionalidad occidental se consideraba juez y medida de toda cultura y civilización), no preparan una transformación en el modo mismo de pensar lo real. Podemos preguntarnos si, en suma, no se elabora desde todos los horizontes científicos, de forma todavía dispersa, confusa, incoherente, embrionaria, lo que Kuhn llama una revolución científica, que, cuando es ejemplar y fundamental, entraña un cambio de paradigmas (es decir, de los principios de asociación/exclusión fundamentales que rigen todo pensamiento y toda teoría) y, por ello, un cambio en la propia visión del mundo.

Intentemos indicar en qué sentido creemos entrever la revolución de pensamiento que se esboza. Los principios de explicación clásicos que regían antes de ser perturbados por las transformaciones que he evocado más arriba, postulaban que la aparente complejidad de los fenómenos podía explicarse a partir de algunos principios simples, que la asombrosa diversidad de los seres y de las cosas podía explicarse a partir de algunos elementos simples. La simplificación se aplicaba a estos fenómenos por disyunción y reducción. La disyunción aísla a los objetos, no sólo los unos de los otros, sino también de su entorno y de su observador. El pensamiento disyuntivo aísla a las disciplinas unas de otras e insulariza a la ciencia en la sociedad por el mismo proceso. La reducción, a su vez, unifica lo diverso o múltiple, bien sea con lo elemental, o bien con lo cuantificable. Así, el pensamiento

reductor no concede la «verdadera» realidad a las totalidades, sino a los elementos; no a las cualidades, sino a las medidas; no a los seres y a los existentes, sino a los enunciados formalizables y matematizables.

La alternativa mutilante

De este modo, regido por disyunción y reducción, el pensamiento simplificador no puede escapar a la alterativa mutilante cuando considera la relación entre física y biología, biología y antropología; o bien desjunta, y este fue el caso del «vitalismo», que se negaba a considerar la organización fisicoquímica de lo viviente, como es el caso del antropologismo, que se niega a considerar la naturaleza biológica del hombre; o bien reduce, y este es el caso del «reduccionismo», que reduce la complejidad viviente a la simplicidad de las interacciones físico-químicas, como es el caso de las visiones para las que todo lo humano obedece a la sola herencia genética, o que asimilan las sociedades humanas a organismos vivientes.

El principio de simplificación, que ha animado a las ciencias naturales, ha conducido a los descubrimientos más admirables, pero son estos mismos descubrimientos los que, finalmente, arruinan actualmente toda visión simplificadora. En efecto, la investigación física ha descubierto la molécula, después el átomo y después la partícula, animada por la obsesión del elemento de base del universo. Del mismo modo, lo que ha suscitado los magníficos descubrimientos que aclaran los funcionamiento y procesos de la maquinaria viviente es la obsesión molecular pero al buscar el principio sumario y la ley simple del universo, las ciencias físicas han descubierto la inaudita complejidad del tejido microfísico y comienzan a entrever la fabulosa complejidad del cosmos.

Al elucidar la pase molecular del código genético la biología comienza a descubrir el problema teórico-complejo de la auto-organización viviente, cuyos principios difieren de los de nuestras máquinas artificiales más perfeccionadas.

La crisis del principio clásico de explicación

El principio de explicación de la ciencia clásica excluía el alea (apariciencia debida a nuestra ignorancia), para no concebir más que un universo estricta y totalmente determinista. Pero, desde el siglo XIX, la noción de calor introduce desorden y dispersión en el corazon mismo de la física, y la estadística permite asociar azar (a nivel de los individuos) y necesidad (a nivel de las poblaciones). Actualmente, en todos los frentes, las ciencias trabajan con el alea cada vez más, particularmente para comprender todo lo evolutivo, y consideran un universo donde se combinan azar y necesidad.

El principio de explicación de la ciencia clásica no concebía la organización como tal. Se reconocían las organizaciones (sistema solar, organismos vivientes), pero no el problema de la organización. Actualmente, el estructuralismo, la cibernética, la teoría de sistemas, han realizado, cada uno a su manera, avances hacia una teoría de la organización, y ésta comienza a permitirnos entrever, más allá, la teoría de la auto-organización, necesaria para comprender a los seres vivientes.

El principio de explicación de la ciencia clásica veía en la aparición de una contradicción el signo de un error de pensamiento, y suponía que el universo obedecía a la lógica aristotélica. Las ciencias modernas reconocen y afrontan las contradicciones cuando los datos exigen de forma coherente y lógica la asociación de dos ideas contrarias para concebir un mismo fenómeno (la parti-

cula que se manifiesta unas veces como onda y otras como corpúsculo, por ejemplo).

El principio de explicación de la ciencia clásica eliminaba al observador de la observación. La microfísica, la teoría de la información, la teoría de sistemas, vuelven a introducir al observador en la observación. La sociología y la antropología exigen situarse hic et nunc, es decir, tomar consciencia de la determinación etnosociocéntrica que, de partida, hipoteca toda concepción de la sociedad, de la cultura, del hombre.

El sociólogo debe preguntarse continuamente cómo puede concebir una sociedad de la que forma parte. El antropólogo contemporáneo ya se dice: «¿Cómo puede yo, nacido en una cultura, comprender de los valores de mi cultura, juzgar una cultura llamada primitiva o arcaica? ¿Qué valores, ¿cuáles, de racionalidad? ¿A partir de ahí comienza la necesaria autorrelativización del observador, que se pregunta: «¿quién soy?», «¿dónde estoy?». El yo que aquí surge es el yo modesto que descubre que su punto de vista es necesariamente parcial y relativo. Así, vemos que el propio progreso del conocimiento científico necesita que el observador se incluya en su observación, que el concepto se incluya en su concepción, en suma, que el sujeto se vuelva a introducir de forma autocrítica y autorreflexiva en su conocimiento de los objetos.

Por un principio de complejidad

Por doquier surge la necesidad de un principio de explicación más rico que el principio de simplificación (disyunción/reducción), al que se puede llamar principio de complejidad. Es cierto que éste se funda en la necesidad de distinguir y analizar, como el precedente; pero además pretende establecer la comunicación entre lo que es distinguido: el objeto y el entorno, la cosa observada y su observador. No se esfuerza en sacrificar el to-

do a la parte, la parte al todo, sino en concebir la difícil problemática de la organización, por la que, como decía Pascal, «es imposible conocer las partes sin conocer el todo, de igual modo que conocer el todo sin conocer particularmente las partes».

Se esfuerza en abrir y desarrollar por doquier el diálogo entre orden, desorden y organización para concebir, en su especificidad, en cada uno de sus niveles, los fenómenos físicos, biológicos y humanos. Se esfuerza en la visión poliocular o poliscópica, en la que, por ejemplo, las dimensiones físicas, biológicas, espirituales, culturales, sociológicas, históricas de lo humano dejan de ser incommunicables.

El principio de explicación de la ciencia clásica tendía a reducir lo concebible a lo manipulable. Actualmente, hay que insistir con fuerza en la utilidad de un conocimiento que pueda servir para ser reflexionado, meditado, discutido, incorporado por cada uno en su saber, su experiencia, su vida...

Los principios ocultos de la disyunción/reducción que han alumbrado a la investigación en la ciencia clásica son los mismos que nos vuelven ciegos ante la naturaleza técnica, social y política de la ciencia, ante la naturaleza física, biológica, cultural, social e histórica a la vez de todo lo humano. Son los que han establecido y mantienen la gran disyunción naturaleza/cultura, objeto/sujeto. Son los que no ven más que apariencias ingenuas en la realidad compleja de nuestros seres, de nuestras vidas, de nuestro universo.

Se trata de buscar, en lo sucesivo, la comunicación entre la esfera de los objetos y la esfera de los sujetos que conciben estos objetos. Se trata de establecer la relación entre ciencias naturales y ciencias humanas, sin reducir las unas a las otras (pues ni lo humano se reduce a lo biofísico ni la ciencia biofísica se reduce a sus condiciones antropológicas de elaboración).

A partir de ahora no se puede reducir el problema de una política de la investigación al aumento de los medios puestos a disposición de las ciencias. *También* se trata —y subrayo el «también» para indicar que no propongo una alternativa, sino un complemento— de que la política de la investigación pueda ayudar a que las ciencias cumplan las transformaciones/metamorfosis en la estructura del pensamiento que su propio desarrollo requiera. Un pensamiento apto para afrontar la complejidad de lo real, que al mismo tiempo permita que la ciencia reflexione sobre sí misma.

IV. PROPUESTAS PARA LA INVESTIGACIÓN

No tenemos que volver aquí sobre las grandes orientaciones que se han fijado para la investigación. Es deseable que se definan y reconozcan estas orientaciones complementarias:

- 1) Que los caracteres institucionales (tecnocráticos) de la ciencia no ahoguen, sino que den cuerpo a sus caracteres aventureros.
- 2) Que los científicos estén capacitados para auto-investigarse, es decir, que la ciencia esté apta para auto-estudiarse.
- 3) Que se ayude o estimule a los procesos que permitan que la revolución científica en curso realice la transformación de las estructuras de pensamiento.

La primera orientación mencionada se impone con evidencia y ha sido reconocida siempre; históricamente, en Francia, cuando la institución preexistente se ha mostrado demasiado pesada y paralizada, la política de la investigación ha procedido mediante saltos institucionales hacia adelante, creando nuevas instituciones más flexibles y ligeras, las cuales luego se han paralizado a su vez, etc. Así, el CNRS fue creado para constituir

una estructura más adaptada a la investigación que la Universidad; después ha sido creada la DGRST para permitir innovaciones y creaciones que las estructuras entorpecidas del CNRS ya no autorizaban.

Sin duda, siempre se podrá innovar instituyendo nuevas estructuras, pero debemos preguntarnos si no se podría hacer un esfuerzo a nivel de las grandes instituciones, en primer lugar el CNRS.

Debemos reflexionar aquí sobre el problema del investigador. En la palabra investigador hay algo más que un sentido corporativista o profesional: algo que concierne a la aventura del conocimiento y sus problemas fundamentales. Ahora bien, el investigador es representado de hecho por su sindicalismo, por una parte, y por su mandarínato, por la otra. El mandarínato defiende la autonomía corporativa de la investigación respecto a las presiones exteriores. El sindicato defiende los intereses de los investigadores no sólo respecto a la Administración y al Estado, sino también respecto al mandarínato.

El mandarínato constituye la «élite» oficialmente reconocida de los científicos, y a menudo ocupa los altos puestos directivos de la investigación. Los sindicatos defienden la «masa» de los investigadores y su promoción colectiva. El mandarínato tiende a seleccionar individuos de «élite»; el sindicato tiende a proteger todo lo que no depende del elitismo mandarínal. Así, los investigadores no disponen de ninguna otra instancia para expresarse en tanto que investigadores, lo que quiere decir que *el mandarínato y el sindicato, a un tiempo, tienden a ocultar y reprimir lo que la palabra investigación significa a la vez de exploración, de cuestionamiento, de riesgo y de aventura.*

Si el cuerpo de los investigadores está, de este modo, al mismo tiempo expresado por y laminado entre mandarínato y sindicato, resulta capital que en la ocasión inesperada del gran colapso el investigador también se

exprese en tanto que investigador que piensa sus propios problemas de científico. También es bueno que se reflexione sobre el mantenimiento, en el futuro, de esta brecha entre mandarínato y sindicato.

Un sistema inoprimizable

Las comisiones del CNRS son instancias en las que las influencias mandarinales y sindicales se disputan o/y se conjugan de forma muy diversificada según los sectores o disciplinas. Digamos que, en principio, el mantenimiento de un dualismo de este orden, es decir, de un antagonismo, es sano.

En el sector de mi experiencia, se produjo en primer lugar la era del feudalismo mandarínal, donde las diversidades y oposiciones entre maestros-sociólogos permitían una cierta pluralidad nepótica. Los investigadores jóvenes juzgados «brillantes», según la elección de un señor feudal, eran contratados después de negociaciones discretas entre altos mandarines. El sistema favorecía tanto la contratación de espíritus originales como la de los fieles. La preeminencia de los grandes mandarines-sociólogos se borró en el curso de los años sesenta en favor de los sindicales elegidos, es decir, en provecho de la contratación por consenso medio y la promoción de la antigüedad. El consenso medio socava sin duda al viejo arbitrario, pero en provecho de un neofuncionarismo que evidentemente desfavorece toda desviación y, por ello, la originalidad y singularidad.

¿Existe un sistema ideal? Es preciso saber que, en toda problemática organizacional compleja, *a priori no existe un optimum* definible o programable. Es preciso saber que la reunión de una comisión de espíritus prestigiosos, cada uno original y creativo en su dominio, pero animado por una pasión u obsesión diferente de la del resto, conduce las más de las veces a un consenso sobre

un mínimo común desprovisto de originalidad y de invención. Sin la expresión de las variedades y la extensión de las libertades, la opinión media significa menos democracia que mediocracia.

Sabemos que un espíritu creativo, abierto, liberal, dotado de poderes, puede ejercer un «despotismo ilustrado» que favorezca la libertad y la creación, pero también sabemos que no podemos institucionalizar el principio del despotismo ilustrado; por el contrario, para evitar los peligros más graves del poder incontrolado, tenemos que instituir comisiones.

Proteger la desviación

Por otra parte, la pesadez/inercia institucional no tiene más que inconvenientes. En los fracasos de la enorme máquina tecnoburocrática, en los fallos en el seno de las comisiones, en las negligencias de los patronos, no sólo existen recovecos de incuria y de haraganería, sino también espacios de libertad donde puede deslizarse y desarrollarse la innovación que finalmente recae en la gloria de la institución.

Evidentemente, no podemos contar tan sólo con los fracasos y las excepciones de la enorme máquina tecnoburocrática para favorecer la innovación. Tampoco podemos, lo hemos dicho, pensar que exista una fórmula óptima para favorecer la invención.

De todos modos, si es cierto que el surgimiento y desarrollo de una idea nueva necesitan un campo intelectual abierto, donde se debaten y se combaten teorías y visiones del mundo antagonistas; si es cierto que toda novedad se manifiesta como desviación y a menudo aparece ante los defensores de las doctrinas y disciplinas establecidas, sea como una amenaza, sea como una locura, entonces el desarrollo científico, en el sentido en que este término comporta necesariamente invención y

descubrimiento, necesita vitalmente dos condiciones: 1) mantenimiento y desarrollo del pluralismo teórico (ideológico, filosófico) en todas las instituciones y comisiones científicas; 2) protección de la desviación, necesidad de tolerar/favorecer las desviaciones en el seno de los programas e instituciones, si bien a riesgo de que lo original sólo sea extravagante, de que lo asombroso sólo sea estrafalario.

Más aún, en su estadio inicial, la innovación debe beneficiar medidas de excepción que protejan su autonomía. Dado por supuesto que *a priori* no se puede probar la exactitud de las iniciativas que comportan posibilidad, puesto que por ello mismo comportan riesgos, hay que correr el riesgo/posibilidad de confiar la responsabilidad a un grupo muy reducido de personas que pueden tener opiniones diferentes, pero que deben tener todas la misma pasión en un nuevo ánimo.

Las soluciones a los problemas que plantea la excesiva pesadez de las determinaciones tecnoburocráticas en el seno de la institución científica pueden ser institucionales (como la descentralización), pero no pueden ser sólo institucionales. Hacen falta estímulos, no sólo por encima de la institución (instancias superiores o centrales), sino también en el corazón de la institución, en los mismos investigadores, con lo que volvemos al problema clave: es preciso que los investigadores despierten y se expresen como investigadores.

La necesidad de auto-estudiarse que tiene la ciencia supone que los científicos quierán auto-investigarse. Lo que supone que entren en crisis, es decir, que descubran las contradicciones fundamentales a que llegan las actividades científicas modernas y particularmente las determinaciones contradictorias a las que se encuentra sometido todo científico que confronta su ética del conocimiento con su ética cívica y humana.

La crisis intelectual relativa a las ideas simplonas,

abstractas, dogmáticas, la crisis espiritual y moral de cada uno ante su responsabilidad, en su trabajo mismo, son las condiciones *sine qua non* del progreso de la ciencia. Las autoglorificaciones, felicitaciones, exaltaciones, ahogan la toma de conciencia de la ambivalencia fundamental, es decir, de la complejidad del problema de la ciencia, y son tan nocivas como las denigraciones y las yituperaciones.

Los dos dioses

Se ha dicho justamente que hoy día ya no se trata tanto de dominar la naturaleza cuanto de dominar el dominio. Efectivamente, el problema lo constituye hoy el dominio del dominio de la naturaleza. Simultáneamente, por una parte este dominio está incontrolado, es loco y corre el riesgo de conducirnos a la aniquilación; por otra, está demasiado controlado por los poderes dominantes, es decir, por los Estados-naciones.

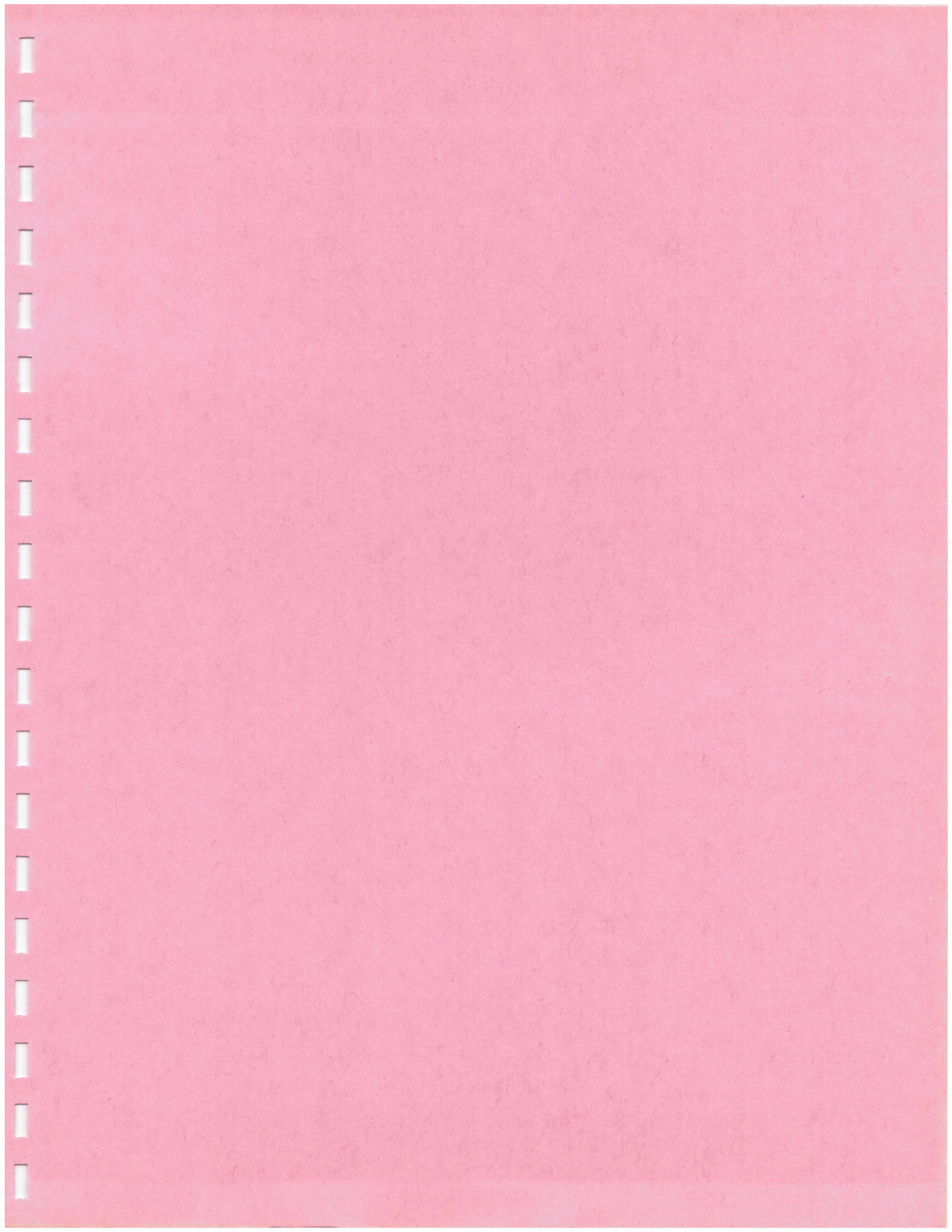
El problema del control de la actividad científica se ha vuelto crucial. Supone un control de los ciudadanos sobre el Estado que los controla y una recuperación del control por parte de los científicos, lo que requiere la toma de conciencia de la que he hablado a lo largo de estas páginas.

La recuperación del control intelectual de las ciencias por parte de los científicos necesita una reforma del modo de pensamiento. Y es cierto que la reforma del modo de pensamiento depende de otras reformas, y que hay una interdependencia general de los problemas. Pero esta interdependencia no debería hacer olvidar esta reforma clave.

Todo científico sirve como mínimo a dos dioses que, a lo largo de la historia y hasta hoy, le han parecido absolutamente complementarios. Hoy debemos saber que no son solamente complementarios, sino también antago-

nistas. El primer dios es el de la ética del conocimiento, que exige que se sacrifique todo a la sed de conocer. El segundo es el dios de la ética cívica y humana

El límite a la ética del conocimiento era invisible *a priori*, y lo hemos franqueado sin saberlo; es la frontera más allá de la cual el conocimiento aporta en sí la muerte generalizada: hoy día el árbol del conocimiento corre el riesgo de derrumbarse bajo el peso de sus frutos, aplastando a Adán, a Eva y a la infeliz serpiente.



EDGAR MORIN

EL METODO

VOLUMEN I

"LA NATURALEZA DE LA NATURALEZA"

EDITORIAL CATEDRA, MADRID.

1981

El espíritu del valle

Despiertos, ellos duermen. HERÁCLITO

Para llegar al punto que no conoces, debes tomar el camino que no conoces. SAN JUAN DE LA CRUZ

El concepto de ciencia no es absoluto ni eterno. JACOB BRONOWSKI

Personalmente creo que al menos hay un problema... que interesa a todos los hombres que piensan; el problema de comprender al mundo, a nosotros mismos y a nuestro conocimiento, en tanto que éste forma parte del mundo. KARL POPPER

El evadido del paradigma

Estoy cada vez más convencido de que los problemas cuya urgencia nos ata a la actualidad exige que nos despeguemos de ella para considerarlos en su fondo

Estoy cada vez más convencido de que nuestros principios de conocimiento ocultan lo que, en adelante, es vital conocer.

Estoy cada vez más convencido que la relación ciencia ∇ política ^{Sociología} cuando no es invisible, sigue siendo tratada de manera indigente, al haber sido absorbidos sus dos términos en otro que se ha convertido en maestro.

Estoy cada vez más convencido de que los conceptos de los que nos servimos para concebir nuestra sociedad — toda sociedad — están mutilados y desembocan en acciones inevitablemente mutilantes.

Estoy cada vez más convencido de que la ciencia antropológico-social necesita articularse a la ciencia de la naturaleza, y que esta articulación requiere una reorganización de la estructura misma del saber, pero la amplitud efíciopédica, y la radicalidad abismal de estos problemas inhiben y desaniman, y así, la misma consciencia de su importancia contribuye a apartarnos de ellos. Por lo que a mí concierne, han sido precisas circunstancias y condiciones excepcionales para que pasara de la convicción a la acción, es decir, al trabajo.

La primera cristalización de mi esfuerzo se encuentra en *El paradigma perdido* (1973). Este brote prematuro de *El Método*, que se hallaba entonces en gestación, se esfuerza en reformular el concepto de hombre, es decir, de ciencia del hombre o antropología.

Ya hace mucho tiempo que Sapir había remarcado que «era absurdo decir que el concepto de hombre es, bien individual, bien social» (a lo que yo añadí: bien biológico): «o sea, que es como decir que la materia obedece alternativamente a las leyes de la química y a las de la física atómica» (Sapir, 1927, in Sapir, 1971, página 36)¹. La disociación de los tres términos individuo/especie/sociedad/ rompe la relación permanente y simultánea de éstos. El problema fundamental es pues restablecer y cuestionar lo que ha desanarcado con la disociación: esta relación misma. Es, pues, de primera necesidad, no sólo rearticular individuo y sociedad (cosa que comenzó en ocasiones en provecho de la otra), sino también efectuar la articulación reputada de imposible (peor, de «superada») entre la esfera biológica y la esfera antropológico-social.

Esto fue lo que intenté en *El paradigma perdido*. Evidentemente, no buscaba reducir lo antropológico a lo biológico, ni hacer una «síntesis» de los conocimientos *up to date*. Quise mostrar que la soldadura empírica que podía establecerse desde *través de la etología de los primates superiores y la prehistoria hominiana, entre Animal y Hombre, Naturaleza y Cultura, necesitaba concebir al hombre como un concepto trinitario individual y especie en el*

que no se pueda reducir o subordinar un término al otro. Lo que,

¹ Ya las he expuesto (Morin, 1973, págs. 11-14).

² Toda indicación entre paréntesis de un nombre de autor, seguido de una fecha, remite a las obras incluidas en la bibliografía que hay al final del volumen, por orden alfabético y con mención de la fecha de edición a la que remite la nota. La edición original sólo es señalada cuando es necesario subrayar el carácter innovador o histórico de las ideas incluidas en la obra citada.

en mi opinión, apelaba a un principio de explicación complejo y a una teoría de la auto-organización.

Tal perspectiva plantea nuevos problemas, todavía más fundamentales y radicales, a los que no se puede escapar:

- ¿Qué significa el radical *auto* de auto-organización?
- ¿Qué es la organización?
- ¿Qué es la complejidad?

La primera cuestión vuelve a abrir la problemática de la organización viva. La segunda y tercera abren cuestiones en cadena. Me han arrastrado por caminos que yo desconocía.

La organización es un concepto original si se piensa en su naturaleza física. Entonces introduce una dimensión física radical en la organización viva y en la organización antropológico-social, que pueden y deben ser consideradas como desarrollos transformadores de la organización física. De golpe, la unión entre física y biología ya no puede quedar limitada a la química, ni siquiera a la termodinámica. Debe ser organizacional. Desde ahora, no sólo hay que articular la esfera antropológico-social a la esfera biológica, hay que articular una y otra a la esfera física:

física → biología → antropo-sociología

Pero para realizar semejante doble articulación, sería preciso reunir conocimientos y competencias que rebasan nuestras capacidades. Es pedir demasiado, por tanto.

Y sin embargo, esto no bastaría, puesto que no podría ser cuestión de concebir la realidad física como lo verdaderamente primero, la base objetiva de toda explicación.

Desde hace más de medio siglo sabemos que ni la observación microfísica, ni la observación cosmo-física, pueden separarse de su observador. Los más grandes progresos de las ciencias contemporáneas se han efectuado reintegrando al observador en la observación. Cosa que es lógicamente necesaria: todo concepto remite no sólo al objeto concebido, sino al sujeto observador. Encontramos de nuevo la evidencia que despejara, hace dos siglos, el filósofo-obispo: no existen los «cuerpos no pensados». Ahora bien, el observador que observa, el espíritu que piensa y concibe, son indisociables de una cultura y, por tanto, de una sociedad *hic et nunc*. Todo conocimiento, incluso el más físico, sufre una determinación sociológica. En toda ciencia, incluso en la más física, hay una di-

¹ «El espíritu, que no está en guardia para consigo mismo, se ilusiona y piensa que puede concebir y concibe efectivamente los cuerpos existentes no pensados o que están fuera del espíritu, aunque al mismo tiempo sean captados y existan en él» (Berkeley, *Principios del conocimiento humano*, sección 23).

mención antropo-social. De golpe, la realidad antropo-social se proyecta e inscribe en el corazón mismo de la ciencia física.

Todo esto es evidente. Pero es una evidencia que permanece aislada, rodeada de un cordón sanitario. Ninguna ciencia ha querido conocer la categoría más objetiva del conocimiento: la del que conoce. Ninguna ciencia natural ha querido conocer su origen cultural. Ninguna ciencia física ha querido reconocer su naturaleza humana. El gran corte entre las ciencias de la naturaleza y las ciencias del hombre oculta a la vez la realidad física de las segundas, la realidad social de las primeras. Topamos con la omnipotencia de un principio de disyunción: condena a las ciencias humanas a la inconsistencia extra-física y condena a las ciencias naturales a la inconsistencia de su realidad social. Como dice muy justamente von Foerster, «la existencia de las ciencias llamadas sociales indica la necesidad de permitir que las otras ciencias sean sociales» (y yo añado: y permitir que las ciencias sociales sean físicas)... (von Foerster, 1974, pág. 28).

Ahora bien, toda realidad antropo-social depende, en cierta manera (¿cuál?), de la ciencia física, pero toda ciencia física depende, en cierta manera (¿cuál?), de la realidad antropo-social.

Desde ahora descubrimos que la implicación mutua entre estos términos se embucla en una relación circular que es preciso elucidar:



Pero al mismo tiempo vemos que la elucidación de semejante relación topa con una triple imposibilidad:

1. El circuito física → biología → antropo-sociología invade todo el campo del conocimiento y exige un saber enciclopédico im- posible.
2. La constitución de una relación, allí donde había disyun- ción, plantea un problema doblemente insondable: el del origen y naturaleza del principio que nos ordena aislar y separar para cono- cer, el de la posibilidad de otro principio capaz de volver a unir lo aislado y lo separado.
3. El carácter circular de la relación física → antropo-sociología

adquiere la figura de un círculo vicioso, es decir, de absurdo ló- gico, puesto que el conocimiento físico depende del conocimiento antropo-sociológico, el cual depende del conocimiento físico y, así

sucesivamente, al infinito. No tenemos aquí una rampa de lanza- miento, sino un ciclo infernal.

Topamos, pues, tras esta primera vuelta a la pista, con un muro triple: el muro enciclopédico, el muro epistemológico, el muro lógico. En estos términos, la misión que he creído que debía asignarme es imposible. Hay que renunciar a ella.

La escuela del Duelo

Y es precisamente esta renuncia lo que nos enseña la Univer- sidad. La escuela de Investigación es una escuela de Duelo.

Todo neófito que entra en la Investigación ve cómo se le impo- ne la mayor renuncia y conocimiento. Se le convence de que la época de Pico della Mirandola pasó hace tres siglos, y de que en adelante es imposible constituir una visión del hombre y del mundo. Se le demuestra que el aumento informacional y la heteroge- neización del saber sobrepasan toda posibilidad de engramación y tratamiento por el cerebro humano. Se le asegura que no hay que deplorarlo, sino felicitarse por ello. Debería, pues, consagrar toda su inteligencia a aumentar este *saber-aquí*. Se le integra en un equipo especializado, y en esta expresión el término fuerte es «espe- cializado» y no «equipo».

Especialista a partir de ahora, el investigador ve cómo se le ofre- ce la posesión exclusiva de un fragmento del puzzle, cuya visión glo- bal debe escapar a todos y a cada uno. Y le vemos convertido en un verdadero investigador científico, que obra en función de esta idea motriz: el saber no es producido para ser articulado y pensado, sino para ser capitalizado y utilizado de manera anónima.

Las cuestiones fundamentales son rechazadas como cuestiones generales, es decir, vagas, abstractas, no operacionales. La cuestión original que la ciencia arrebató a la religión y a la filosofía para asumirla, la cuestión que justifica su ambición de ciencia: ¿qué es el hombre, qué es el mundo, qué es el hombre en el mundo?, la remite actualmente la ciencia a la filosofía, siempre incom- petente en su opinión por el utilismo especulativo, la remite a la religión, siempre ilusoria en su opinión por su mitomanía invete- rada. Abandona toda cuestión fundamental para los no sabios, descalificados *a priori*. Solo tolera que, a la edad de retirarse, sus grandes dignatarios adopten cierta altura meditativa.

No es posible articular las ciencias del hombre a las ciencias de la naturaleza. No es posible hacer comunicar sus conocimientos con su vida. Tal es la gran lección que desciende del *Collège de France* a los colegios de Francia.

¿Es necesario el Duelo? La Institución lo afirma, lo proclama. Gracias al método que aísla, separa, desune, reduce a la unidad,

mide, ha descubierto la ciencia la célula, la molécula, el átomo, la partícula, las galaxias, los cuántos, los pulsars, la gravitación, el electromagnetismo, el cuántum de energía, ha aprendido a interpretar las piedras, los sedimentos, los fósiles, los huesos, las escrituras desconocidas, incluida la escritura inscrita en el ADN. Sin embargo, las estructuras de estos saberes están disociadas entre sí. Actuamente, la física y la biología sólo se comunican por ciertos istimos. La física ya no llega a comunicarse ni siquiera consigo misma: la ciencia reina está dislocada entre micro-física, cosmo-física y nuestro entre-dos todavía aparentemente soucudo a la física clásica. El conuente antropológico ha derivado, convirtiéndose en una Australia. En su seno, la triada constitutiva del concepto de hombre, individuo ∇ sociedad, está también totalmente desunida,

especie

como hemos visto (Morin, 1973) y volveremos a ver. El hombre, empujé: aquí queda una mano-de-herramienta, allá una lengua-que-habla, en otra parte un sexo que aplasta un poco de cerebro. La idea de hombre es tanto más eliminable en cuanto que es minable: el hombre de las ciencias humanas es un espectro supra-físico y supra-biológico. Como el hombre, el mundo está dislocado entre las ciencias desmiguado entre las disciplinas, pulverizado en informaciones.

Actualmente no podemos escapar a la cuestión: ¿Debe pagarse la necesaria-descomposición-analítica-con-la-descomposición-de-los-seres y de las cosas en una atomización generalizada? ¿Debe pagarse el necesario aislamiento del objeto con la disyunción e incomunicabilidad entre lo que está separado? ¿Debe pagarse la especialización funcional con una parcelación absurda? ¿Es necesario que el conocimiento se disloque en mil saberes ignorantes?

Ahora bien, ¿qué significa esta cuestión, sino que la ciencia debe perder su respeto hacia la ciencia y que la ciencia debe cuestionar a la ciencia? Otro problema más que, aparentemente, aumenta la enormidad de los problemas que nos constriñe a renunciar. Pero precisamente este problema es el que nos impide renunciar a nuestro problema.

¿Cómo, en efecto, ceder al decreto de una ciencia en donde acabamos de descubrir una gigantesca mancha ciega? ¿No habrá que pensar más bien que esta ciencia sufre de insuficiencia y de mutilación?

Pero entonces, ¿qué es la ciencia? Aquí debemos darnos cuenta de que esta cuestión no tiene respuesta científica: la ciencia no se conoce científicamente y no tiene ningún medio para conocerse científicamente. Hay un método científico para controlar y controlar los objetos de la ciencia. Pero no hay método científico para

considerar la ciencia como objeto de ciencia y todavía menos al científico como sujeto de este objeto. Hay tribunales epistemológicos que, a posteriori y desde el exterior, pretenden juzgar y contrastar las teorías científicas; hay tribunales filosóficos donde la ciencia es condenada por defecto. No hay ciencia de la ciencia. Incluso se puede decir que toda la metodología científica, enteramente abocada a la expulsión del sujeto y de la reflexividad, man tiene esta oculación en sí misma: «La ciencia sin conciencia no es más que ruina del alma», decía Rabelais. La conciencia que falta aquí no es la conciencia moral es la conciencia sin más, es decir la aptitud para concebirse a sí misma. De ahí estas increíbles carencias: ¿Cómo es que la ciencia sigue siendo incapaz de concebirse como praxis social? ¿Cómo es incapaz, no solamente de controlar, sino de concebir su poder de manipulación y su manipulación por los poderes? ¿Cómo es que los científicos son incapaces de concebir el vínculo entre la investigación «desinteresada» y la investigación del interés? ¿Por qué son también totalmente incapaces de examinar en términos científicos la relación entre saber y poder?

Desde ahora, si queremos ser lógicos con nuestra intención, tendremos que asumir necesariamente el problema de la ciencia.

El imposible imposible

La misión es cada vez más imposible. Pero la dimisión resulta ahora todavía más imposible.

¿Podemos quedar satisfechos al no concebir al individuo más que excluyendo la sociedad, a la sociedad excluyendo la especie, a lo humano excluyendo la vida, a la vida excluyendo la *physis*, y a la física excluyendo la vida? ¿Se puede aceptar que los progresos locales en precisión vayan acompañados de un halo de imprecisión sobre las formas globales y las articulaciones? ¿Se puede aceptar que la medida, la previsión, la manipulación hagan retroceder la inteligibilidad? ¿Se puede aceptar que las informaciones se transformen en ruido, que una lluvia de micro-elucidaciones se transforme en oscurecimiento generalizado? ¿Se puede aceptar que las cuestiones clave sean enviadas a las mazmorras? ¿Se puede aceptar que el conocimiento se funde en la exclusión del cognoscente, que el pensamiento se funde en la exclusión del pensante, que el sujeto sea excluido de la construcción del objeto? ¿Que la ciencia sea totalmente inconsciente de su inserción y de su determinación sociales? ¿Se puede considerar como normal y evidente que el conocimiento científico no tenga sujeto, y que su objeto esté dislocado entre las

ciencias, desmigajado entre las disciplinas? ¿Se puede aceptar semejante noche sobre el conocimiento?

¿Podemos continuar arrojando estas cuestiones a la basura? Sé que plantearlas, intentar responderlas, es inconcebible, irrisorio, insensato. Pero todavía más inconcebible, irrisorio, insensato es expulsarlas.

El a-método.

Entendámonos: no busco aquí ni el conocimiento general ni la teoría unitaria. Es necesario, por el contrario y por principio, rechazar un conocimiento general: éste escamotea siempre las dificultades del conocimiento, es decir, la resistencia que lo tal, opone a la idea: ésta es siempre abstracta, pobre, «ideológica», es siempre simplificante. Igualmente la teoría unitaria, para evitar la disyunción entre los saberes separados, obedece a una sobresimplificación reductora enganchando todo el universo a una sola fórmula lógica. De hecho, la pobreza de todas las tentativas unitarias, de todas las respuestas globales, confirma la ciencia disciplinaria en la resignación del duelo. La elección no es, pues, entre el saber particular, preciso, limitado y la idea general abstracta. Es entre el Duelo y la búsqueda de un método que pueda articular lo que está separado y volver a unir lo que está desunido.

Se trata aquí, sin duda, de un método, en sentido cartesiano, que permite «conducir bien su razón y buscar la verdad en las ciencias». Pero Descartes podía, en su primer discurso, ejercer la duda, exorcizar la duda, establecer las certidumbres previas y hacer surgir el Método como Minerva armada de pies a cabeza. La duda cartesiana estaba segura de sí misma. Nuestra duda duda de sí misma; descubre la imposibilidad de hacer tabla rasa, puesto que las condiciones lógicas, lingüísticas, culturales del pensamiento son inevitablemente prejuzgadas. Y esta duda, que no puede ser absoluta, no puede ser tampoco absolutamente vaciada.

Esté «caballero francés» partió con demasiado buen paso. Hoy no se puede partir más que con la incertidumbre, incluida la incertidumbre sobre la duda. Hoy tiene que ser *meródicamente* puesto en duda el principio mismo del método cartesiano, la disyunción de

los objetos entre sí, de las nociones entre sí (las ideas claras y distintas), la disyunción absoluta del objeto y del sujeto. Hoy nuestra necesidad histórica es encontrar un método que detecte y no oculte las uniones, articulaciones, solidaridades, implicaciones, imbricaciones, interdependencias y complejidades.

Tenemos que partir de la extinción de las falsas claridades. No de lo claro y de lo distinto, sino de lo oscuro y de lo incierto; no ya del conocimiento seguro, sino de la crítica de la seguridad.

Sólo podemos partir en la ignorancia, la incertidumbre, la confusión. Pero se trata de una nueva consciencia de la ignorancia, de la incertidumbre y de la confusión. De lo que hemos tomado consciencia no es de la ignorancia humana en general, sino de la ignorancia agazapada, disimulada, cuasi nuclear, en el corazón de nuestro conocimiento reputado como el más cierto, el conocimiento científico. Ahora ya sabemos que este conocimiento es mal conocido, mal conocedor, dividido, ignorante tanto de su propio desconocido como de su conocido. La incertidumbre deviene viático: la duda sobre la duda da a la duda una nueva dimensión, la de la reflexividad; la duda por la cual el sujeto se interroga sobre las condiciones de emergencia y de existencia de su propio pensamiento constituye desde ahora un pensamiento potencialmente relativista, relativista y auto-cognoscente. En fin, la aceptación de la confusión puede convertirse en un medio para resistir a la simplificación multiladora. Ciertamente, el método nos falta en el comienzo; al menos podemos disponer de un anti-método en el que ignorancia, incertidumbre, confusión se convierten en virtudes.

El recurso científico

Podemos tanto más tener confianza en estas exclusiones de la ciencia clásica en cuanto que han llegado a ser las pioneras de la nueva ciencia. El surgimiento de lo no simplificable, de lo incierto, de lo confuso, a través de lo cual se manifiesta la crisis de la ciencia del siglo XX es, al mismo tiempo, inseparable de los nuevos desarrollos de esta ciencia, lo que parece una regresión, desde el punto de vista de la disyunción, de la simplificación, de la reducción, de la certidumbre (el desorden termodinámico, la incertidumbre microfísica, el carácter aleatorio de las mutaciones genéticas) es, por el contrario, inseparable de una progresión en letras desconocidas. Más fundamentalmente, la disyunción y la simplificación están ya muertas en la base misma de la realidad física. La partícula subatómica ha surgido, de forma irremediable, en la confusión, la incertidumbre, el desorden. Cualesquiera que sean los desarrollos futuros de la microfísica, no se volverá ya al elemento a la vez aislable, simple e indivisible. Ciertamente, confusión e incertidumbre no son

¹ Voy más lejos. ¿Puede uno tan fácilmente separar su ciencia de su vida? ¿Puede uno considerarse ya sea (científicamente) como objeto terminado, ya sea (existencialmente, éticamente) como sujeto soberano? ¿Se puede saltar varias veces al día de una religión objetivista fundada en el determinismo, a una religión humanista del Mi, de la consciencia, de la responsabilidad, después eventualmente a la Religión oficial de: de el Mundo encuentra creador y el hombre padre y salvador? ¿Puede uno quedar satisfecho cuando pasa de la «ciencia» científica a racionalizaciones filosóficas miserables, después a la histeria política, y de ahí a una vida privada pulsional?

y no serán consideradas aquí como las palabras últimas del saber: son los signos precursoros de la complejidad.

La ciencia evoluciona. Whitehead ya remarcó, hace cincuenta años, que la ciencia «todavía es más cambiante que la teología» (Whitehead, 1926, *in* Whitehead, 1932, pág. 233). Retomando la fórmula de Bronowski, el concepto de ciencia no es ni absoluto ni eterno. Y sin embargo, en el seno de la Institución científica reina la más anticuificada de las ilusiones: considerar como absolutos y eternos los caracteres de la ciencia que son los más dependientes de la organización tecnoburocrática de la sociedad.

Así, por marginal que sea, mi tentativa no surge como un aerolito venido de otro cielo. Viene de nuestro suelo científico en convulsión. Ha nacido de la crisis de la ciencia, y se nutre de sus progresos revolucionarios. Por lo demás, la intimidación oficial puede dejarse intimidar, a su vez, porque la certidumbre oficial se ha vuelto incierta. Naturalmente, mi esfuerzo suscitará, en primer lugar, el malentendido: la palabra ciencia recubre un sentido fósil, pero admitido, y el sentido nuevo no ha sido despejado todavía. Este esfuerzo parecerá ilusorio e insensato, porque la disyunción todavía no ha sido impugnada en su principio. Pero podrá llegar a ser concebible, razonable y necesario a la luz de un nuevo principio, al que quizá haya contribuido a instituir, precisamente porque no habrá temido parecer irrisorio e insensato.

Del círculo vicioso al ciclo virtuoso

He indicado cuáles son las mayores imposibilidades que condenan mi empresa:

- la imposibilidad lógica (círculo vicioso),
- la imposibilidad del saber enciclopédico,
- la presencia omnipotente del principio de disyunción y la ausencia de un nuevo principio de organización del saber.

Estas imposibilidades están imbricadas entre sí, y su conjugación da este enorme absurdo: un círculo vicioso de amplitud enciclopédica y que no dispone ni de principio, ni de método para organizarse. Tomemos la relación circular:



Esta relación circular significa primeramente que una ciencia del hombre postula una ciencia de la naturaleza, la cual a su vez postula la ciencia del hombre: ahora bien, lógicamente esta relación de dependencia mutua remite cada una de estas proposiciones de la una a la otra, de la otra a la una, en un ciclo infernal en el que ninguna puede tomar cuerpo. Esta relación circular significa también que al

mismo tiempo que la realidad antropro-social depende de la realidad física, la realidad física depende de la realidad antropro-social. Tomadas al pie de la letra, estas dos proposiciones son antinómicas y se anulan una a otra.

En fin, al considerar bajo otro ángulo la doble proposición circular (la realidad antropro-social depende de la realidad física que depende de la realidad antropro-social), se pone de relieve que seguirá habiendo una incertidumbre, ocurra lo que ocurra, acerca de la naturaleza misma de la realidad, que pierda todo fundamento ontológico primero, y esta incertidumbre desemboca en la imposibilidad de un conocimiento verdaderamente objetivo.

Se comprende, pues, que las uniones entre proposiciones antinómicas en dependencia mutua quedan denunciadas como viciosas no sólo en su principio, sino en sus consecuencias (la pérdida del pedestal de la objetividad). Además, siempre se han roto los círculos viciosos, ya sea aislando las proposiciones, ya sea eligiendo uno de los términos como principio simple al cual se deben reducir los demás. Así, en lo que concierne a la relación física/biología/antropología, cada uno de estos términos fue aislado, y la única unión concebible fue la reducción de la biología a la física, de la antropología a la biología. Así, el conocimiento que une un espíritu y un objeto es reducido, bien al objeto físico (empirismo), bien al espíritu humano (idealismo), bien a la realidad social (sociologismo). Así, la relación sujeto/objeto es disociada, apoderándose la ciencia del objeto, la filosofía del sujeto.

Con ello, se dice también que romper la circularidad, eliminar las antinomias, es precisamente volver a caer bajo el imperio del principio de disyunción/simplificación del que queremos escapar. Por el contrario, conservar la circularidad, es rechazar la reducción de un dato complejo a un principio mutilante; es rechazar la hipótesis de un concepto-maestro (la Materia, el Espíritu, la Energía, la Información, la Lucha de clases, etc.). Es rechazar el discurso litigal, el punto de partida y término. Es rechazar la simplificación abstracta. Romper la circularidad parece restablecer la posibilidad de un conocimiento absolutamente objetivo. Pero es esto lo que es ilusorio: conservar la circularidad, es, por el contrario, respetar las condiciones objetivas del conocimiento humano, que comporta siempre, en alguna parte, paradoja lógica e incertidumbre.

Conservar la circularidad es, al mantener la asociación de dos proposiciones reconocidas verdaderas, una y otra aisladamente, pero que tan pronto como se ponen en contacto se niegan mutuamente, abrir la posibilidad de concebir estas dos verdades como las dos caras de una verdad compleja; es desvelar la realidad principal, que es la relación de interdependencia, entre nociones que la disyunción aísla u oprime, es, pues, abrir la puerta a la búsqueda de esta relación.

Conservar la circularidad es, quizá a la vez, abrir la posibilidad de un conocimiento que reflexiona sobre sí mismo: en efecto, la circularidad física → antropo-sociología y la circularidad

objeto → sujeto deben llevar al físico a reflexionar sobre los caras, crees, culturales y sociales de su ciencia, sobre su propio espíritu y conducirse a interrogarse sobre sí mismo. Como nos lo indica el *cogito* cartesiano, el sujeto surge en y por el movimiento reflexivo del pensamiento sobre el pensamiento¹.

Concebir la circularidad es, desde ahora, abrir la posibilidad de un método que, al hacer interactuar los términos que se remiten unos a otros, se haría productivo, a través de estos procesos y cambios, de un conocimiento complejo que comporte su propia reflexividad.

Así vemos surgir nuestra esperanza de lo que producía la desoperación del pensamiento simplificante: la paradoja, la antinomia, el círculo vicioso. Entreveamos la posibilidad de transformar los círculos viciosos en ciclos virtuosos, que lleguen a ser reflexivos y generadores de un pensamiento complejo. De ahí esta idea que guiará nuestra partida: no hay que romper nuestras circularidades, por el contrario, hay que velar para no apartarse de ellas. El círculo será nuestra rueda, nuestra ruta será espiral.

La en-ciclo-pedia

De pronto, el problema insuperable del enciclopedismo cambia de rostro, puesto que los términos del problema han cambiado. El término enciclopedia no debe ya ser tomado en el sentido acumulativo y alfabetizado en el que se ha degradado. Debe ser tomado en su sentido originario *agkuklios paidea*, aprendizaje que pone el saber en ciclo; efectivamente, se trata de en-ciclo-pedia, es decir, aprender a articular los puntos de vista disjuntos del saber en un ciclo activo.

¹ Tanto más el método de Descartes es disyuntivo, tanto más la evidencia irrefutable del *cogito* constituye la transformación del círculo aparentemente vicioso en circularidad productora. El círculo «vicioso» es el yo pienso que donde el pensamiento

gira en redondo reflexionando sobre sí al infinito. Ahora bien, de hecho, círculo, al constituir una auto-referencia, en lugar de encerrar el pensamiento como en un recipiente cerrado, hace surgir por evidencia el *autos*, es decir, el ser-sujeto o *Ego*: Yo

Y por ello mismo el *cogito* se transforma en irrefutable afirmación de existencia:



Este en-ciclo-pedismo no pretende, sin embargo, englobar todo el saber. Esto sería, a la vez, resaca en la idea acumulativa, e ir a parar a la mapa totalitaria de los grandes sistemas unitarios que encierran lo real en un gran corsé de orden y de coherencia (lo dejan escapar evidentemente). Sé lo que quieren decir las palabras de Atorno «la totalidad es la no-verdad»: todo sistema que pretenda encerrar el mundo en su lógica es una racionalización demencia.

El en-ciclo-pedismo aquí requerido pretende articular lo que está fundamentalmente disjunto y que debería estar fundamentalmente junto. El esfuerzo llevará pues, no a la totalidad de los conocimientos en cada esfera, sino a los conocimientos cruciales, los puntos estratégicos, los nudos de comunicación, las articulaciones organizacionales entre las esferas disjuntas. En este sentido, la idea de organización, al desarrollarse, va a constituir como la rama de Salzburgo alrededor de la cual podrán constelarse y cristalizar los conceptos científicos clave.

La apuesta teórica que hago en este trabajo, es que el conocimiento de lo que es organización podrá transformarse en principio organizador de un conocimiento que articulará lo disjunto y complejará lo simplificado. Los riesgos científicos que corro son evidentes. No son tanto los errores de información, puesto que he recurrido a la colaboración crítica de investigadores competentes en los dominios que me eran extraños hace solamente siete años, cuanto los errores de fondo en la detección de problemas cruciales y estratégicos. El paraguas de cientificidad que me cubre no me inmuniza. Mi vía, como toda vía, está amenazada por el error, y además voy a pasar por desfiladeros donde estaré al descubierto. Pero, sobre todo, mi camino sin camino sin cesar correrá el riesgo de perderse entre el esoterismo y la vulgarización, el filosofismo y el cientifismo.

Así pues, no escapo a la dificultad enciclopédica, sino que ésta deja de plantearse en términos de acumulación, en términos de sistematización de totalidad; se plantea en términos de organización y de articulación en el seno de un proceso circular activo o ciclo.

Reaprender a aprender

Todo es solidario: la transformación del círculo vicioso en círculo productivo, la de la enciclopedia imposible en movimiento enciclicante son inseparables de la constitución de un principio organizador del conocimiento, que asocia a la descripción del objeto la descripción de la descripción (y el desentramamiento del descriptor), y que da tanta fuerza a la articulación y a la integración como a la

distinción y a la oposición. (Ya que lo que hay que buscar, no es la supresión de las distinciones y oposiciones, sino la inversión de la dictadura de la simplificación disyuntiva y reductora).

Por ello mismo podemos abordar el problema de los principios primeros de oposición, distinción, relación, asociación en los discursos, teorías, pensamiento, es decir, de los *paradigmas*.

Las revoluciones de pensamiento son siempre el fruto de una comoción generalizada, de un movimiento torbellinesco que va de la experiencia fenoménica a los paradigmas que organiza la experiencia. Así, para pasar del paradigma ptolemeico al paradigma copernicano, que, por una permutación tierra/sol, cambiaba el mundo haciéndonos retroceder desde el centro a la periferia, de la soberanía a la satelización, han sido necesarios innumerables vaivenes entre las observaciones perturbadoras del antiguo sistema de explicación, los esfuerzos teóricos para mejorar el sistema de explicación y la idea de cambiar el principio mismo de la explicación. Al término de este proceso, la idea escandalosa e insensata en su principio se vuelve normal y evidente, puesto que lo imposible encuentra su solución según un nuevo principio y en un nuevo sistema de organización de los datos fenoménicos. La articulación *physis* → antropo-sociología v la articulación objeto → sujeto,

que ponen en cuestión un paradigma mucho más fundamental que el principio copernicano, se debaten a la vez sobre el terreno de los datos fenoménicos, de las ideas teóricas, de los principios primeros del razonamiento. El combate se llevará a todos los frentes, pero la posición maestra es la que rige la lógica del razonamiento. En la ciencia y sobre todo en la política, las ideas, a menudo más testarudas que los hechos, resisten el embate de los datos y de las pruebas. Los hechos se estrellan efectivamente contra las ideas, mientras no exista nada que pueda reorganizar de otra manera la experiencia. Así, experimentamos a cada instante al comer, caminar, amar, pensar..., que todo lo que hacemos es a la vez biológico, psicológico, social. No obstante, la antropología ha podido durante medio siglo proclamar diafóricamente la disyunción absoluta entre el hombre (biológico) y el hombre (social). Aun más profundamente la ciencia clásica ha podido hasta hoy, y contrariamente a toda evidencia, estar segura de que no tenía ninguna consecuencia ni ninguna significación cognitiva el que todo cuerpo u objeto físico fuera concebido por un espíritu humano. No se trata aquí de contestar el conocimiento «objetivo». Sus beneficios han sido y siguen siendo inestimables, puesto que la primacía absoluta otorgada a la concordancia de las observaciones y de las experiencias sigue siendo el medio decisivo para eliminar lo arbitrario y el juicio de autoridad. Se trata de conservar absolutamente esta objetividad, pero integrándola-

la en un conocimiento más amplio y reflexivo, dándole el tercer ojo abierto ante aquello para lo que es ciego.

Nuestro pensamiento debe invertir lo impensado que lo rige y controla. Nos serviremos de nuestra estructura de pensamiento para pensar. Necesitaremos también servirnos de nuestro pensamiento para repensar nuestra estructura de pensamiento. Nuestro pensamiento debe volver a su fuente en un bucle interrogativo y crítico. De otro modo la estructura muerta continuará segregando pensamientos peritricantes.

He descubierto cuán vano es polemizar sólo contra el error: éste renace continuamente de principios de pensamiento que, ellos, se encuentran fuera de la consciencia polémica. He comprendido cuán vano era probar solamente a nivel del fenómeno: su mensaje es pronto absorbido por los mecanismos de olvido que dependen de la autodefensa del sistema de ideas amenazado. He comprendido que refutar solamente no tenía ninguna esperanza: sólo un nuevo fundamento puede arruinar al antiguo. Es por lo que pienso que el problema crucial es el del principio organizador del conocimiento, y lo que es vital hoy no es solamente aprender, no solamente re-aprender, no solamente des-aprender, sino reorganizar nuestro sistema mental para reaprender a aprender.

«Caminante no hay camino»¹

Lo que enseña a aprender, eso es el método. No aporío el método, parto a la búsqueda del método. No parto con método, parto con el rechazo, con plena consciencia de la simplificación. La simplificación es la disyunción entre entidades separadas y cerradas, la reducción a un elemento simple, la expulsión de lo que no entra en el esquema lineal. Parto con la voluntad de no ceder a estos modos fundamentales del pensamiento simplificante:

- idealizar (creer que la realidad pueda reabsorberse en la idea, que sólo sea real lo inteligible),

- racionalizar (querer encerrar la realidad en el orden y la coherencia de un sistema, prohibirle todo desbordamiento fuera del sistema, tener necesidad de justificar la existencia del mundo confiándole un certificado de racionalidad),

- normalizar (es decir, eliminar lo extraño, lo irreductible, el misterio).

Parto también con la necesidad de un principio de conocimiento que no sólo respete, sino que reconozca lo no-idealizable, lo no ra-

¹ En castellano en el original.

cionalizable, lo fuera de norma, lo enorme. *Necesitamos un principio de conocimiento que no sólo respete, sino que revele el misterio de las cosas.*

En el origen, la palabra método significaba el caminar. Aquí hay que aceptar caminar sin camino, hacer el camino al caminar. Lo que decía Machado: *Caminante no hay camino, se hace camino al andar.* El método no puede formarse más que durante la búsqueda; no puede despejarse y formularse más que después, en el momento en que el término vuelve a ser un nuevo punto de partida, esta vez dotado de método. Nietzsche lo sabía: «los métodos vienen al final» (*El anticristo*). La vuelta al comienzo no es un círculo vicioso si el viaje, como indica hoy la palabra *trip*, significa *experiencia* de donde se vuelve cambiado. Entonces, quizá, habremos podido aprender a aprender a aprender aprendiendo. Entonces, el círculo habrá podido transformarse en una espiral donde el regreso al comienzo es precisamente lo que aleja del comienzo. Es precisamente lo que nos han dicho las novelas de aprendizaje de *Wilhelm Meister a Siddharta*.

La inspiración espiral

El lector, espero, empiece quizá a sentirlo: este trabajo, aunque no se concede ningún límite en su perspectiva, aunque no excluye ninguna dimensión de la realidad, aunque sea de la más extrema ambición, no puede, por su ambición misma, ser concebido como una enciclopedia, en el sentido en el que ésta significa balance de los conocimientos; pero puede ser concebido como enciclopédico en el sentido en que el término, al volver a encontrar su origen, significa puesta en ciclo del conocimiento. No puede en ningún caso ser concebido como una teoría general unificada en la que los diversos aspectos de los diferentes dominios se deducen lógicamente del principio maestro. La ruptura con la simplificación me hace rechazar en su principio mismo toda teoría unitaria, toda síntesis totalizante, todo sistema racionalizador/ordenador. Esto, que ya se ha dicho, debe ser repetido desgraciadamente, ya que los espíritus que viven bajo el imperio del principio de simplificación no ven más que la alternativa entre investigación parcelaria por una parte, e idea general por otra. Es de esta clase de alternativa de la que hay que desembarrasar, y no es sencillo, de lo contrario habría habido desde hace mucho tiempo respuesta a este problema en el marco del principio de simplificación. No se trata, en fin, de la *improvisación de una nueva ciencia, lanzada al mercado ready made para reemplazar a la ciencia obsoleta*. Si he hablado en otra parte (Morin, 1973) de

scienza nuova, ésta es la perspectiva, el horizonte, no puede ser el punto de partida.

Si hay ciencia nueva, antagonista de la ciencia antigua, está unida a ella por un tronco común, no viene de otra parte, no podrá diferenciarse más que por metamorfosis y revolución. Este libro es un caminar en espiral; parte de una interrogación y de un cuestionamiento, se prosigue a través de una reorganización conceptual y teórica en cadena que, alcanzando el nivel epistemológico y paradigmático, desemboca en la idea de un método, que debe permitir un caminar de pensamiento y de acción que pueda recordar lo que estaba mutilado, articular lo que estaba disjunto, pensar lo que estaba oculto.

El método se opone aquí a la concepción llamada «metodológica» en la que es reducido a técnicas técnicas. Como el método cartesiano, debe inspirarse en un principio fundamental o paradigma. Pero la diferencia aquí es precisamente de paradigma, no se trata ya de obedecer a un principio de orden (excluyendo el desorden), de claridad (excluyendo lo oscuro), de distinción (excluyendo las adherencias, participaciones y comunicaciones), de disyunción (excluyendo el sujeto, la antinomia, la complejidad), es decir, un principio que una la ciencia a la simplificación lógica. Se trata, por el contrario, a partir de un principio de complejidad, de unir lo que estaba disjunto.

«Hacer la revolución por todas partes»: así hablaba Sainte-Beuve del método cartesiano. Y es que Descartes había formulado el gran paradigma que iba a dominar Occidente, la disyunción del sujeto y del objeto, del espíritu y de la materia, la oposición del hombre y de la naturaleza. Si a partir de un paradigma de complejidad puede nacer un nuevo método, encarnarse, caminar, progresar, quizá entonces podría éste «hacer la revolución por todas partes», inclusive en la noción de revolución que se ha vuelto plana, conformista y reaccionaria.

El espíritu del valle

Este libro parte de la crisis de nuestro siglo y vuelve sobre ella. La radicalidad de la crisis de la sociedad, la radicalidad de la crisis de la humanidad me han impulsado a investigar el nivel radical de la teoría. Se que la humanidad necesita una política. Que esta política necesita una antropo-sociología. Que la antropo-sociología necesita articularse a la ciencia de la naturaleza, que esta articulación requiere una reorganización en cadena de la estructura del saber. He tenido que sumergirme en este problema fundamental desviándome de las solicitudes del presente. Pero el presente es esta crisis que me atañe, me dispersa, me atraviesa. El propio objeto-sujeto de este

libro vuelve sin cesar sobre mi trabajo para dinamitarlo. Los ruidos del mundo, de las armas, de los conflictos, de las liberaciones efímeras y trastornadoras, de las opresiones duraderas y duras atraviesan los muros, me golpean el corazón. Trabajo en medio de estos olivos, de estas viñas, en estas colinas, cerca del mar, cuando una nueva media noche penetra en el siglo; su orden aplasta; su insolencia inspira respeto, terror y admiración a los que están a mi alrededor y que, en mis silencios, me creen de los suyos. Me aparto de la llamada de aquellos para los que *tengo* que testimoniar y, al mismo tiempo, cedo a la invitación de una botella de vino, de una sonrisa amiga, de un gesto de amor...

¿Por qué hablar de mí? ¿No es decente, normal, serio que, cuando se trata de ciencia, de conocimiento, de pensamiento, el autor se eclipse detrás de su obra y se desvanezca en un discurso que se ha vuelto impersonal? Debemos, por el contrario, saber que es allí donde triunfa la comedia. El sujeto que desaparece de su discurso se instala de hecho en la torre de control. Pinguengo dejar sitio al sol copernicano, reconstituye un sistema de Ptolomeo cuyo centro es su espíritu.

Ahora bien, mi esfuerzo de método tiende precisamente a arrancarme de este autocentrismo absoluto por el cual el sujeto, desapareciendo de puntillas, se identifica con la objetividad soberana. No es la Ciencia anónima la que se expresa por mi boca. No hablo desde lo alto de un trono de seguridad. Por el contrario, mi convicción segrega una incertidumbre infinita. Sé que creerse poseedor o poseído por la Verdad es ya intoxicarse, es ocultarse a sí mismo sus desfallecimientos y sus carencias. En el reino del intelecto, es el inconsciente el que se cree todo consciencia.

Sé que ningún signo indubitable me dará confirmación o infirmación. Mi marginalidad no prueba nada, ni siquiera a mí mismo. El precursor, como dice Canguilhem, es aquel del cual sólo se sabe después que venía antes. En la anomia y la desviación, la vanguardia está mezclada con todas las bajas formas del delirio... El juicio de los demás no será tampoco decisivo. Si mi concepción es fecunda, puede tanto ser desdeñada o incomprendida, como aplaudida o reconocida. La soledad a la que me he constreñido es el sino del pionero, pero también del extraviado. He perdido el contacto con los que no han comprendido el mismo viaje y no veo todavía a mis compañeros que existen, sin duda, y que ellos tampoco me ven... En fin, trabajo como en un absoluto, en una obra relativa e incierta... Pero sé cada vez mejor que el único conocimiento que vale es aquel que se nutre de incertidumbre y que el único pensamiento que vive es aquel que se mantiene a la temperatura de su propia des-iniciación.

No es la certidumbre ni la seguridad, sino la necesidad la que me ha impulsado a emprender este trabajo día tras día, durante años.

Me he sentido empujado por la misma necesidad evidente de tran-
substanciación que aquella por la cual la araña segrega su hilo y teje
su tela. Me he sentido conectado con el patrimonio planetario, ani-
mado por la religión de lo que une, el rechazo de lo que rechaza,
una solidaridad infinita; lo que el Tao llama *el espíritu del valle* «re-
cibe todas las aguas que se vierten en él».

PLANTEAMIENTO TEÓRICO Y METODOLÓGICO PARA EL ESTUDIO DE LA COMUNICACION SOCIAL.

AUTOR: MANUEL MARTIN SERRANO

OBRA: LA PRODUCCION SOCIAL DE COMUNICACION.

EDITORIAL: Alianza Universidad, Madrid 86.

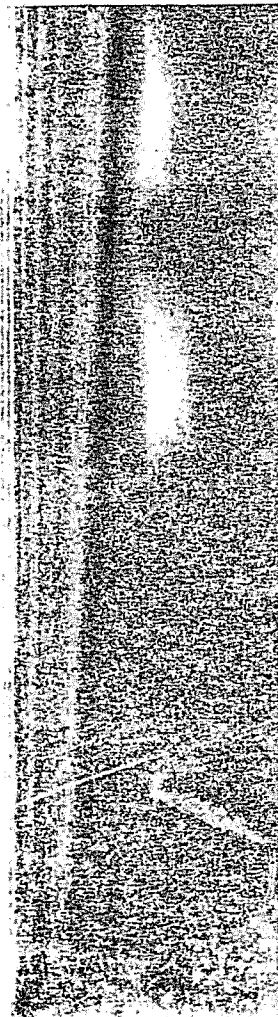
CAPITULO 1: Las teorías del intercambio entre sociedad y concepción del mundo.

La Teoría Social de la Comunicación tiene su paradigma en la Teoría de la Mediación, su propio objeto en el estudio de la comunicación pública y su material de análisis en los productos comunicativos. Como toda nueva disciplina no surge en un vacío de conocimientos ni es la primera que ha explorado los problemas que tiene como propios. Desde diversas Ciencias Sociales muchos autores, con sus aciertos y también con sus errores, avanzaron el punto de partida. Gracias a ellos nuestro recorrido será más corto y nuestro esfuerzo podrá llegar antes a término.

El primer capítulo de este libro busca las fuentes de la Teoría Social de la Comunicación. Conviene examinar las interpretaciones que han existido a propósito de las interacciones entre orden social y visión del mundo. Este trabajo previo se justifica como el debido reconocimiento a quienes pensaron para nosotros de qué modo podíamos ser más libres, más sabios y más felices. Pero sobre todo satisface una necesidad heurística. Se trata de enlazar la Teoría Social de la Comunicación con la tradición científica. Tales señas de identidad mostrarán las conexiones que la nueva Teoría tiene con las otras disciplinas sociológicas; pero también permitirán reconocer las pertinencias que la distinguen.

Este libro no es la ocasión para ofrecer una historia de las ideas relativas al manejo social de las conciencias ni al manejo cognitivo de la realidad social. Es suficiente con identificar, en la literatura especializada, las interpretaciones alternativas que existen de las relaciones entre las prácticas culturales y políticas. Esa reflexión fue iniciada por los autores de la Ilustración y todavía continúa en las Ciencias Sociales. Tales concepciones son numerosas; pero pueden abarcarse en un mismo análisis porque proceden de muy pocos paradigmas diferentes.

Después de haber mostrado cuáles han sido los marcos teóricos ajenos es posible señalar cuál va a ser el propio. Al hilo de la exposición intento que se transparenten mis propios criterios epistemológicos y, por lo tanto, también axiológicos. Supuestos intelectuales que existen en este libro como en los de cualquier otro científico.



1. La temática que la Teoría Social de la Comunicación comparte con las restantes Ciencias Sociales

1.1. Dimensión enculturadora de la comunicación pública

La comunicación pública provee a los miembros de la comunidad de relatos (orales, escritos, mediante imágenes) en los que se les propone una interpretación del entorno (material, social, ideal) y de lo que en él acontece. Tales narraciones ponen en relación los sucesos que ocurren con los fines y con las creencias en cuya preservación están interesados determinados grupos sociales. Por eso sugieren representaciones del mundo o se vinculan a ellas. Desde la perspectiva de su posible influencia cognitiva, la comunicación pública es una de las actividades enculturadoras que intervienen en la socialización de las gentes¹. Aunque los usos públicos de las narraciones pueden y deben de estudiarse también desde otras perspectivas diferentes.

Cualquier actividad enculturadora y también la comunicación pública está incluida en un proceso, que se produce y reproduce al tiempo que lo hacen las organizaciones sociales y sus propios miembros. Por eso la producción de representaciones del mundo puede ser indistintamente examinada como el inicio o como la culminación de algún cambio social.

a) Se puede entender que el proceso de cambio comienza cuando se difunde un relato que cumple funciones de enculturación. Por ejemplo, con la narración de un cuento infantil como *La Cenicienta*, en el que se reitera una representación cultural de las madres, esposas, novias e hijas deseables e indeseables. Esa interpretación existente en el cuento puede ser interiorizada por algún niño como imagen conformadora de su propia visión subjetiva de la mujer. Algunas veces los comportamientos de ese Actor pueden estar orientados, en alguna medida, por esa representación interiorizada; eventualmente, cuando llegue la ocasión en la que deba de elegir su pareja y cuando organice sus relaciones en el seno de la propia familia. Esos comportamientos de cada Actor, a la larga, tienen consecuencias que mantienen o cambian el orden establecido. A través de un recorrido que pasa por la conciencia de los sujetos y luego por sus actos, es posible que una narración llegue a tener alguna influencia real en el estado de la sociedad.

El proceso descrito —exteriorización de una representación del mundo en una narración, interiorización de la visión del mundo propuesta en el relato por un Actor que la asume como propia; comportamiento del Actor inducido por la representación interiorizada; repercusión de los comportamientos sobre el estado de la sociedad— también puede puntuarse en el sentido opuesto. Entonces la actividad enculturadora aparece como resultado más bien que como desencadenante de algún cambio social. La interpretación que se hace en esta ocasión del proceso es la siguiente:

b) Cada sociedad establece unos marcos institucionales para que sus miembros desarrollen sus actividades. Por ejemplo, la división según el sexo es uno

¹ La comunicación pública no es la única manifestación de las prácticas sociales enculturadoras y en algunas sociedades ni siquiera la más importante. Los relatos que circulan por su cauce coexisten con otros, generados y difundidos por procedimientos de enculturación diferentes, tales como la educación en el seno de la familia y de la escuela.

de los criterios sean los fundamentos en los que se basan, por lo que determinan los matices que de opciones puede no que cambio elegido precisamente el rol social se congruencia priorización l mismo a la sentaciones i to que todo blica es mie

Al estudio participa en énfasis en el vidades que ciales y un ca

ACTIVIDADES ENTRE LAS

Enculturación

a) Exteriorización de representaciones del mundo. (P. e., el relato y difusión de un relato mítico sobre la comunidad)

b) Exteriorización de representaciones del mundo como representación colectiva.

1.2. Representación del proceso

El estudio de las prácticas culturales y su nacimiento

de los criterios de la organización social en todas las comunidades. Según cuales sean las funciones que se esperen de los hombres y de las mujeres así serán los ámbitos en los que unos y otras puedan desenvolverse como seres sociales. Existen, por lo tanto, algunos condicionantes objetivos, más o menos prescritos, que determinan actividades específicas para cada Actor. En ocasiones, los comportamientos que corresponden a esas funciones sociales pueden ser asumidos como si de opciones personales, libremente elegidas, se tratase. Por ejemplo, una mujer puede *no querer* ser cura, coincidiendo con la prescripción que se lo impide; y en cambio *elegir* como vocación un destino de esposa y madre, actuando para ocupar precisamente la posición que tiene reservada en la organización social. Cuando el rol social se asume como autoimagen, el Actor ha buscado y encontrado alguna congruencia entre sus actos y sus creencias. Estas actividades cognitivas de interiorización le permiten adecuar la visión subjetiva que tiene del mundo y de sí mismo a la posición que ocupa en la organización. Eventualmente tales representaciones individuales pueden expresarse como representaciones colectivas, puesto que todo Comunicante que participa en la producción de comunicación pública es miembro de una sociedad en la que fue enculturizado.

Al estudiar la comunicación pública como un modo de enculturización que participa en la exteriorización de las visiones de la realidad, se puede poner el énfasis en el carácter generador *a)* o generado *b)* de la información. Pero las actividades que se intercambian entre una transformación de las representaciones sociales y un cambio de la sociedad son las mismas:

ACTIVIDADES QUE PARTICIPAN EN UN PROCESO DE AFECTACION
ENTRE LAS PRACTICAS ENCULTURIZADORAS Y EL ESTADO DE LA SOCIEDAD

TIPO DE ACTIVIDAD:

Enculturizadora	Cognitiva	Social	Histórica
a) Exteriorización de representaciones del mundo. (P. e., elaboración y difusión de un relato mítico sobre el origen de la comunidad.)	⇒ Interiorización de las representaciones del mundo por cada Actor.	⇒ Práctica social de cada Actor como miembro de un grupo.	⇒ Cambio de la organización de la sociedad.
b) Exteriorización de la representación subjetiva como representación colectiva.	← Congruencia entre visión subjetiva del mundo y posición prescrita. Interiorización de la actividad prescrita como meta o vocación.	← Actividades prescritas para cada Actor según su posición y función.	← Marcos para la acción social de los Actores.

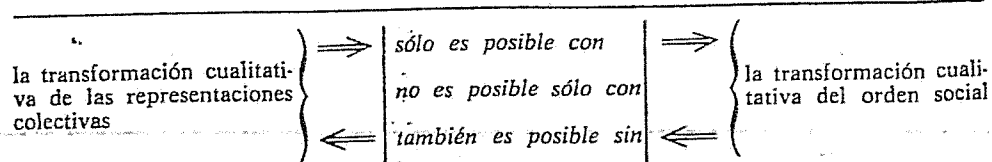
1.2. *Representaciones colectivas y orden social.*

El problema del cambio de las conciencias y de las instituciones

El estudio solidario de estos procesos, en los que se implican representaciones culturales, conocimiento, comportamiento y orden social, se inicia con el nacimiento de las Ciencias Sociales, ya en el siglo XVIII. El tema se encuentra

en los primeros trabajos que dieron origen a la Sociología, la Psicología, la Economía Política y la Antropología. Generalmente en todas estas ciencias ha desaparecido ya un planteamiento antinómico de las relaciones entre enculturización y orden social. Se entiende ahora que existe alguna posibilidad de intervenir sobre el estado de la sociedad modificando las representaciones del mundo, e igualmente se tiene a veces por posible inducir la evolución de las representaciones colectivas actuando a nivel de la organización social. Estas afectaciones entre una actividad que actúa sobre las conciencias y otra que interviene sobre las instituciones siempre se anudan mediando un comportamiento de los Agentes, es decir, una «práctica social». Pero el acuerdo entre las Ciencias Sociales y el interior de cada una de ellas concluye cuando se trata de evaluar la necesidad y la profunidad de tales afectaciones².

Los diferentes planteamientos pueden resumirse en las alternativas que recoge este esquema:



Esta disputa se prolonga desde hace doscientos años. El fondo de la cuestión es a la vez epistemológico, práctico y ético. Por eso el paso de las representaciones colectivas al orden social es un asunto relevante para comprender el sentido que tienen las Ciencias Sociales como saberes de nuestro tiempo³.

² Las discrepancias que existen entre las diversas ciencias cuando asignan más o menos importancia a determinados componentes de los procesos sociales tienen que ver con el estado de fragmentación que todavía tiene el conocimiento social. Hay disciplinas que buscan su espacio científico y su aplicación práctica en la explicación e intervención sobre las acciones enculturizadoras (p. e., la Pedagogía). Otras están centradas en las actividades cognitivas (p. e., la Psicología Genética). Las disciplinas sociológicas lógicamente están más sensibilizadas por las prácticas sociales (p. e. la Psicología Social). El cambio de la sociedad es un componente más relevante para todas las ciencias que tienen una dimensión histórica (p. e. la Economía Política). En todas ellas existe la necesidad y a veces la voluntad de superar esa especialización, porque resulta inapropiada para comprender actividades que no pueden aislarse de otras, con las que están relacionadas en un mismo proceso social.

³ La dimensión epistemológica del problema es la siguiente:

- Si las ciencias que trabajan con objetos culturales y cognitivos (representaciones) tienen o no que hacer abstracción de los cambios históricos;
- Si las ciencias que trabajan con prácticas sociales tienen o no que hacer abstracción de las mentalidades y sus productos.
- La dimensión práctica es la siguiente:
 - Si las ciencias que sirven para explicar las actividades enculturizadoras y cognitivas pueden o no utilizarse para orientar las prácticas sociales e históricas;
 - Si las ciencias que sirven para comprender el funcionamiento de los cambios sociales e históricos pueden o no ser utilizadas para transformar los componentes ideales.
- La dimensión ética es la siguiente:
 - Si las ciencias que pueden ser utilizadas para intervenir sobre la cultura y sobre la conciencia, deben o no de ser empleadas para lograr determinados cambios en el orden político;

La Teoría Social de la Comunicación puede analizar las funciones sociales y los efectos que son atribuibles a las visiones del mundo propuestas en los relatos. También puede investigar las diferencias que existen en las narraciones de la comunicación pública, en relación con la distinta configuración de las Formaciones Sociales. Ya no parece necesario perder tiempo en discutir la existencia de esas mutuas afectaciones entre transformaciones de las representaciones colectivas y cambio social, puesto que otras Ciencias han demostrado que se producen en ambos sentidos. Pero sigue subsistiendo la necesidad teórica de explicar por qué y cómo se producen esos *inter-cambios*; y la conveniencia práctica de evaluar la importancia relativa que tienen los factores culturales y los sociales, en la evolución de las comunidades humanas. No es ocioso tomar en cuenta el esfuerzo realizado por quienes antes que nosotros reflexionaron sobre los vínculos existentes entre concepción del mundo y estado de la sociedad.

Describiré en primer lugar el origen y los puntos de vista de las escuelas deterministas, es decir, de aquellas que parten de la hipótesis de que la visión del mundo está *condicionada* por el estado de la sociedad, o viceversa. Luego haré otro tanto con las escuelas no deterministas, las cuales comparten la hipótesis de que el Sistema Social y el de Representaciones están *relacionados*, pero funcionan con determinado grado de autonomía.

2. Las concepciones deterministas de las relaciones entre organización social y visión del mundo

La aplicación de modelos causales para interpretar las relaciones entre un tipo de orden social y una configuración dada de las representaciones colectivas se conoce con el nombre de «Mecanicismo». Este mecanicismo ha revestido dos modalidades teóricas: una idealista y otra materialista. Ambas, en la práctica de la acción cultural y política, llevan al voluntarismo.

2.1. Origen y evolución del voluntarismo idealista

El voluntarismo idealista es el resultado de creer que actuando adecuadamente sobre la producción y difusión de la cultura se pueden lograr cambios cualitativos en la estructura social. Esta hipótesis siempre tomó en consideración el recurso a la comunicación pública como instancia estratégica de cambio político y axiológico. En opinión de autores actuales de esta tendencia, el control de la programación de los medios de comunicación de masas por profesionales conscientes de cómo usar su influencia sería un modo rápido y seguro de conformar no sólo la manera de pensar de las gentes, sino además su forma de actuar. Esa política, basada en la influencia, creen que a la larga sería más eficaz que otras más tajantes para transformar verdaderamente el mundo; porque el cambio histórico requeriría un nuevo orden socioeconómico del que desaparezca la explotación; pero además un hombre nuevo, que hubiese vencido sus inhibiciones y contradicciones.

Este planteamiento pasa por el marxismo para desembocar en el humanismo, pero tiene raíces teóricas muy antiguas. Se incorpora a las Ciencias Sociales en

— Si las ciencias que pueden ser utilizadas para cambiar el orden político deben o no de ser usadas para conseguir determinadas transformaciones de las conciencias y de la cultura.

el Siglo de las Luces por los Iluministas. Estos autores compartían la creencia de que el comportamiento social es la consecuencia de la educación; más concretamente, de las «ideas» que se les habían inculcado a las personas. En su condición de reformadores proponen explícitamente una intervención racional sobre las conciencias, sirviéndose para ello de los instrumentos de transmisión de información, en su época el libro, el periódico y el maestro. La influencia de «los ilustrados» sobre «los ignorantes» debería de estar sujeta a un programa de producción y distribución de cultura orientado a propagar unos objetivos morales y sociales, que, dicho sea de paso, eran nobles y progresivos. Los Iluministas esperaban alcanzar ese resultado cuando los libros, los periódicos, la enseñanza difundieran a todos las *luces*, una explicación científica y razonable del mundo natural y social. Durante la Revolución Francesa y aún más tarde existió la voluntad política de llevar a la práctica este programa, al menos en el período que va desde 1798 hasta la Comuna. Aumentó notablemente el consumo de libros y la circulación de Prensa; en algunos Estados, además del Francés, la escuela se hizo obligatoria; los textos de enseñanza referidos a las Ciencias Naturales, la Física y la Química fueron expurgados de los burdos errores que caracterizaban a la visión teológica del mundo.

A pesar de la puesta en práctica de estas medidas tan necesarias, la generación siguiente a la Revolución se dio cuenta de que la razón, aplicada a la descripción del mundo, y la libertad concedida a la difusión pública de las ideas estaban contribuyendo a la sustitución de los dogmas religiosos y de las relaciones feudales; pero en su lugar otros prejuicios y otro poder se adueñaban de las conciencias y de las voluntades de las personas; cambios que en gran medida cabía atribuir precisamente a la difusión del libro, de la Prensa y a la enseñanza pública. Los hegelianos de izquierdas, a pesar de su identificación con los ideales del Siglo de las Luces, tienen el arrojo de reconocer que la utopía Iluminista había fracasado en sus medios y en sus objetivos, al menos provisionalmente. Es el momento en el que el propio Marx comienza a utilizar el término «ideología», propuesto por Feuerbach, para referirse a toda visión partidista de la realidad y no sólo a la retrógrada concepción del mundo del Antiguo Régimen.

En la obra de Feuerbach la representación ideológica del mundo se interpreta como el negativo de la racional. La representación racional se difunde para liberar las conciencias y las voluntades; la concepción ideológica para controlar a ambas; la visión ideológica supedita el saber sobre el mundo a los intereses de quienes se lo han apropiado; la representación racional sólo estará interesada en comprenderlo. En definitiva, con el término «ideología» Feuerbach designa un estado de las conciencias anterior a la llegada de las luces, es decir, prelógico, precientífico y precrítico; por lo tanto, este Autor sigue confiando en el programa racionalista de transformar el mundo cambiando la información sobre el mundo. En los textos de Marx (*Manuscritos*, *Ideología alemana*, *Miseria de la Filosofía*) lo que se pone en duda es la validez del programa mismo.

Marx sostiene que el problema de la liberación del hombre no puede concebirse como la mera sustitución de la irracionalidad por la Razón. «La Razón», en abstracto, sólo existe como categoría lingüística: en concreto, la razón está sujeta a cambios históricos como la propia naturaleza humana. Expresando estas observaciones de Marx en términos más modernos, el Autor señala que las operaciones cognitivas (con las ideas) se llevan a cabo en relación con las operaciones referenciales (con los objetos); por lo tanto, el conocimiento objetivo del entorno está en movimiento, como lo está la misma realidad. Cada sociedad, en

cada
que
es (l
mun
se ci
clus
naci
sobr
ideo

2.2.

l
en e
efec
liber
dem
cied
de e
caba
dore
cied
otro
cada
men

mej
ser
nue
ción
a lo
ado
rele
que
gan
La
ran
red
de e

posi
de
de
pag
idex
mit
rep
pro
que

cada época, más pronto o más tarde establece otra interpretación de ella misma que llegará a tenerse efectivamente por la única válida. La nueva interpretación es (históricamente) más verdadera, pero sólo en el sentido de que describe al mundo como lo hace esa sociedad. En tanto que la obra de transformación social se cimente sobre la desigualdad entre los hombres, la visión correspondiente, incluso aquella que recurre al conocimiento científico, seguirá justificando la alienación, es decir, el sometimiento ciego de los hombres a alguna otra fuerza, sea sobrenatural, natural o social; y toda representación que aliena es por definición ideológica.

2.2. Orígenes y evolución del voluntarismo materialista

La crítica de Marx arruina cien años de utopía Iluminista. Hay que situarse en el contexto cultural y político de la postrevolución, para darse cuenta del efecto que debió de tener la aseveración de que el cientifismo y el progresismo liberal eran otras ideologías. Los análisis teóricos de Marx iban encaminados a demostrar que influyendo sólo sobre la conciencia no es posible cambiar la sociedad. Pero el razonamiento esquemático de los revolucionarios de 1848 dedujo de esta crítica al idealismo un «mensaje» político erróneo, con el cual se justificaba el activismo. Invirtiendo el análisis, se interpretó por los comunistas seguidores de Blanqui que bastaba con la práctica revolucionaria para cambiar la sociedad y por añadidura las conciencias. A partir de este planteamiento toma cuerpo otro voluntarismo, ahora materialista, modalidad de mecanicismo que revive cada vez que se hace evidente el fracaso del reformismo idealista y cuyos rasgos merecen un detenido análisis.

El voluntarismo materialista ha visto siempre con sospecha la cultura. En el mejor de los casos la evalúa como una herramienta del activista, que tendrá que ser forjada *ex novo* cuando llegue la revolución al poder porque cada uno de nuestros valores morales, estéticos o sociales sólo habrá servido como justificación del sistema capitalista. Cuando en estos autores aparece alguna referencia a los efectos políticos de la educación de las masas, «educación» es sinónimo de adoctrinamiento y en todo caso se valora como un recurso políticamente menos relevante que la acción de masas. La producción social de información ideológica que se lleva a cabo en las sociedades capitalistas se hace sinónimo de la propaganda, con lo cual sólo se contempla el aspecto más tosco de la manipulación. La conciencia falsa sobre el mundo y sobre los hombres se restringe a la ignorancia, por parte de los trabajadores, de sus intereses objetivos, con lo cual se reduce a un mero error de juicio lo que es una carencia de la capacidad misma de enjuiciar con objetividad.

Las fuentes del voluntarismo materialista también son premarxistas, pero su posterior desarrollo es inseparable del llamado «materialismo científico», una de las interpretaciones que ha recibido la obra de Marx, esencialmente a través de ciertas lecturas de los textos de Lenin referidas a las funciones de la propaganda. Esa interpretación, en lo que a las relaciones entre cambio social e ideológico se refiere, se ha demostrado históricamente errónea porque no permite comprender cómo interviene la cultura y en general la información, en la reproducción y en el cambio de la sociedad. Para explicar los efectos de la producción de información ideológica sobre la sociedad, no basta con señalar que la información es incompleta, o está deformada; ni con mostrar que en oca-

siones es falsa o no resulta pertinente; ni tampoco con probar que responde a intereses de clase. Para comprender el control social que se canaliza por la información se necesita aclarar qué aportan los productos comunicativos y qué ocurre en las conciencias de las personas para que acepten como suyas unas interpretaciones del mundo que son contrarias tanto a la objetividad como a sus intereses.

Ni los mecanismos expresivos que intervienen en la producción de relatos, ni los procesos cognitivos responsables de la interiorización de las representaciones ideológicas, fueron investigados por Marx⁴. La circunstancia de que ambas cuestiones estuviesen enunciadas, pero no desarrolladas, explica que el análisis de las ideologías resulta la parte más esquemática de la obra marxista. Esta insuficiencia ha tenido como consecuencia que la izquierda no haya elaborado antes una Teoría del Conocimiento, ni ahora una Teoría Social de la Comunicación, equiparables en su alcance y su operacionalidad a la Economía Política.

3. Las concepciones no deterministas de las relaciones entre organización social y visión del mundo

3.1. Interpretación dialéctica de los conceptos de «ideología» y «conciencia falsa»

Desde las primeras polémicas con los comunistas de Blanqui y expresamente a partir de 1848, Marx insiste varias veces en que la conciencia históricamente falsa penetra sus raíces en necesidades afectivas que ni deben de ser infravaloradas ni pueden ser arrancadas como la mala hierba, solamente eliminando del escenario político a los aparatos ideológicos. Marx es muy consciente de que tales simplificaciones no responden a la complejidad que tienen los procesos sociales de representación del mundo. Ciertamente, las visiones de la realidad que producen los aparatos ideológicos, en un determinado estadio de la evolución histórica de una sociedad, contribuyen a mantener o reforzar el poder de las clases dominantes. Pero estas representaciones son eficaces porque, aunque partidarias, ni son arbitrarias ni son gratuitas, ni están exclusivamente destinadas a ser asumidas por los grupos dominados. *La representación ideológica de la realidad ofrece un modelo del mundo reconocible en el entorno o fácticamente posible; sugiere a los Actores comportamientos factibles y aceptados; y describe situaciones que suelen ser las más probables.* Excepto en las etapas de desintegración política (por ejemplo, durante los últimos años del Antiguo Régimen Francés) el carácter ideológico de la visión del mundo no es el resultado de una interpretación errónea del funcionamiento social, en el sentido positivista del término «error», atribuido a lo que carece de correlato empírico. La condi-

⁴ Marx y Engels indicaron a lo largo de su obra los niveles de análisis que hay que tomar en cuenta para investigar cómo las ideologías intervienen en el control social:

- En primer lugar debe de examinarse el proceso de producción de las ideas, opiniones y valores; cuáles son los Agentes y las instituciones sociales que tienen encomendadas estas tareas; en qué soportes se explicitan y a través de qué instrumentos se difunden; y quiénes son sus destinatarios.
- En segundo lugar debe de aclararse cómo las ideologías se interiorizan, es decir, hay que explicar los fenómenos de conciencia a nivel de sus funciones subjetivas.
- En tercer lugar, habría que explicar la conexión que se establece entre las creencias y los comportamientos.

ción ideológica de un modelo del mundo que expresa un orden político determinado, procede de que se da por supuesto que ese funcionamiento social es el único que merece ser conservado, el único legítimo, razonable o viable.

Las representaciones ideológicas capaces de mantener el interés del conjunto de la sociedad en la perpetuación de ese orden social, tienen que proveer de algo más que propaganda política. Cuando una representación de la realidad sirve para el control social puede asegurarse que esa representación satisface dos necesidades:

a) Proporciona una *teoría de la sociedad*, en la cual se armonizan la transformación de las formas de vida y de los valores con el mantenimiento de esa organización social y de sus instituciones. En dicha teoría debe de haber un modelo de comportamiento no sólo para los miembros de las clases dependientes, sino también para quienes forman parte de las clases dominantes, aunque uno y otro contengan opciones diferentes. Por esa razón las representaciones ideológicas de la realidad pueden ser partidistas pero nunca cortas de miras⁵.

b) Proporciona a nivel subjetivo *gratificaciones cognitivas y afectivas*. Supuesta la existencia de una teoría ideológica, su eficacia para el control social depende de que sea asumida por los miembros de esa sociedad como una interpretación válida del mundo. Para que se produzca esta interiorización, la teoría ideológica tiene que satisfacer necesidades esenciales de la personalidad: al menos aquellas que se refieren a la conciencia de pertenencia a un grupo y al sentimiento de seguridad. Por eso las representaciones ideológicas de la realidad pueden ser falsas, pero nunca banales⁶.

El voluntarismo materialista no ha sabido ver que las visiones ideológicas del mundo también tienen que ser analizadas dialécticamente. Las ideologías cumplen funciones históricamente negativas, pero socialmente positivas, es decir, satisfactorias tanto para la organización política como para la organización mental. Por esta miopía, el materialismo mecanicista es responsable de un retraso teórico y un error político. En los países socialistas generalmente se han hecho análisis esquemáticos de fenómenos tales como la cultura de masas, la influencia de los medios de comunicación o las modas. Tachados de manipulaciones impuestas artificiosamente a las masas contra su voluntad y contra su razón, sólo cabía esperar el desmoronamiento de la cultura burguesa cada vez que una crisis económica enfrentase a los trabajadores con su auténtica condición existencial. Sin embargo, las sucesivas crisis no han disminuido la eficacia del control social que recurre a la información partidaria; más bien se ha demostrado lo contrario. Esta verificación histórica ha generado el desconcierto en quienes perdieron el enfoque dialéctico del marxismo y lo sustituyeron por otro determinista.

⁵ Conviene subrayar que en su condición de *teoría de la sociedad*, las visiones ideológicas se comunican en múltiples productos ideológicos, pero no agotan el repertorio de sus representaciones en el contenido de ninguno de ellos.

⁶ La falsedad de una representación ideológica se objetiva en que oculta las contradicciones que existen entre los distintos niveles de la realidad. Por ejemplo, cumple una función ideológica la sugerencia de que en una sociedad funciona la igualdad de oportunidades cuando en sus cárceles y manicomios están encerrados mayoritariamente los miembros de unas clases y en los puestos públicos y las universidades se sientan mayoritariamente los de otras.

Los marxistas dialécticos, salvo escasas excepciones, han realizado su obra en países no socialistas, allí donde la afirmación de que existe incongruencia entre el estado de la sociedad y el de la cultura no contradice la doctrina oficial. Existen varios focos de reflexión dialéctica en los que los textos de Marx sobre conocimiento y cultura se han puesto en conexión con aportaciones psicoanalíticas, fenomenológicas y existencialistas. De estos encuentros proceden algunos de los trabajos más importantes y lúcidos que existen sobre la comunicación de masas⁷.

Para el objeto de este libro interesa subrayar el común criterio que comparten los autores que han conservado la tensión dialéctica que existe en la obra de Marx. La supraestructura (cultural, ideológica) está en relación con la estructura (productiva, política), pero esa relación es dialéctica, queriendo con ello decirse que no es ni unidireccional, ni unívoca, ni inmediata. Por ejemplo, Propp recuerda que la correspondencia entre estructura y supraestructura, en el pensamiento marxista, es una relación histórica, es decir, que termina produciéndose cuando el cambio de formación social llega a su término; pero no necesariamente una relación sincrónica. El propio Propp puede demostrar fehacientemente esa asincronía entre la organización de la sociedad fundada en la división técnica y los cuentos que conserva esa sociedad⁸; yo mismo he demostrado que la estructura de los viejos modelos narrativos persiste en los relatos de los MCM, tema sobre el que vuelvo a aportar evidencias en este libro. Los dialécticos concluyen señalando que incluso en el caso de que la transformación de la sociedad signifique el paso a una nueva formación política, por ejemplo del capitalismo al socialismo, la comunicación social puede tardar en modificar sus contenidos hasta el grado de ofrecer una nueva visión del mundo, porque los cambios en la representación de la realidad requieren un lento proceso de toma de conciencia.

3.2. *La interpretación estructuralista de las funciones sociales que cumplen las relaciones colectivas*

Los estructuralistas han prolongado en el campo de la Antropología Cultural los análisis sobre la función social de las representaciones que ya están explícitos en la obra de Comte y de Durkheim⁹. El centro de referencia teórico se encuentra en la obra de Levi-Strauss. Los estructuralistas también han maridado sus análisis con el marxismo, la lingüística de Saussure y Peirce, el psicoanálisis y la fenomenología. Lo más importante que se ha producido a nivel del análisis de los relatos tiene este origen. En esta ocasión nuevamente destaco el criterio común que identifica a los estructuralistas y es pertinente para este libro. Estos autores señalan que una gran parte de la comunicación tiene por objeto reproducir un repertorio de representaciones colectivas muy estables; representaciones

⁷ Un estudio de las corrientes dialécticas en Manuel Martín Serrano: *Los métodos actuales de las ciencias sociales*, AKAL, Madrid, 1978. En castellano se encuentran traducidas la mayor parte de estas obras. Véase, p. e., Schaff, Lefèvre, Merleau-Ponty; Adorno y el resto de los autores de la Escuela de Francfort.

⁸ Cfr. V. Propp: «El árbol mágico sobre la tumba», en *Edipo a la luz del folklore*, Fundamentos, Madrid, 1980.

⁹ Concretamente en *Sistema de política positiva* (Comte) y en *Formas elementales de la vida religiosa* (Durkheim). Un estudio de estos orígenes en *Los métodos actuales de las ciencias sociales* (op. cit.).

que conservan un modelo del mundo compartido por los miembros de una sociedad. Tales representaciones se refieren precisamente a aquellos valores que resisten al cambio sociopolítico. En consecuencia, los relatos de la comunicación pública estarían interesados más bien en lo que permanece (o se desea que permanezca) en la sociedad, que en lo que en ella cambia. En apoyo de esta tesis, los estructuralistas muestran que los mitos son productos comunicativos cuyo relato oral atraviesa las épocas históricas sin cambios esenciales en su estructura. Estos ejemplos no permiten sostener, *a priori*, que también los medios de comunicación de masas tomen al acontecer como pretexto para reiterar un modelo del mundo inmune a los cambios sociales; sin embargo, existen numerosas evidencias de que las estructuras narrativas de los relatos de los medios y la de los mitos y cuentos, a veces son las mismas¹⁰. Incluso los productos comunicativos socialmente más revolucionarios suelen estar vertidos en el molde discursivo de los mitos más arcaicos: por ejemplo, la estructura de *El manifiesto del partido comunista*, es muy parecida a la estructura del mito de Prometeo¹¹. Los estructuralistas que creen en el primado de la estructura sobre la historia, no dudan en afirmar que a nivel comunicativo, los *códigos*, operadores que organizan el relato de acuerdo con el sistema de valores estables, terminan siempre imponiéndose sobre los textos y sus contextos. Existiría algo así como una «astucia de la lengua» capaz de *recuperar* como diálogos toda desviación de sentido. Al entender de los estructuralistas más radicales, toda mediación cultural tiene por objeto transformar la práctica revolucionaria en una mera práctica discursiva.

3.5. Importancia del análisis de las relaciones entre transformación social y cambio de las representaciones

El esclarecimiento de estos problemas ha ocupado, durante doscientos años de convulsiones políticas y culturales, a los más lúcidos pensadores de las ciencias sociales. La comprensión de las relaciones entre cambio en los contenidos de la comunicación pública y transformación de la sociedad es algo más impor-

¹⁰ Pueden leerse a este respecto los trabajos de los semiólogos estructuralistas, particularmente de Roland Barthes. Yo mismo he identificado estructuras míticas en los relatos de la televisión: Cfr. *L'Ordre du monde à travers la TV*, Presses Universitaires, Lille, 1974.

¹¹ En términos generales, los discursos, panfletos, libros, que han reclamado acciones revolucionarias —y que estaban realizados precisamente para lograr el cambio político—, tienen una estructura muy conservadora; tanto o más conservadora que la estructura de los relatos (religiosos, tradicionales), cuya función ideológica y alienante los revolucionarios querían denunciar. En cambio las estructuras discursivas más revolucionarias suelen encontrarse en obras y autores generalmente alejados del compromiso político, cuando no señaladamente conservadores. Históricamente la innovación en la estructura discursiva guarda correspondencia con el nivel cultural de los Receptores y no con el nivel revolucionario de las propuestas. Se comprende que, en la práctica, así tenían que suceder las cosas, porque cualquier discurso político, para ser eficaz, tiene que estar contenido en las estructuras expresivas y cognitivas de sus destinatarios: sobre todo si se esfuerza en transformar esas estructuras. Sin embargo, los surrealistas han advertido —seguramente con toda razón— que no existirá una verdadera transformación social sin la transformación de las estructuras expresivas (y viceversa); aunque, a mi juicio, los surrealistas pecan de volutarismo cuando afirman que la mera destrucción de los códigos expresivos es revolucionaria. No alcanzo a comprender cómo un discurso que rompe con todas las convenciones significativas y expresivas puede tener un uso revolucionario, si se anticipa a las posibilidades de comprensión de quienes tienen que transformar ese discurso en una práctica social y política.

tante que un ejercicio académico. Cabe resignarse a la idea de que las transformaciones sociales, no encuentran inmediatamente su representación coherente en los productos comunicativos de su época (o viceversa). Este dato aparece mencionado tanto en los autores marxistas como en los estructuralistas, cuando ambos advierten de la diferencia de ritmo que existe entre el cambio de las estructuras sociales y la modificación de la concepción del mundo. Pero ninguna de estas teorías priva de la esperanza histórica: por larga que sea la espera aceptan que, alguna vez, el orden social y la representación de este orden, terminarán reconciliándose en un modelo válido de un mundo justo. Sin embargo, ni siquiera cabría conservar ese consuelo histórico, si fuese cierto que la comunicación pública cumple *exclusivamente* una función reproductora. Y si además sucediese que la aparición de los MCM coagula la innovación social en modelos de representación arcaicos, habría que desconfiar de la posibilidad misma de transformar verdaderamente el mundo por la vía más pacífica y racional: la promoción de la capacidad humana para la autonomía y para la objetividad.

4. Aplicación del análisis de la mediación al estudio del control que se ejerce sobre las representaciones sociales por los MCM

La preocupación por encontrar modelos y métodos de análisis adecuados para investigar estos problemas está en el origen de la Teoría de la Mediación.

Una de las aplicaciones de la Teoría de la Mediación en el campo de las Ciencias Sociales, que interesa en este libro, consiste en el estudio del control social que ejercen las instituciones actuando sobre la interpretación que hacen las personas de la realidad¹². Participan en esta tarea de control aquellas instituciones sociales que administran la producción y la oferta de información: entre ellas la familia, la escuela, la iglesia, los medios de comunicación de masas. Desde esta perspectiva, son modalidades de control social por el recurso a la información, todas las acciones que inciden en la enculturización de las personas: estudios reglados; manifestaciones culturales, artísticas, rituales o recreativas; oferta de noticias que circulan por sistemas informales o por los MCM, etc.

Cabe señalar en qué se diferencia la mediación del adoctrinamiento. El adoctrinamiento pretende influir directamente sobre los valores de las personas; en tanto que la mediación cuando consigue ese mismo efecto lo hace indirectamente, actuando sobre las categorías cognitivas. La mediación propone representaciones del tiempo, del espacio y de lo que acontece. Logra que nuestra conciencia se historicice, es decir, que encuadre el conocimiento de la realidad en modelos históricamente determinados. Tales modelos mediadores intervienen para dar un sentido a las experiencias concretas que van a ser incorporadas a nuestra visión del mundo; pero también intervienen a nivel de las operaciones mentales generales con las que se manejan esas experiencias¹³.

¹² El término «realidad» designa, en su dimensión sistemática, el ámbito físico, biológico, psíquico, cultural, institucional, social en el que cada sujeto desenvuelve su existencia; y en su dimensión procesal, todo lo que acontece en ese ámbito.

¹³ Kant afirmó y la psicología confirmó que el espacio y el tiempo eran formas universales de la sensación y que también hay categorías universales a las que se las descubre en todo juicio. Pero el espacio y el tiempo son también históricos en un doble sentido: primero, los cortes temporales y las acotaciones espaciales se transforman cuando cambian las formas de vida; segundo, esas transformaciones pueden ser inducidas por el recurso a la enculturización.

4.1. Niveles de estudio del control por el recurso a la información

Existen tres perspectivas de estudio distintas para observar cómo funciona esta forma de control social. La primera trabaja a nivel de los sujetos; la segunda a nivel de los relatos; la tercera a nivel de los productos comunicativos.

1.º Los sujetos elaboran *representaciones cognitivas* que conciernen a la realidad. Los datos que incluyen esas representaciones y la interpretación que de ellas se hace, proceden en mayor o menor medida, de la información que le proporcionen otras personas a través de formas personales o institucionales de comunicación. La participación de tales instancias en la producción subjetiva de representaciones cognitivas equivale al concepto de «influencia». El estudio de esta influencia sobre la interpretación del mundo a nivel de los sujetos es una de las dimensiones de la Teoría de la Mediación que interesan a numerosas ciencias que se ocupan de la génesis y el manejo de las representaciones, entre ellas la Psicología genética, la Psicología social, la Pedagogía y todas las Ciencias de la Comunicación.

2.º Los relatos participan en el control social de los sujetos porque contienen *representaciones sociales*. Una representación social consiste en la propuesta de una *determinada* interpretación de lo que existe o de lo que acontece en el entorno. La representación social hace referencia precisamente a tales o cuales temas, incluyendo *unos* datos en vez de otros y sugiriendo *ciertas* evaluaciones en vez de otras posibles. La representación social sirve como modelo de influencia precisamente porque esclarece a los sujetos cuáles son las concepciones de la realidad que el Relator distingue como legítimas, entre todas las representaciones alternativas que serían posibles¹⁴.

Cuando el Relato es elaborado por un mediador institucional (institución mediadora) y está destinado a una comunidad, la representación social adquiere el valor de una *representación colectiva*, o se legitima por ella. El estudio de estos procesos concierne a varias ciencias que se interesan en la génesis y la función de esas clases de instituciones y de representaciones; entre ellas la Antropología Cultural y la propia Teoría Social de la Comunicación.

3.º La representación social es una interpretación de la realidad que está destinada a ser interiorizada como representación personal por determinados componentes de un grupo. En consecuencia, la representación social tiene que estar propuesta en un relato susceptible de ser difundido. Cuando aparecen las técnicas de transcripción de la palabra al signo, la producción y la difusión de representaciones sociales ya no depende sólo del relato oral¹⁵. La conservación y difusión del relato puede confiarse al uso de objetos materiales tales como la

¹⁴ La representación social siempre incluye la presuposición de legitimidad ante los miembros del grupo a quienes les está destinada. Esa legitimidad descansa en la evaluación del mediador como un intérprete autorizado, y en la evaluación de la interpretación como una propuesta socialmente convincente desde algún punto de vista: es decir, verdadera, ortodoxa, útil, etc.

¹⁵ Los relatos orales son los objetos portadores de representaciones sociales más antiguos. En los mitos que se han transmitido hasta nuestros días descubrimos *representaciones sociales consolidadas*, es decir, interpretaciones del mundo que quedaron fijadas como representaciones colectivas y se transmiten de manera prácticamente invariante de generación en generación.

tablilla cocida, el papel o la película. Desde el momento en el que se fabrican y distribuyen tales soportes, la elaboración de relatos es una actividad productiva en dos aspectos: en el de la producción cultural de representaciones sociales y en el de la producción material de bienes destinados a expresar y distribuir esas representaciones. La representación social deviene un producto cognitivo inseparable del producto comunicativo, *entendiendo por «producto comunicativo» un objeto fabricado que tiene un valor de uso concreto: poner la información que han elaborado unos sujetos sociales a disposición de otros.*

El campo de estudios del que me ocupo en este libro se sitúa al nivel de los productos comunicativos que utilizan las instituciones para llevar a cabo su labor de control social recurriendo a la información.

En concreto, se investigan las visiones del acontecer que elaboran quienes producen la comunicación de masas; y se analizan cómo se materializan en los productos comunicativos que se difunden a través de la Prensa y de la Televisión.

Se ha trabajado mucho en la investigación de los relatos; sobre todo para conocer las formas expresivas de las representaciones sociales. Igualmente existen trabajos centrados en la actividad de las instituciones que producen información¹⁶. Algunos de estos estudios son muy importantes, pero ninguno de los que yo conozco ha planteado una perspectiva que permita integrar ambos análisis y servirse de ellos para elaborar una Teoría Social de la Comunicación. Al analizar los productos comunicativos como objetos mediadores, trato precisamente de ofrecer ese otro punto de vista.

Sin embargo, una Teoría Social de la Comunicación tiene que abarcar todas las manifestaciones de la comunicación mediada institucionalmente, incluidas aquellas que dependían del relato oral. Metodológicamente es conveniente estudiar la comunicación pública que recurre a productos comunicativos, buscando su génesis en las más sencillas; pero también lo es tratar de comprender las funciones y los cambios de las instituciones comunicativas más primitivas, a partir de su explicitación en las formas más complejas de información pública. Este doble recorrido se hace en este libro.

¹⁶ El estudio de los sujetos sobre los que se ejerce ese control, o si se prefiere, el análisis de la influencia social es un tópico también muy investigado. Se puede consultar un trabajo en ese campo, en Manuel Martín Serrano: *Los usos de la comunicación social*, Edit. del Centro de Investigaciones Sociales, Madrid, 1982.

Jornadas

de Historia de Occidente

Movimientos populares en el occidente

de México, siglos XIX y XX

Centro de Estudios de la Revolución Mexicana
"Lázaro Cárdenas", A.C.

7. Epílogo

No es nada fácil deslindar entre las aportaciones de una historia que se hace y se concibe desde "lo alto" y una historia que si bien considera variables identificadas con los movimientos populares, no puede despojarse de ese pecado original, el discurso que representa al gobierno del centro apenas si es substituido por el discurso del líder o cacique regional. Se avanza, sin embargo, en términos de complementar una historia global, totalizadora, que en nombre de un principio universal abandonó el conocimiento de sus expresiones más específicas. Quién puede creer ahora que la Revolución de 1910 tuvo el mismo arraigo e igual intensidad en el norte y en el sur del país. Hay manifestaciones, sí, de un malestar social generalizado pero nunca las mismas alternativas de solución.

El estudio de los movimientos regionales no podrá suplir la historia nacional, la historia de una sociedad y de un pueblo, pero sí será ese paso necesario para reformular la historia y lograr una visión de conjunto de la formación de un país nuevo.

Consideraciones sobre el Espacio Social Colonial y la Formación de Regiones en la Nueva España

Lidya Espinosa • Margarita Loera •
Rodrigo Martínez • Marta Terán*

Introducción

El objeto del presente trabajo es el de tratar *algunos* problemas que para la historiografía mexicana presenta en la actualidad la historia regional. Subrayamos la palabra "algunos" porque la falta de tiempo nos impidió proponernos tratar otros problemas igualmente importantes que, para el estudio de la conformación espacial novohispana, levanta la historia regional. Nos quedamos, si se puede decir, en los prolegómenos de dicho campo de la historia: después de realizar, en el primer apartado de nuestro trabajo, una apología de la historia regional señalando sus posibilidades y su necesidad; en el segundo apartado problematizamos el concepto de región e intentamos definir los criterios que nos permitirán localizarlas en la Nueva España. De acuerdo con estos supuestos metodológicos, en el tercero y cuarto apartados analizamos los aspectos fundamentales con respecto a los cuales fueron producidos, bajo los lineamientos de la organización espacial imperial, el espacio social novohispano y, en este marco, el mosaico regional.

Dejamos de lado, como se ve, muchos problemas importantes de la historia regional solamente posibles de elucidar, por otra parte, en la práctica de la investigación misma. No tratamos, por ejemplo, el difícil problema de la articulación de las regiones en el estado-nación, ni tampoco los diferentes niveles de la articulación interregional e intrarregional por la circulación de mercancías y el capital comercial. De hecho, ro- zamos apenas el problema de los fundamentos y viabilidad de la "histo-

* Seminario de Historia de la Agricultura. Dirección de Estudios Históricos. I.N.A.H. S.F.P.

ria total", "global" o "síntesis histórica", y sus relaciones con la historia regional. ¿Hasta qué punto es cierto que sólo la historia regional (al menos dentro de la perspectiva de una estrategia de la investigación histórica) permite la reconstrucción del todo social? ¿Es el análisis regional un punto de partida, de llegada, o un punto intermedio de la investigación histórica? En la historia regional, ¿qué papel juegan el mundo y el espacio circundantes? Y, aceptando que la historia regional permita la reconstrucción de un todo social, ¿cómo tratamos aquí el problema de la metodología de la reconstrucción de ese todo que incluye cuestiones como: ¿qué elementos privilegiar? y, sobre todo, la manera de articular, si no en una sucesión de capítulos (sobre la población, la tierra, el medio ambiente, la producción, las relaciones de producción, la distribución y circulación, las formas del consumo, la estructura y la vida políticas, las "estructuras ideológicas", las mentalidades, etc.) los diferentes elementos que componen ese todo, en una doble perspectiva sincrónica y diacrónica. ¿Cómo salvar, en pocas palabras, el abismo que separa al hombre de la Historia? El planteamiento adecuado y riguroso de estos problemas hubiera requerido necesariamente de una revisión crítica cuidadosa de la no despreciable —tanto desde el punto de vista de su cantidad como desde el punto de vista de su calidad— producción historiográfica regional mexicana y extranjera. Este análisis crítico permitiría conocer sus aciertos y limitaciones, lo adquirido y lo faltante, para ir planteando las preguntas (y esto, no hay que olvidarlo, siempre es lo más importante para no hacer historia a ciegas) que se irán resolviendo en la dilatada tarea de la investigación histórica.

Por lo pronto, exponemos aquí algunas conclusiones, hasta ahora sumamente generales, derivadas de nuestro conjunto de proyectos de investigación acerca del Obispado de Michoacán en el espacio colonial novohispano.

1. ¿Por qué la Historia Regional?

El surgimiento del capitalismo y sus necesarias repercusiones en el nivel de la conciencia y el conocimiento (aparición de las ciencias positivas) trajeron para la Historia un largo periodo de crisis, retos y cuestionamientos. Hace siglo y medio, la Historia parecía tener toda la majestad de la gran ciencia y el saber supremo; solemnemente proclamada por Hegel, pretendió ser ciencia global de una realidad global y aprendió a pronunciarse sobre todas las cosas: quiso ser juez, parte y soberana. Desde entonces, el desarrollo del conocimiento ha puesto al alcance de la práctica una lista enorme de pequeñas ciencias llamadas, según los gustos, "humanas" o "sociales". Una de ellas todavía se llama Historia. Esa disciplina destronada hace ya varias décadas, contempla, impotente, cómo le van siendo arrebatados sus antiguos campos del saber y su objeto de estudio, precisamente por las nuevas destrezas empíricas dispuestas a dar cuenta, por separado, de cada uno de los muchos estancos en que se ha descompuesto la vida del hombre moderno. Ante la embestida de la especialización científica, la historia se ha visto obligada a redefinirse para

defender sus fronteras y su cada vez más abstracto objeto de estudio, a revisar y a refundamentar sus premisas particulares para otorgarse, a la defensiva, un grado aceptable de "cientificidad". Sólo prolonga su agonia: asumiendo de hecho la soberanía de sus hermanas, la historia se descompone ahora en historia política, historia social, historia económica, etc. Es innegable que esta especialización científica ha significado un importante avance en el conocimiento. Pero también es innegable que, dentro de los límites del capitalismo y de la división del trabajo que implica, la especialización constituye una de las expresiones más claras del pensamiento cosificado, que supone la irremisible pérdida de la imagen de la totalidad. Dentro de esta terrible paradoja se debate la historiografía contemporánea.

Desde hace tiempo, numerosos investigadores han venido señalando éste y otros peligros y limitaciones del empirismo, del monografismo y de la cada vez más alarmante proliferación de los llamados "estudios de caso". Coinciden en señalar, como paso previo para superar la parcelación del conocimiento, la necesidad de una reconsideración global de la disciplina que implicaría, incluso, la reconstrucción de su propio objeto de estudio.²

Por fortuna, la Historia, "la ciencia de los hombres en el tiempo y en el espacio", intenta dotarse de un nuevo contenido.³ Así lo exige el propio desarrollo del quehacer historiográfico que se apoya en el avance general de la ciencia, pero, sobre todo, en las cada vez más apremiantes demandas que la práctica social ejerce sobre el desarrollo del saber.

Cuando la historia política y la crónica señoreaban sobre el reino del pasado y administraban el devenir, la cuestión quedaba resuelta: el sujeto de la historia se identificó con el Estado como obra suprema de los hombres en sociedad, el tiempo con el calendario de su propio ritmo de vida y el espacio con las fronteras de su dominio y expansión. Parece claro que, hoy día, identificar a la Historia con el reflejo narrativo del Estado resulta inaceptable.⁴

Hace casi medio siglo que la historiografía transita hacia la ampliación decidida del espectro espacio-temporal de la historia. Al ser aceptada y generalizarse la intención y la perspectiva de la llamada "historia proble-

² Véase, entre otros, a Bloch, Marc: *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1967; Cardoso, Eiro y Héctor Pérez Brignoli: *Los métodos de la historia*, México, Grijalbo, 1977; Florescano, Enrique: "Situación y perspectiva de la historia económica en México", en *La historia económica en América Latina. Situación y métodos*, México, SEP/70, 1972; Villar, Pierre: "Para una mejor comprensión entre economistas e historiadores. ¿Historia cuantitativa o econométrica retrospectiva?", en Marzewski, Jean y Pierre Villar, Pierre: *¿Qué es la historia cuantitativa?*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1973; Villar, Pierre: "Historia marxista, historia en construcción. Ensayo de diálogo con Althusser" en Villar, Pierre, 1976, *op. cit.*

³ Bloch, Marc, *op. cit.*

⁴ Savatier, Fernando: "La revocación de la historia" en *La filosofía como anhelo de la revolución y otras intervenciones*, Madrid, Ayuso, 1976.

ma", actualmente se reconocen tiempos y espacios diferenciales que, de acuerdo con el nivel de análisis y la problemática por analizar, poseen sus propios ritmos y escalas, fases, desfases y correspondencias, que devienen en nuevas cronologías y periodizaciones, así como en modos diversos de pensar y recortar el espacio.⁵ Por otro lado, las coordenadas básicas del sujeto histórico se han visto transformadas y éste tampoco ha podido permanecer inalterable. Cada día con más fuerza, el concepto abstracto del hombre desciende en busca de su concreción histórica; lo entrecruzan sobre todo categorías analíticas como clases sociales, pero también el uso del concepto referido a agrupaciones humanas menores: etnias, élites, corporaciones o grupos subalternos.

Los avances de este desarrollo historiográfico reciente son indiscutibles y son muestra clara del intento por combatir la parcelación, medianamente la comunicación interdisciplinaria sin olvidar los logros de la especialización científica. Sus alcances reales, sin embargo, han provocado discusiones interminables. Así lo revela la actual polémica alrededor de la necesidad, el contenido y el sentido de la síntesis histórica, de la historia total o de la historia general, que no revela otra cosa que la encrucijada del saber ante un mundo enajenado.⁶

Una alternativa se abre, en ella convergen las lecciones de Marx y de Lucien Febvre: la historia no puede ser dividida, debe ser capaz de expresar un todo social en movimiento que implica el principio (económico) de la contradicción (social) que sustenta la necesidad de su propia destrucción. Sin embargo, la práctica historiográfica ha revelado ya la ineficiencia de los enunciados: ¿cómo alcanzar la totalidad?, ¿cómo aprehenderla y explicarla?, ¿cómo recuperar su imagen?

Aquí es donde la historia regional aparece como una opción importante. Desde el punto de vista teórico y metodológico introduce la posibilidad de recuperar, en el análisis, la imagen de la totalidad concreta cristalizada en un espacio histórico; en términos de la producción intelectual significa, si no la culminación, sí el resultado de cincuenta años de elaboración historiográfica reciente; y, políticamente, cuando menos, contribuye a la crítica de un saber enajenado. Así, en su estado actual cristallizan los avances, parados y enrucijadas de la ciencia histórica de hoy, al permitir el aprovechamiento cabal de los planteamientos, métodos y técnicas desarrollados por el conjunto de las ciencias sociales. No parece inútil una breve exposición de las condiciones que hicieron posible el surgimiento de la historia regional.

Es ya tradicional señalar una mutación en el desarrollo de la historiografía occidental a partir de los primeros años de la década de los treinta. La acumulación de conocimientos y el desarrollo de las ciencias sociales (partiendo de la escuela clásica inglesa y del pensamiento de Marx) auna-

dos a la crisis económica mundial 1929, propician el surgimiento de la historia económica que nace como una respuesta a los angustiantes problemas de su época. No es casual que la historia económica se inicia con la historia de los precios, y precisamente bajo un enfoque cuantitativo y estructural (Simiand).⁷ Si bien absoluto, el desplazamiento de la historia anecdótica que ello implicó, dejó abiertas algunas interrogantes: ¿sería posible negar la importancia del acontecimiento?, ¿dónde quedaría ubicado ahora el "hecho histórico"? ¿sería necesario modificar el antiguo contenido de la Historia como ciencia de los cambios, para convertirla en la ciencia de las permanencias estructurales?, ¿cómo explicar entonces las transformaciones, los cambios, las rupturas? Labrousse ofreció una respuesta: convirtió la historia cuantitativa estructural en la historia del cambio y la variación al incluir, dentro del análisis histórico, la dinámica coyuntural.⁸

Una vez transcurrido este breve pero intenso período de producción historiográfico y de planteamiento de nuevos problemas, entre 1930 y 1945 se registró una segunda oleada de innovaciones metodológicas regidas por el surgimiento de la geohistoria. El contacto entre historia y geografía se había producido en la década de los veinte. Lucien Febvre —que a través del propio Simiand se acercó a la geografía humana recientemente iniciada por Ratzel como geopolítico y criticada por Vidal de la Blache,¹⁰ padre del cuadro regional sobre el que volveremos más adelante— concluyó, sin embargo, la separación entre ambas disciplinas aunque no de manera rígida: para la historia el hombre es el sujeto del medio; para la geografía, un agente sobre el medio.¹¹ No obstante, contactos renovados con la geografía se realizaron durante los quince años siguientes. En el campo de la geohistoria, Braudel introdujo tanto los instrumentos (cartografía histórica) como los planteamientos de la nueva geografía humana (sobre todo el cuadro regional enunciado por Vidal de la Blache) incorporándolos al análisis histórico.¹² Con ello logró un avance fundamental: incluir el análisis de la dialéctica espacio-temporal en la dinámica coyuntural. Así, el tiempo de larga duración, casi geológico, penetra la temporalidad propia de los distintos ciclos de la vida del hombre y de los hombres, aunque, a la vez, se reconoce que en ese tiempo deja huella de acción de esos hombres. Cobra pertinencia entonces una frase emanada de la modificación que la geohistoria provocó en una sentencia acuñada por el sentido común: "la naturaleza propone, el hombre dispone". En efecto, la geografía no explica toda la vida ni toda la histo-

⁵ Simiand, François, *Le salaire, l'évolution sociale et la monnaie*, París, 1932.

⁶ Labrousse, Ernest: *Fluctuaciones económicas e historia social*, Madrid, Tecnos, 1962, y *Las estructuras y los hombres*, Barcelona, Ariel, 1969.

⁷ Higoumet, Charles: "La geohistoire" en *L'histoire et ses méthodes*, dirigida por Charles Smaran, París, Gallimard, 1961, pp. 68-88.

⁸ Febvre, Lucien: *La terre et l'évolution humaine. Introduction géographique à l'histoire*, Paris, La Renaissance du Livre, 1922, pp. 435-448.

⁹ Braudel, Fernand, "Histoire et sciences sociales: la longue durée", en *Annales*, vol. XIII, I, 58, pp. 725-753.

¹⁰ Braudel, Fernand: *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza Editorial, 1968; *La coste*, Yves: *La géographie, sa serri, d'abord, à faire la guerre*, París, Maspéro, 1976.

¹¹ Foucault, Michel: *La arqueología del saber*, México, Siglo XXI, 1975.

¹² Villar, 1976, op. cit., p. 118.

ria de los hombres." Una proposición permanece vigente: que los historiadores tienen que regionalizar tanto como los geógrafos periodizar.

Después de este momento, y hasta alrededor de los años sesenta, la historia trató de asimilar a sus interpretaciones las lecciones de Simiand y la geohistoria, aunque, es cierto, una corriente mediante el cuantitativismo no desembocó sino en la renovación del empirismo. No obstante, los avances registrados exigían la búsqueda de la totalidad, de una totalidad claramente perceptible y concretizada en el espacio, en los espacios económico-sociales. Así, el marxismo se introdujo en la interpretación histórica, otorgándole una base nueva y un nuevo sentido: el concepto de modo de producción que emerge como el primer "objeto teórico capaz de expresar un todo social en continuo funcionamiento y desarrollo (estructura diacrónica) y el principio de su desestructuración", aparece entonces como pieza clave de la historia total.¹⁴

Una nueva influencia vino a completar la transformación de la historiografía moderna: la econometría retrospectiva o "New Economic History", que, a partir de 1950, trajo algunas innovaciones técnicas en el proceso de investigación y planteó, además, algunos temas que rápidamente quedaron incluidos dentro de la problemática histórica. Por ejemplo —y sobre todo— el estudio del crecimiento y del desarrollo económico a nivel regional y macros espacial mediante la cuantificación sistemática.¹⁵

Hoy día, asistimos a una nueva mutación en el pensamiento histórico. Sus razones derivan de una "crisis de conciencia". Después del fin de la descolonización, del triunfo de la Revolución cubana, de los movimientos estudiantiles del '68 y del cuestionamiento general de la ciencia, la Historia y principalmente sus disciplinas dedicadas al estudio del "espíritu humano" (la historia de las ideas, de la cultura, de las mentalidades colectivas, de la ciencia, etc.) sufren una transformación radical. En ellas, la atención progresivamente se desplaza, de las vastas unidades que se describían como "épocas", "períodos" o "siglos", hacia los fenómenos de ruptura. Por debajo de las grandes continuidades del pensamiento, por debajo de las manifestaciones masivas y homogéneas del espíritu, se trata ahora de detectar la incidencia de las interrupciones: actos y umbrales epistemológicos, desplazamientos y transformaciones de los conceptos en sus diferentes escalas, etc. En este contexto surge y se conforma una nueva perspectiva analítica con la historia regional. Tal y como se concibe, pretende ser una síntesis de los logros del desarrollo historiográfico descrito y una de las alternativas más seguras para alcanzar la síntesis histórica. Pierre Goubert indica otros beneficios que aporta a la interpretación histórica en los siguientes enunciados:

¹⁴ Higonnet, *op. cit.*, p. 73.

¹⁵ Villar, 1973, *op. cit.*; Lévy Leboyer, Maurice: "La new economic history" en *Historia económica y cuantificación*, México, SEP/70, 1976, pp. 70-122; Villar, Pierre: *Crecimiento y desarrollo*, Barcelona, Ariel, 1974, 2a. edición (1a. edición, 1964); Cardoso, Ciro, y Héctor Pérez Brignoli, *op. cit.*, pp. 38-39.

¹⁶ Marczewski y Villar, *op. cit.*

¹⁷ Foucault, *op. cit.*

1) En la medida en que, hasta el siglo XVIII, la vida cotidiana estaba más marcada por la región que por la nación o que por otras entidades más vastas, la región constituye una unidad de análisis apropiada.

2) El estudio regional permite que un solo historiador (o equipo de historiadores), trabajando de manera "artesanal", utilice la totalidad de la documentación disponible.

3) Es posible seguir a través del tiempo un amplio periodo regional de diversos niveles estructurales —demográfico, económico, social e ideológico—, cosa nada fácil para todo un país.¹⁷

Desde la perspectiva de la práctica social, por último, la historia regional así planteada podría representar un importante frente de lucha ideológica contra la expansión económica y cultural del capitalismo que intenta borrar toda memoria del pasado, presentando su historia particular como la universal, única y verdadera. La historia regional puede contribuir a devolver la memoria ancestral, el pasado transcurrido y una historia propia a aquellas regiones cuya única función en nuestro tiempo parecería ser la de facilitar la valorización del capital. En este sentido, la historia regional se opone al discurso legitimador de la historia nacional, libertarista y homogénea. La mayor parte de los movimientos sociales independientes, separatistas y regionalistas que registran las recientes décadas, fincan su negativa al capitalismo en el hecho cultural de defender sus propias tradiciones, costumbres y leyendas, vale decir, su propia historia. Cabe subrayar, desde luego, que la historia regional tampoco ha escapado de utilidades intencionadas, comprometidas más que con el conocimiento en abstracto o la región concreta, con determinadas estrategias imperiales. Acaso el mejor ejemplo en el área latinoamericana lo constituyen los estudios "desarrollistas", surgidos y auspiciados por organismos internacionales o fundaciones científicas y que, como corriente de interpretación de este conjunto regional, sucedió a otra donde la supuesta "neutralidad axiológica" prevaleció. Existieron excepciones allí donde las luchas de liberación nacional exigían enfrentar al imperialismo y rescatar en su historia el carácter general de la dependencia. Así surgieron nuevas perspectivas analíticas que rebasaron las tesis desarrollistas y derivaron en una suerte de compromiso radicalizado a finales de los años sesenta. Una vez más, la profundización del análisis en las historias regionales y la introducción del marxismo en la interpretación histórica, problematizaron aquellos estudios que reiteraban su énfasis en la dependencia como la única clave explicativa de la situación latinoamericana, renovando el interés por advertir en el interior de cada uno de los países algo más que el reflejo de una también innegable sobredeterminación exterior.

De aquí la importancia que para la historia latinoamericana tiene la

¹⁸ Cardoso, Ciro y Héctor Pérez Brignoli: *Historia económica de América Latina*, Barcelona, Editorial Crítica, 1979, t. 1., pp. 84-85.

historia regional y mucho más la que adquiere para la historia de México. Escribe con razón Héctor Aguilar Camín: "Es indudable que hace más de siglo y medio —desde las Cortes de Cádiz por lo menos— que este país busca un federalismo efectivo y encuentra sólo una centralización real. Más: podrá decirse que todas las luchas libertarias de México se han nutrido de insurrecciones regionalistas, plurales, y han desembocado en periodos de estabilidad y de progreso construidos sobre la palanca de la centralización política y la progresiva abolición de los focos de poder heredados de las luchas primeras".¹ Tal pareciera que un centralismo *de facto* hubiera sido la premisa para la construcción de nuestro estado nacional. Se han sacrificado diferencias y desigualdades regionales en aras del proyecto unificador. Pero ¿acaso podría haber sido de otro modo? La lucha, la más de las veces sangrienta, entre los centralistas (de base "urbana" preferentemente) y los federalistas (de base "rural"), no fue resuelta en México de manera al parecer definitiva, sino hasta los comienzos de la década de los treinta de este siglo. Los bandos en pugna, sin embargo, se habían ya definido desde las primeras décadas del siglo pasado: se habían gestado al calor de la meirópoli y estallado durante el fragor del recrudescimiento colonial de la era borbónica.

2. La Región: un concepto problemático

Una vez contestada la pregunta "¿por qué la historia regional?", conviene plantear e intentar resolver el problema que levanta la definición y utilización del concepto de región, asunto nada fácil y sin embargo necesario para poder delimitar con rigor el espacio que se pretenda estudiar. Los geógrafos, que suelen ser enemigos de las reflexiones generales de tipo metodológico, han hecho suyos, por ya casi un siglo, los criterios establecidos por el fundador de la escuela geográfica francesa, Paul Vidal de la Blache (1845-1918), autor de un espléndido *Tableau de géographie de la France* (1905) e inspirador y promotor de una *Géographie universelle* en 15 tomos.

La obra de Vidal de la Blache se gestó en contraposición con la entonces dominante escuela geográfica alemana, cuya inspiración abiertamente política y belicista (puesto que la guerra es la continuación de la política por otros medios o, si se prefiere, al revés...) dio nacimiento al ahora ya sobado término de "geopolítica". Según Ratzel, para quien "el medio hace al hombre", la situación geográfica de los países explicaba su carácter y destino. La extensa Rusia estaba condenada a ser permanentemente invadida por el este y el oeste, y la misión de Alemania, ubicada en el corazón de Europa, era la de dominarla. La escuela geográfica francesa, en cambio, se caracteriza por el olvido, o más bien ocultamiento, de todo problema político, por la neutralidad del saber por el saber. Vidal de la Blache orientó la geografía hacia la *geografía regional*. En sus profundas y finas descripciones, muestra cómo los paisajes de una región son resultado de un entrelazamiento a lo largo de la historia de los datos naturales y de las influencias

humanas. Desgraciadamente, Vidal de la Blache excluyó todas las influencias humanas recientes, esto es, por referirse a la "revolución industrial" que, sin embargo, trajo consigo una total transformación del paisaje. De manera general, Vidal de la Blache insiste sobre todo en las permanencias. Den los elementos del paisaje que están allí desde hace mucho tiempo, en todo lo que es la herencia duradera de los fenómenos naturales o de las evoluciones históricas antiguas.

Geógrafos e historiadores posteriores a Vidal de la Blache le dirigieron numerosas críticas: no sólo dejó de lado los efectos más recientes del hombre sobre la naturaleza, también, en su apoliticismo, olvidó prácticamente las relaciones sociales (sólo se ve al "hombre-habitante", nunca al "hombre-productor") y los efectos diferenciados que las distintas formaciones sociales tienen en la creación y conformación del paisaje. Efectivamente, para Vidal de la Blache, "la geografía es la ciencia de los lugares y no la de los hombres". Se le ha criticado también el ubicar preferentemente a los hombres en el campo y rara vez en la ciudad, de la cual no rinde suficientemente cuenta (a pesar de la importancia que concede a las "capitales regionales", a los *chef-lieux*, en la definición de sus cuadros regionales). Sin embargo, a pesar de éstas y de otras críticas, en lo fundamental de las concepciones de Vidal de la Blache no se ha explicado el concepto de espacialidad diferencial, señalando que "estando en un punto cualquiera, no estaremos dentro de uno, sino de diversos conjuntos espaciales definidos de diferentes maneras".²

Ahora bien, Lacoste —y en esto nos distanciamos de él— no solamente critica el concepto vidaliano de región, definido *a priori* de una vez por todas, sino que *critica el concepto mismo de región* que, según él, constituiría un *concepto-obstáculo*. Toda regionalización, por muy flexible y específica históricamente que esté, sería un obstáculo para aprehender la infinita riqueza de los también infinitos elementos que constituyen el carácter diferencial del espacio. Lacoste, cuando señala hasta qué punto el concepto vidaliano de región ha pasado a formar parte de las representaciones colectivas populares, escribe que los mismos *movimientos regionalistas* utilizan argumentos geográficos para demostrar (se) su permanencia y autenticidad. Pero, cabe preguntar: ¿acaso los movimientos regionalistas tienen su razón de ser en la elección arbitraria de una región como campo y razón de su lucha?, y ¿acaso no son la expresión de una lucha *real* que se asienta en un es-

¹ En esto, la influencia de Vidal de la Blache rebasó el ámbito de la geografía y tocó a los historiadores que, reunidos alrededor de la revista *Annales*, integraron al espacio y a la larga definición como componentes básicos de sus análisis. La obra maestra de este tipo de estudios es, sin duda, la monumental *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* de Fernand Braudel, publicada en 1949 y dedicada con justicia a Lucien Febvre, el primero que introdujo con rigor a la geografía en el marco de preocupaciones de los historiadores en *La terre et l'évolution humaine* de 1922.

² Citaremos la edición francesa de Maspero. La editorial Anagrama publicó la traducción al español bajo el título *La geografía, un arma para la guerra*.

³ Lacoste, *op. cit.*, p. 53.

pacio determinado *real* que es posible llamar "región"? Efectivamente, es posible recortar el espacio de una infinidad de criterios posibles para hacerlo. Sin embargo, creemos que la concepción de Lacoste de la región como concepto-obstáculo corre el riesgo de conducir a un *relativismo espacial* que desalentaría los intentos de pensar, coherentemente y de acuerdo a prioridades bien determinadas, el espacio. La región como concepto-obstáculo puede convertirse, a su vez, en un obstáculo.

Este relativismo espacial se ha manifestado en muchas de las investigaciones regionales de historiadores mexicanos y extranjeros. La región que se estudian se delimitan (cuando se delimitan por su "personalidad", por su unidad geográfico-natural o cultural, por las fronteras administrativas a menudo arbitrarias o, incluso, por la fuente casualmente encontrada en los archivos). Rara vez la delimitación de las regiones que se estudian responde a una interrogación seria sobre una problemática bien definida. Ahora bien, en la medida en que la historia trata de explicar los procesos que describe, se hace necesario jerarquizar los elementos que componen estos procesos e identificar a los más importantes o determinantes. Con la intervención del marxismo en la historia y la constitución de una poderosa corriente de historia económica, se acepta cada vez más que todo el edificio social cuyo movimiento constituye la historia, descansa sobre la base de la producción material de la riqueza necesaria para la reproducción de la sociedad.

Es por esto que privilegiaremos aquí al modo de producción de la vida material en nuestra propuesta metodológica de regionalización. Coincidimos con Lacoste en que toda regionalización deja de lado un gran número de elementos que necesariamente la rebasan. Creemos, sin embargo, que es posible delimitar espacios en los que se articulen, aunque de manera no exclusiva ni perfecta, el mayor número de espacialidades significativas. Esta delimitación espacial, que es posible llamar "región", aunque acaso resulte simplificada, podrá constituirse en un punto de partida para explorar otras maneras de concebir y analizar el espacio.

Un paso importante para la mejor ubicación del concepto de región fue dado por Manuel Castells cuando siguiendo en lo fundamental a Henri Lefebvre, intentó resolver los problemas que plantea la dicotomía rural-urbano. La fragilidad de su utilidad como instrumento científico de análisis se evidenciaba en la imposibilidad de dar una definición adecuada de la ciudad, de lo urbano, y por consiguiente, del campo y de lo rural. Ni la "concentración espacial de una población, a partir de ciertos límites de densidad y de densidad", ni "la difusión de un sistema de valores, actitudes y comportamientos llamado 'cultura urbana' permitía aprehender rigurosamente el fenómeno urbano". Ambos criterios propuestos por la sociología, el empírico-estadístico y el culturalista, resultaban arbitrarios. Cas-

¹ Castells, Manuel, *La question urbaine*, Paris, Maspéro, 1973. Traducción española en la editorial Siglo XXI.

² Cuemos en desorden: *Le droit a la ville, Espace et politique, La révolution urbaine, La pensée marxiste et la ville y La production de l'espace*.

tells sustituyó lo que él llamó la "problemática ideológica de la urbanización" por la problemática de la *producción social de las formas espaciales*. El espacio (y la división del espacio en regiones), en la medida en que es producido, sólo puede ser comprendido en el marco de un determinado modo de producción de la vida material. Concordamos con Alejandra Moreno Toscano y Enrique Florescano, quienes en un trabajo precursor sobre la organización espacial y regional de México (1973) afirman, con Castells, que: "todo espacio concreto es resultado, a la vez, de los nuevos determinantes sociales que se desarrollan en su seno y de las formas cristalizadas del espacio históricamente constituido", "a lo cual añadimos que la preeminencia de los "nuevos determinantes" sobre "las formas cristalizadas del espacio históricamente constituido" depende del grado de desarrollo de las fuerzas productivas, elemento básico de todo modo de producción.

Si bien Castells tiene razón al relacionar a la producción del espacio con el modo de producción en el que ésta se realiza, cae en la "desviación dogmática" que él mismo denuncia al concebir a las formas espaciales como unilateralmente determinadas por la sociedad: "los medios urbanos específicos deben pues ser comprendidos en tanto que productos sociales". Así, Castells inserta al espacio en el terreno de lo *determinado* por las fuerzas productivas y las relaciones de producción.³ Creemos necesario plantear con más cuidado este problema.

La "Introducción de 1857" de Carlos Marx,⁴ en el análisis que contiene de las relaciones entre producción y distribución, puede ayudar a plantear de manera más precisa el problema de la relación entre el modo de producción y el espacio *social, concebido como el ámbito de la distribución espacial de las fuerzas productivas objetivas y subjetivas*.

Sigamos algunos puntos de la argumentación de Marx. Analiza primero la relación entre producción y *distribución de los productos de la producción*, y concluye que:

los modos y relaciones de distribución aparecen sólo como el reverso de los agentes de producción. Un individuo que participa en la producción bajo la forma de trabajo asalariado, participa bajo la forma de salario en los productos, en los resultados de la producción. La or-

³ *El sector externo y la organización espacial y regional de México (1971-1970)*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1977, p. 11.

⁴ Castells, *op. cit.*

⁵ Paul Singer, que en muchos aspectos se opone a Castells, escribe en términos similares: "Sucede, sin embargo, que incluso durante el desarrollo 'normal' de las sociedades de clases, las relaciones entre las clases constituyen el proceso que moldea la evolución de la sociedad, decidiendo la forma como se desarrollan entre sí las comunidades ecológicas, y la *aportación de campo y ciudad no es más que un efecto secundario, 'superestructural' por así decirlo, de ese proceso básico*". *Economía política de la urbanización*, México, Siglo XXI, 1975, p. 8. (Subrayados nuestros).

⁶ *Introducción general a la crítica de la economía política*, México, Cuadernos de pasado y presente, 9a. edición, 1974.

ganización de la distribución está totalmente determinada por la organización de la producción. La producción es ella misma producto de la distribución, no sólo en lo que se refiere al objeto —solamente pueden ser distribuidos los resultados de la producción—, sino también en lo que se refiere a la forma, ya que el modo determinado de la participación en la producción determina las formas particulares de la distribución, el modo particular bajo el cual se participa en la distribución.¹⁰

Este punto puede ser aceptado sin mayor argumentación. En seguida, Marx analiza las relaciones más problemáticas entre producción y *distribución de los instrumentos de producción y de los miembros de la sociedad entre las distintas ramas de la producción* ("lo cual es una definición más amplia de la misma relación").¹¹ Traduzcamos: nos interesa la relación entre la producción y la distribución (*espacial*) de las fuerzas productivas (trabajadores y medios de producción). Escribe Marx:

Si se considera sociedades globales, la distribución *parece* desde cierto punto de vista proceder y hasta determinar la producción; *aparece* en cierto modo como un *hecho pre-económico*. Un pueblo conquistador divide al país entre los conquistadores e impone así una determinada repartición y forma de propiedad territorial: determina por consiguiente la producción (...). La producción *no parece* estar determinada por la producción, sino, por el contrario, es la producción la que parece estar organizada y determinada por la distribución.¹² (Subrayados nuestros).

Marx describe aquí una apariencia: un hecho "preeconómico" y/o político, la distribución (espacial) de las fuerzas productivas, determinaría a la producción. Prosigue más adelante, Marx:

Efectivamente, la producción tiene sus propias condiciones y sus supuestos, *que constituyen sus propios momentos*. En un comienzo estos supuestos pueden aparecer como hechos naturales. El mismo proceso de producción los transforma de naturales en históricos; si para un período aparecen como un supuesto natural de la producción, para otro período, en cambio, constituyen su resultado histórico. Ellas se modifican incesantemente *en el interior de la producción misma*.¹³ (Subrayados nuestros).

¿Qué sucede, entonces, con el caso, apuntado más arriba, de la acción del pueblo conquistador sobre el pueblo conquistado?

¹⁰ Marx, Karl, *op. cit.*, p. 52.

¹¹ *Op. cit.*, p. 53.

¹² *Op. cit.*, pp. 52-53.

¹³ *Op. cit.*, pp. 53-54.

Todas las conquistas suponen tres posibilidades: el pueblo conquistador somete al pueblo conquistado a su propio modo de producción (...); o bien deja subsistir el antiguo modo de producción (...); o bien se produce una acción recíproca de la que nace una forma nueva, una síntesis (...). En todos los casos, el modo de producción —sea del pueblo conquistador, sea del pueblo sometido, o el que resulta de la fusión de los dos— es determinante para la nueva distribución que se establece. Aunque ésta aparezca como un supuesto para el período de producción. Aunque ésta aparezca como un supuesto para el período de producción, ella misma es a su vez producto de la producción, no solamente de la producción histórica en general, sino de una producción histórica determinada.¹⁴

Importa destacar sobre todo que, si bien la distribución de los productos de la producción está determinada por la producción (y en esa medida la expresa), la distribución "como distribución de los agentes de la producción, constituye un momento de la producción".¹⁵

Así, la distribución (espacial) de las fuerzas productivas y la política que distribuye (espacialmente) estas fuerzas productivas, son momentos de la producción: todo modo de producción implica a la producción del espacio mismo de la producción (que determina, a su vez, el espacio del consumo).

La producción del espacio novohispano debe ser estudiada, pues, como un momento del modo de producción que se establece en la Nueva España una vez consolidada la relación colonial. El carácter de la "síntesis" de la que habla Marx ha sido objeto de interminables discusiones: ¿cómo definir la formación económico-social novohispana? Bástenos con citar a Juan Carlos Garavaglia:

Las formaciones económico-sociales coloniales no tendrían un modo de producción hegemónico en el sentido "clásico" de Marx, porque en última instancia *el dominio del sistema es exterior al espacio dominado*.¹⁶

En esta "formación económico-social no consolidada",¹⁷ el dominio del sistema estaría dado por un acuerdo o *alianza* (...) entre un *aparato burocrático* como representante, por cierto harto mediatizado, del estado metropolitano —y por lo tanto de la Corona y de las clases dominantes en la metrópoli— y las diversas *fracciones de las clases propietarias*, tanto de los medios de circulación, como de los medios de producción imperantes en la formación colonial.¹⁸

¹⁴ *Op. cit.*, p. 54.

¹⁵ *Op. cit.*, p. 56.

¹⁶ Garavaglia, Juan Carlos, Carlos Sempit Assatourian, Cirio Cardoso et al., *Modos de producción en América Latina*, Córdoba, Cuadernos de pasado y presente, 1974, p. 14. Para el problema de la relación entre producción económica y política, ver *Política e ideología en la teoría marxista* de Ernesto Laclau, Madrid, Siglo XXI, 1978.

¹⁷ *Op. cit.*, p. 7.

¹⁸ *Op. cit.*, pp. 15-16.

La relación económica colonial, entonces, inserta en el sistema económico mundial, nos va a permitir ubicar a la alianza de fuerzas que irán conformando al espacio social novohispano. La alianza entre el aparato burocrático virreinal ("la corona") y las fracciones de las clases propietarias ("las oligarquías": comerciantes, mineros, hacendados y la Iglesia) nos va a permitir tratar de reconstruir la lógica (ya a este nivel contradictoria, en la medida en que esta alianza lo es) de la producción del espacio social novohispano.⁹

Los dos apartados que siguen (los tercero y cuarto) analizan respectivamente estos dos niveles de la producción del espacio social novohispano. La corona, ya desde el siglo XVI, conformó el "macroespacio"; esto es, a nivel de su imperio, funcionalizó el espacio preexistente protegiéndolo y orientándolo hacia el exterior: lo recreó de acuerdo con sus necesidades económicas y políticas. Para esto, estableció fronteras administrativas, fundó ciudades y, sobre todo, impuso una especialización productiva a cada una de sus colonias. Este proceso, signado por el pacto colonial y expresado por el sistema de flotas, marcó los lineamientos principales de la conformación del espacio social novohispano, así como sus contradicciones al entregarlo en manos de una de las corporaciones más poderosas de la sociedad colonial: el Consulado de Comerciantes de la Ciudad de México.

En este marco, estrecho en apariencia, surgieron y se consolidaron oligarquías locales que, al acumular una fuerza política y económica considerable, utilizaron los principales órganos de poder de las ciudades, los cabildos o ayuntamientos, como órganos de poder inmediato. Analizaremos, en el cuarto y último apartado de este trabajo, la forma en que las ciudades, como mercado, redistribuidor de la riqueza y sede del poder político local, conformaron en su entorno *regiones* a las que dominaban económica y políticamente. Por último, señalaremos la tendencia seguida por este proceso tras la ruptura política y el duro golpe asestado a los grupos corporados que supusieron las reformas borbónicas.

3. El poder imperial y las estrategias imperiales. Algunos momentos de la confirmación del espacio social novohispano.

Ya desde la primera carta-relación escrita por Hernán Cortés a la reina doña Juana y al emperador Carlos y su hijo, el 10 de julio de 1519, podemos encontrar claramente expresados el incentivo mayor y las expectativas principales de descubrimiento, exploración y conquista. Dice Cortés: "...trabajaremos de ver... cosas de que tenemos noticia para de ellas hacer... verdadera relación de las riquezas de oro y plata y piedras... [porque] a nuestro placer se debe creer que hay en esta tierra tanto, cuanto en

⁹ Este, sin embargo, no sería más que un punto de partida; enseguida habría que analizar la forma en que esta lógica escapa de las manos y voluntad de esta alianza y la resistencia de las "clases peligrosas".

aquella donde se dice haber llevado a Salomón el oro para el templo". A este respecto el consenso es universal: la historia de la dominación española no es otra cosa que el esfuerzo por hacer realidad estas conjeturas iniciales ya que, a decir de los propios conquistadores, "... no avían de llevar a Castilla mantas, ni cacao, ni maíz, ni venían navíos de Castilla para ello".⁷

Los resultados no pudieron ser más satisfactorios. Después de la caída de México Tenochtitlan la porción de metales preciosos ofrecida en "homenaje al Rey de España", había ascendido a poco menos de 300 000 pesos; para las postrimerías de la dominación colonial, esta cifra alcanzaba entre los 23 y los 27 millones de pesos.⁸

El incremento no fue casual. Los primeros envíos eran el resultado del saqueo posterior a la conquista militar y de la tributación forzosa de metales extraídos de superficiales yacimientos prehispánicos y de lavaderos de alubión; los últimos envíos, por el contrario, eran el producto de la organización eficiente y racional de alrededor de 37 distritos mineros extendidos sobre un territorio de más de 2 millones de Km², con poco más de 500 reales, y 3 000 minas funcionando.⁹

La consecución de una empresa de tal magnitud no fue, desde luego, obra del azar, ni aun de la férrea voluntad de conquistadores y colonos. Es claro, entonces, que si bien cierto determinismo geográfico no puede descartarse, éste sólo puede ser comprendido como el resultado de un designio impuesto por la metrópoli española (la corona de Castilla), bajo los estímulos y presiones del mercado mundial en formación.¹⁰ Desde el punto de vista del abastecimiento de metales preciosos, condición indispensable para el mantenimiento comercial con Asia, Europa estaba atravesando una crisis de la que no había podido salir, pese a sus reiterados intentos por sustituir las importaciones asiáticas. En este contexto, la explotación de los yacimientos americanos, no sólo permitió la superación de la crisis sino que posibilitó en escala nunca vista la intensificación del comercio internacional, mediante la dinamización de sus flujos con el Asia, y con la casi inmediata ampliación de las importaciones y exportaciones, hacia los nuevos circuitos hispanoamericanos. Como dice Angel Palerm, la plata, entonces, colocó a Nueva España no en las márgenes del desarrollo del sistema sino en su mismo centro, aunque con un papel especializado.¹¹

⁷ Cortés, Hernán, *Cartas de Relación*, México, Ed. Porrúa, 4a. edición, 1969, (Colección Sepan Cuantos, 7), p. 6.

⁸ Chevalier, François, *La formación de los grandes latifundios en México. Tierra y sociedad en las siglos XVI y XVII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 65.

⁹ Cortés, *op. cit.*, p. 21-22; Cf. David Brading, *Mineros y comerciantes en el México Borbonico. 1763-1810*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 181.

¹⁰ Humboldt, Alejandro, *Ensayo político sobre el reino de Nueva España*, México, Ed. Porrúa, 1966, Colección Sepan Cuantos, 39, pp. 322, 325, 389, 425, Brading, *op. cit.*, p. 217.

¹¹ Para una introducción general a la discusión sobre el sistema económico mundial en formación, consúltese el libro de Ciro Cardoso y Héctor Pérez Brignoli, *Historia económica de América Latina*, Barcelona, Ednorial Crítica, t.I, 1979, pp. 149-166.

¹² Palerm, Angel, "Sobre la formación del sistema colonial en México: apuntes para una

Cabe recordar por tanto, que en ningún momento de la dominación colonial dentro del conjunto de las exportaciones novohispanas, la exportación de metales preciosos fue menor a un 75% y que llegó, incluso, a representar hasta un 95% dentro del total, durante aquellos periodos del esplendor minero.⁷

Si consideramos el conjunto latinoamericano la situación no resulta diferente. Según los cálculos generales presentados por Hamilton, Chauvnu y García Baquero, la exportación de caudales representó entre 1584 y 1653, el 84.3% del total de exportaciones y, entre 1784 y 1777, el 77.6%.⁸

El resto de las exportaciones hispanoamericanas estaba compuesto por algunos otros productos también de valor estratégico para las economías españolas y europeas en su intento por sustituir las importaciones asiáticas: productos tintóreos, tabaco, azúcar, cacao, cueros, sebos y algunos otros menores. Dentro de este conjunto la grana ocupó un papel relevante; bástenos recordar que este producto destinado a satisfacer la demanda de la única industria verdaderamente importante de la época, la textil, que ya desde el siglo XV había desatado la búsqueda de colorantes, marcando la posesión de las islas del Atlántico: la isla Madera como la isla del "pastel" y las islas Canarias como islas de la "orchilla".⁹

Así, una vez descubiertas las Indias Occidentales, la demanda europea y las exigencias propias del naciente mercado mundial, requirieron la creación, *ex-profeso*, de verdaderos núcleos exportadores que, ya de entrada, impusieron una diferenciación zonal específica dentro del conjunto hispanoamericano: México, Perú, Bolivia y, en menor medida, Honduras, Colombia y Chile, como exportadores de metales; México y El Salvador de productos tintóreos; las Antillas y la costa de Argentina de azúcar; Venezuela y Ecuador de cacao; Venezuela y el Río de la Plata de cueros y sebos, y las Antillas de tabaco.¹⁰

Esto quiere decir, en otras palabras, que el desarrollo y la maximización del sector externo colonial, fin último de la expansión imperial sobre los nuevos territorios, determinó la actividad fundamental dentro de las economías coloniales, así como el peso de este sector como *factor determinante de la organización espacial* del imperio ultramarino español.¹¹

⁷ "discusión" en Enrique Florescano (coordinador), *Ensayos sobre el desarrollo económico de México y América Latina, 1500-1973*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 100-102.

⁸ *Idem*, pp. 98-103.

⁹ Haring, Clarence H., *El tesoro americano y la revolución de los precios en España 1501-1650*, Barcelona, Editorial Ariel, 1975, pp. 23-59 y Haring, Clarence H., *Comercio y navegación entre España y las Indias en la época de los Habsburgos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1939, 460 p., pp. 404-413 y 416-423. García Baquero, *Cádiz y el atlántico, 1717-1779. El comercio español bajo el monopolio gaditano*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispanoamericanos, 1976, pp. 222-269.

¹⁰ Heers, Jaques, "La búsqueda de colorantes" en *Historia Mexicana*, No. 11 (1), julio-septiembre de 1961, p. 3.

¹¹ Cardoso, *op. cit.*, pp. 218-220.

¹² Moreno Toscano, Alejandra y Enrique Florescano, *El sector externo y la organización espacial y regional de México 1521-1910*, Puebla, Universidad Autónoma de Puebla, 1977, p. 15.

En esta medida, bajo el signo del orden colonial, las decisiones económicas y estratégicas de la corona precedieron a toda formación espacial hispanoamericana ya que a nivel de la organización imperial, macroespacial, la corona buscó, en primer lugar, asignar de una manera específica la *distribución espacial de las fuerzas productivas* en los varios conjuntos territoriales de su imperio. Esta asignación constituyó la base de la especialización productiva para la exportación ya señalada y la base de una división del trabajo también espacial, dentro de los recién creados espacios del imperio.¹² Y en segundo lugar, la corona buscó restringir y regular la orientación general de los nuevos espacios al imponerles una *organización interna "volcada hacia afuera"*, de cara a la metrópoli, que a su vez predeterminó el origen, el destino, las escalas y las intermediaciones de los flujos y un sentido general para la circulación.¹³

Este proceso de creación y de organización espacial del conjunto hispanoamericano dentro de los marcos del imperio español y de sus dependencias, fue posible gracias al carácter propio de las empresas de descubrimiento y conquista así como al muy particular sistema de relación que, una vez consolidada la conquista, se estableció entre la metrópoli y sus colonias. De ahí, entonces, que el carácter de la expansión imperial y el sistema colonial que de ésta se deriva, haya impreso su huella en la conformación del "espacio del imperio", al concretarse la política oficial mediante el régimen de *adelantados*, las *capitulaciones*, las *instrucciones de poblamiento y los asientos* y al definirse el sistema de relaciones sobre la base de *exclusivo o pacto colonial* y a través del *sistema de flotas*.

En otra escala, las consecuencias de este sistema no pudieron ser más significativas. La terminal novohispana del sistema, el *Consulado de Comercio de la Ciudad de México*, en su carácter de organización corporada muy pronto se convirtió en el *principal artífice del espacio social novohispano*, al imponer una orientación general de los flujos, una articulación regional específica, un sistema preciso de intermediaciones y transferencias, y un sentido general a la economía, caracterizado por un proceso de ampliación y de articulación de mercados, definido por una creciente especialización productiva regional.

Ni aun en la escala macroespacial de organización imperial del espacio, ni mucho menos ya a nivel interno de la organización y el funcionamiento del espacio colonial novohispano, los procesos enunciados resultaron unilaterales. La contradicción principal se centró alrededor del conflicto o coincidencia entre los intereses oficiales y los intereses particulares, de las corporaciones y de los consejos. La historia de este proceso, que enmarca la historia novohispana bajo los lineamientos de la descentralización (1521-1530), la centralización (1531-1630), la autonomización (1631-1770) y la sujeción borbónica y crisis colonial (1771-1810), al pre-

¹³ Sempal Assadourtan, Carlos, "Sobre un elemento de la economía colonial. Producción y circulación de mercancías en el interior de un conjunto regional" en *EUKE*, Universidad Católica de Chile, No. 8, agosto de 1973.

¹⁴ *Íbidem*, Cfr. Alejandra Moreno Toscano, *op. cit.*, 17.

sentar cambios significativos en la correlación de fuerzas internas tanto económicas como políticas, cristalizó también, en una particular transformación del espacio colonial novohispano, marcando sus fases y características más generales.

La línea de transmisión para este proceso y su elemento de continuidad aparece en el *espacio urbano* en la medida en que funciona como un centro que articula las distintas escalas espaciales (la imperial, la novohispana y la regional) haciendo posible el sistema colonial. Como apéndice del poder imperial, como sede del poder económico y político novohispano y como centro de distribución y consumo, la ciudad colonial se convierte en la principal fuerza que, además de otorgar sentido y racionalidad a la configuración espacial novohispana y a su funcionamiento gracias a su ubicación intermedia en la relación campo-ciudad-metrópoli, conforma a partir de su centro o de una red urbana el *espacio regional*.

El poder imperial y las estrategias espaciales

El derecho de conquista y de la expansión imperial, si bien encontraba fundamentación en un derecho de raíz espiritual (la propagación de la fe), justificaba la consecución de sus fines mediante el empleo de la fuerza; de ahí el carácter militar y violento de la empresa de colonización y las características fundamentales de la organización de las huestes, de sus obligaciones, derechos y prerrogativas. Tanto desde el punto de vista jurídico-legal como de su organización real, la conquista revisitó el carácter de empresa mixta a la vez pública y privada: los particulares la proponían y organizaban, nos dice José Miranda, reuniendo los medios económicos y humanos y la corona lo autorizaba, participaba en los beneficios y la fiscalizaba. Estos particulares, delegados *adelantados* de quien se arrogaba la soberanía de la corona, constituyeron de hecho y de derecho, el embrión de una provincia o región ultramarina de la monarquía hispánica y añade Miranda: "cabe decir que cada uno de ellos era una entidad política que iba en pos de un territorio para completarse".¹⁴

La presencia de la corona como última depositaria de la soberanía y del derecho de propiedad quedó garantizada mediante la *capitulación* concertada con los particulares, esto es, mediante la realización de un acto jurídico-legal de modalidad contractual en el que se especifican las estipulaciones por las partes. Por la parte pública, la capitulación adopta la modalidad de una licencia, cesión de soberanía, condicionada al cumplimiento de ciertas normas requerimientos o instrucciones, severa y directamente vigilado por la justicia real. Por el lado privado, adopta la

¹⁴ Miranda, José, *Las ideas y las instituciones políticas mexicanas. Primera parte, 1521-1810*. México, Ediciones del Cuarto Centenario de la Universidad de México, Instituto del Derecho Comparado, 1952, pp. 29-30. Véase también sobre el tema la clásica obra de Silvio Zavala, *Las instituciones jurídicas en la conquista de América*, México, F.d. Porrúa, 1971, pp. 101-112.

forma de contrato bilateral al aceptar las obligaciones estipuladas a cambio de derechos y prerrogativas. Como partícipe principal de la empresa, el adelantado además de ejercer la justicia y de desempeñar funciones administrativas e incluso resolutivas, determinó la división territorial de "su" provincia o distrito y estableció las ordenanzas pertinentes para el gobierno de la tierra y para la labor de las minas.¹⁵

De la contradicción inicial entre los intereses oficiales y los intereses particulares nos habla la no correspondencia entre la legislación de Indias y la realidad gubernativa y jurisdiccional de las divisiones territoriales de la Nueva España, que no expresa otra cosa que una ambigua delimitación impuesta a la distancia, fraguada al calor de la competencia entre los conquistadores y de la lucha contra la población nativa. La jerarquía y la división ideal de territorios divididos en reinos gobernados por virreyes; provincias mayores bajo la égida de un capitán general o de una audiencia; de provincias regidas por gobernadores, todo sobre la base de jurisdicciones distritales menores bajo el mando de alcaldes y corregidores no encontró una concreción territorial ajustada a este ordenamiento legal del sistema, y desde fecha temprana, marcó la incapacidad crónica de la corona para imponer una centralización efectiva apoyada en una determinada jerarquización territorial y gubernativa.¹⁶

Una de las estipulaciones más importantes de las capitulaciones y sin lugar a dudas el elemento estratégico clave para la expansión imperial sobre los nuevos territorios, fue la imposición al jefe de la expedición o adelantado, del deber de *fundar ciudades* en un periodo determinado a cambio de la facultad para repartir tierras y solares.

Las capitulaciones comprendían instrucciones generales para dicho poblamiento y con base en éstas, o con base en este modelo general, se realizaron las primeras fundaciones novohispanas: Veracruz en 1519 y Segura de la Frontera en 1520.¹⁷

No hay que olvidar que desde un principio a ciudades reales o imaginarias se orientaron las primeras rutas de los conquistadores y que las primeras fundaciones se levantaron precisamente donde estas concentraciones eran más importantes y numerosas. Es claro entonces que la Corona exigía también una redistribución espacial de las fuerzas productivas subjetivas (los hombres) como apoyo para sus nuevas empresas.¹⁸

Es en esta medida que bajo los nombres del urbanismo español, el español previamente constituido determinó la concentración del poblamiento español sobre los nuevos territorios y marcó también la continuidad de funciones de la mayor concentración prehispánica la época: la ciudad de México-Tenochtitlan.

El "urbanismo prehispánico", la densidad de la población indígena en

¹⁵ Miranda, *op. cit.*, pp. 32-34.

¹⁶ *Ibidem*, p. 120.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 42-43.

¹⁸ Gibson, Charles, "Spanish-Indian Institutions and Colonial Urbanism in New Spain", p. 26.

ciertas áreas, y la división y antigua jerarquía gubernamental del mundo prehispánico, determinaron la distribución de las encomiendas dentro del territorio invadido. Aunque esta institución ha sido objeto de diversos estudios, rara vez la han considerado a la luz de los factores que promovió sobre el espacio anterior a su implantación y en función de su contribución al funcionamiento y a la articulación de una "red urbana" como línea transmisora del poder imperial.

De la importancia de su papel en la transformación del espacio preexistente y en la formación de una red urbana, nos hablan las 362 encomiendas que funcionaban hacia 1540 dentro de las cuales las 30 más importantes se encontraban en el Valle de México con cerca de 180,000 indios tributarios.³¹ Las encomiendas restantes se distribuían a lo largo del antiguo mundo mesoamericano pero sobre todo, sobre el México central en las zonas de mayor población indígena. Tal pareciera que la encomienda no respetó la estructura antigua de las comunidades tlatoani y de sus barrios o calpullis que le eran dependientes. En el nuevo sistema, basado en la relación cabecera-sujeto, pesaba más el modelo principal español que la consideración de la división jurídico-territorial prehispánica. Así lo demuestra la creación de cabeceras múltiples o dobles con sujetos que habían poseído varios linajes tlatoani; también la erección de cabeceras totalmente nuevas y los antiguos calpullis que fueron elevados a este rango a quienes les fueron asignados sujetos que o bien poseían un linaje tlatoani interrumpido por la conquista, o bien no poseían ninguno en absoluto.³²

La importancia de estos cambios no puede minimizarse. Tan sólo en el Valle de México, donde las estructuras indígenas se encontraban más sólidamente constituidas, el 58% de las encomiendas representaron alteraciones importantes para la antigua organización prehispánica. Otros ejemplos aislados nos hacen pensar que en otras zonas, el impacto de la encomienda en este aspecto debe haber sido mucho mayor.³³

Sobre una base urbana o, por lo menos, bajo conceptos urbanísticos bien definidos, tanto si el encomendero residía en el pueblo de su encomienda o si lo administraba a través de un calpisque, esta institución alcanzó el control de la fuerza de trabajo india, la aceptación de su dominación mediante el reconocimiento del evangelio y del vasallaje y al garantizar el abasto y el sostenimiento de las huestes y la población blanca mediante el tributo, significó una contribución decisiva como punto de control, de transmisión y de enlace para la política imperial.³⁴ A ello contribuyó el que junto a éstas, se levantaron las primeras cadenas de misiones religiosas y de conventos que también desempeñaron funciones de

penetración, enlace y ocupación, conectando y defendiendo lo ya conquistado y protegiendo y garantizando su orientación general.³⁵

Es por esto que, aun en su etapa primera, muy cercana al metro bastión militar, la ciudad colonial desempeñó funciones de primer orden: control militar, político, económico y religioso, de la población sojuzgada; plataforma de lanzamientos y punto de enlace para los nuevos avances del imperio, frontera de defensa; canal de intermediación con la metrópoli; centro de abasto para la población blanca y las huestes, y centro redistribuidor de los excedentes generados al interior del propio espacio colonial.

La importancia de estas funciones y la necesidad de una red urbana para la transmisión del poder imperial quedaron plasmadas con la promulgación de las leyes de colonización de 1573.³⁶ El reglamento en su conjunto vino a sintetizar la experiencia de 50 años de urbanización que se había apoyado en el establecimiento de pueblos de misión, en la fundación de pueblos-hospitales y en la reducción y congregación de indios, que reubicaron y reconcentraron a un porcentaje significativo de la población indígena justo en un momento en el que la gran mortandad amenazaba a la recién impuesta urbanización colonial.³⁷ Esta experiencia culminó con una estrategia definida. Únicamente en dos años, los últimos del período de la congregación forzosa de indios, fueron establecidos 187 pueblos con traza y policía, que reubicaron y reconcentraron a un total aproximado de 240,000 individuos que representaban al 12% de la población total indígena.³⁸

Ciudad-guarniciones, pueblos de indios y de misión, reducciones y congregaciones y la presencia poderosa de la gran concentración del valle de México formada por cuatro ciudades (Tenochtitlan, Texcoco, Xochimilco y Tacuba) y por dos villas (Coyoacán y Tacuba), revelan un particular esquema de sujeción que si bien, como se ha visto, fue condicionado por el entorno preexistente, se caracterizó sobre todo por una nueva orientación, y ya no sólo estratégica, sino también económica.³⁹

Desde un principio buscando asegurar una liga con la metrópoli y una salida hacia el oriente, las primeras conquistas y "pacificaciones" se dirigieron hacia las costas. Sobre esas líneas se levantaron los primeros bastiones militares del imperio: la Villa Rica de la Vera Cruz, Espíritu Santo y Santi Esteban-del Puerto sobre el Atlántico; Zacatula, Colima, Purificación y Compostela y Culiacán, sobre el Pacífico. Las siguientes fundaciones se levantaron para defender lo conquistado, para resguardar el México central y como plataforma de lanzamiento para las nuevas "entradas"

³¹ Ricard, Robert, *La conquista espiritual de México*, JUS, 1947, pp. 175-177.

³² Miranda, *op. cit.*, pp. 42-43.

³³ Ricard, *op. cit.*, pp. 266-275 y 297-301; Simpson, Lesley Bird, "The civil congregation" en *Studies in the administration of Indians in New Spain*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1934, pp. 31-47; Chino, Howard, "Civil congregation of the Indians in New Spain" en *Hispanic American Historical Review*, 29, agosto de 1949, pp. 349-369.

³⁴ Chino, *op. cit.*, p. 366.

³⁵ Gibson, 1967, *op. cit.*, p. 35.

³⁶ Gibson, Charles, *Los aztecas bajo el dominio español (1519-1810)*.

³⁷ *Ibidem*, pp. 68-70.

³⁸ *Ibidem*, p. 69.

³⁹ Sobre la encomienda, véase Miranda, José, "La función económica del encomendero en los orígenes del régimen colonial" en *Cuadernos del Instituto de Investigaciones Históricas*, México, UNAM, 1965 y Simpson, Lesley Bird, *The encomienda in New Spain. The beginning of Spanish Mexico*, Berkeley y Los Angeles, University of California Press, 1966.

tierra adentro. Hacia el sur, la frontera fue cerrada entre Santiago de los zapotecas, Antequera, San Idelfonso y Espíritu Santo. Hacia el occidente la protección se buscó con las erecciones de Pázcuaru y Guadalajara que cerraban la frontera de los indios bravos desde Compostela hasta Santi Esteba.³

El México central, la zona de mayor densidad de población y justamente donde se encontraban en explotación, desde fechas muy tempranas, más de 81 minas en los yacimientos de Taxco, Zumpango, Zacualpan, Sultepec, Temascaltepec, Espíritu Santo, Tlalpujahua, Tlahualilpan, Atotonilco, Real del Monte y Pachuca³⁹ quedaba así convenientemente controlado, cercado y defendido pero, sobre todo, orientado hacia el exterior "volcado hacia afuera" a través de un solo punto: Veracruz; una sola escala para el abastecimiento: Puebla; un solo origen: la ciudad de México y un solo destino: primero Sevilla y después Cádiz.

Este sistema, conocido como "sistema de flotas" operado por barcos mercantes y de guerra que viajaban en convoy, generalmente una vez al año, y eran los únicos autorizados para transportar las mercancías que entraban y salían a Nueva España a través del puerto único, se apoyó en la cesión por parte de la corona del monopolio del comercio ultramarino a dos grupos corporados: los comerciantes andaluces y sus cotrapartes de la ciudad de México. Con ello, la corona obtenía una serie de beneficios: control del tráfico legal, ingresos considerables por concepto del registro y tráfico de las mercancías y la delegación en cuerpos corporados de aquellas funciones que era incapaz de realizar, como el cobro de impuestos. A cambio de estos beneficios, la corona entregó la conformación interna del espacio colonial a las directrices impuestas por el Consulado de Comerciantes de la Ciudad de México que, primero, articuló el espacio colonial en función del reforzamiento del sector externo de cuyo monopolio obtenía gran parte de su fuerza económica y política y, después, en función de las demandas del propio mercado interno colonial. Esto lo llevó a ejercer, junto con la Iglesia, el poder real dentro de la colonia.

El espacio social novohispano

Los comerciantes de la ciudad de México, si bien fueron justamente llamados los "mercaderes de la plata", no sólo se interesaron en la exportación de metales. Otros productos de exportación también exigieron su atención y, casi inmediatamente, tras un periodo de sustitución de importaciones marcado por la coyuntura del siglo XVII, el control de la circulación de los mismos excedentes generados en el interior de la colonia.

Mediante el establecimiento de asientos, un instrumento legal del tipo de

las capitulaciones, la corona había otorgado licencia y un sinnúmero de prerrogativas a compañías privadas para la explotación en sus colonias de aquellos productos de su conveniencia. La corona, a cambio, generalmente sin haber realizado desembolso alguno, obtenía un porcentaje importante de los beneficios de la empresa. Los asientos abarcaron una infinidad de asuntos: comercio de negros y de azogue, pesca de perlas, establecimiento de actividades industriales (alumbre, jabón, cerveza, lanas, etc.) y, sobre todo, explotación de minas. Otro tipo de asientos se refirieron a la introducción en América de especies animales y vegetales europeos y asiáticos y al aprovechamiento de especies indígenas. En 1535, la corona estableció un asiento para el cultivo del pastel y del azafrán, en 1537 para el beneficio de la seda y el cultivo de especies incluyendo el añil, y en 1561, para la pimienta, el clavo y la canela.⁴⁰ Pese al apoyo oficial que estos asientos significaron, diversos motivos hicieron fracasar las nuevas empresas.

Primero, la baja calidad del producto, resultado de la falta de experiencia de los indios en los nuevos cultivos y en procesos desconocidos, así como de su oposición a un trabajo extenuante.

Segundo, una mala selección del emplazamiento de las empresas, casi todas ellas situadas a lo largo del camino México-Veracruz con miras a facilitar los canales para su exportación, para cuya situación no siempre coincidió con los suelos y climas más convenientes.

Tercero, por una coyuntura desfavorable desatada por la competencia de nuevos productos en el mercado internacional.

Destino similar conocieron los cultivos de la vid, el lino, el cañamo y, en alguna medida, el de la caña de azúcar que, si bien conocieron un temprano desarrollo, no pudieron prosperar, algunos debido a las sucesivas restricciones impuestas por la corona que no pretendía otra cosa que alcanzar un cierto equilibrio entre las distintas zonas productoras de su imperio.⁴¹

En este proceso, la grana representó un caso aparte. La gran difusión de su crianza y procesamiento en el mundo prehispánico había hecho imposible tanto el establecimiento de asientos como el de un monopolio real (estanco).⁴² Esta, sin embargo, no impidió que su explotación se generalizara e incrementara, llegándose a convertir en el producto de exportación más importante después de la plata en la Nueva España.⁴³ El incremento de la producción y la exportación de la grana sólo fue posible

³⁹ Florescano, Enrique e Isabel Gil Sánchez, "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico" en *Historia general de México II*, México, El Colegio de México, 1977, pp. 223 y 256.

⁴⁰ Berthe, Jean Pierre, "El cultivo del pastel en la Nueva España", en *Historia Mexicana*, 2 enero-marzo de 1960, p. 343; Borah, Woodrow, *Silk Raising in colonial México*, Berkeley y Los Angeles, University of California, Press, 1943, p. 5.

⁴¹ Lira, Andrés y Luis Moró, "El siglo de la integración" en *Historia General de México*, pp. 106-113.

⁴² Deligdis de Jordán, Babro, *La grana cochinitilla*, México, Porrúa, 1963, pp. 13-15. Lee, Raymond, "Cochineal production and trade in New Spain to 1600" en *The Americas*, 4, abril de 1948, pp. 449-473.

³ Chevalier, *op. cit.*, p. 66 y Moreno Toscano, Alejandra, "El siglo de la conquista" en *Historia general de México II*, México, El Colegio de México, 1977.

³⁹ Mendzabal, Miguel Othon, "La minería y la metalurgia mexicanas (1520-1943)" en *Obras completas*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1946, vol. 5, pp. 28-34.

gracias a la intervención del grupo de comerciantes de la ciudad de México a través del repartimiento de comercio.³⁴ Este sistema, que penetró por la puerta que Felipe II abrió al poner en venta los cargos públicos hacia finales del siglo XVI, logró imponer la explotación de la grana cochinilla en un gran número de comunidades indígenas en una escala hasta entonces desconocida. Al mismo tiempo, sentó las bases del poder político que el Consulado de Comerciantes de la Ciudad de México disfrutó en la Nueva España y de su control absoluto sobre el mercado interno colonial que más tarde se desarrollaría.

Con el fin de pagar sus propios puestos o con el de garantizar el pago de una fianza a la corona por el cobro de tributos en su jurisdicción, los alcaldes mayores y corregidores se asociaron con comerciantes, al hacerse cargo de estos pagos, exigían del funcionario la representación de sus actividades comerciales ante los indios. Así, los alcaldes mayores, como agentes de los comerciantes de México, a cambio del avío o habilitación, se comprometían a "repartir" las mercancías proporcionadas por el socio mayor y a exigir a cambio una cuota fija de bienes exportables, aprovechando el poder judicial que ejercían.³⁵

De esta forma, gracias a las ventajas que dentro del pacto colonial les ofrecía su papel monopolístico, su posición estratégica en la ciudad de México y en el puerto de Veracruz, su organización corporada y las funciones gubernativas que ejercía, el Consulado de Comerciantes de la Ciudad de México comenzó a tener una influencia decisiva en la creación y organización de zonas dedicadas a la producción para la exportación.

No habría que confundir, sin embargo, a los espacios económicos recién creados con meros apéndices, a la manera de enclaves, del sistema metropolitano, esto es, con puntos restringidos y muy localizados, caracterizados por la sola importación de materias primas y directamente explotados por las empresas metropolitanas para su exportación inmediata, totalmente dependientes del exterior a nivel de los insumos y que no producen ningún tipo de relación con las áreas circundantes.³⁶ En primer lugar, porque si bien la parte de plata correspondiente a la corona era remitida directamente a España, según Bakewell, la porción remanente de este excedente, aproximadamente el 80% en la Nueva España, entraba a los circuitos económico-mercantiles de diversa amplitud antes de ser exportada. Mucha era enviada a la ciudad de México como pago de bienes o préstamos recibidos; otro tanto era enviado a muchos otros lugares del interior, de donde se abastecían las minas y, después, aunque es claro que la mayor parte era nuevamente recabada por los más grandes comerciantes transatlánticos de la ciudad de México para pagar las importaciones

³⁴ Heers, *op. cit.*, p. 5.

³⁵ Hammet, Brian, *Política y comercio en el sur de México*, México, IMCE, 1976, p. 6.
³⁶ Brading, *op. cit.*, p. 76; Florescano, *op. cit.*, pp. 212-213; Carmagnani, Marcello, *Formación y crisis de un sistema feudal*, México, Siglo XXI, 1977, pp. 67-69; Morin, Claude, *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 175.

de la Nueva España, es indudable que una porción importante de la misma era redistribuida a diversas partes de la colonia como capital y crédito para el proceso productivo. Todo esto apunta a la no poco importante conclusión de la generación interna del capital para la minería.³⁷ En segundo lugar, porque alrededor de los núcleos exportadores y para que éstos fuesen posibles, se desarrollaron simultáneamente y se articularon otras zonas productivas complementarias, subsidiarias, secundarias o marginales y cuya promoción por parte de la corona no fue descuidada. En gran medida, la existencia de estas zonas constituía la premisa necesaria para el funcionamiento del sector externo colonial.³⁸ Y, en tercer lugar, además de que ningún centro minero alcanzó la autosuficiencia con respecto a los insumos provenientes del exterior, tampoco alcanzaron la independencia de otras zonas para la obtención de la fuerza de trabajo y su reproducción.³⁹

En una sociedad donde era crónica la escasez tanto de dinero en efectivo como de capital, la economía dependía casi en su totalidad de las grandes cantidades que en espera de la llegada de la flota, atesoraban los principales comerciantes de la ciudad de México. Los resultados de esta situación tuvieron una importancia decisiva para la economía y la sociedad coloniales. La concentración en la ciudad de México del capital líquido disponible, en manos de los "mercaderes de la plata", hizo posible, primero: el funcionamiento de los ya mencionados repartimientos de comercio; segundo: generalizó la dependencia del crédito para todo tipo de transacciones, y, principalmente, la dependencia de la minería respecto de los bandos de plata y de los aviadores, todos comerciantes y; tercero: generalizó la letra de cambio (libranza) como la forma de pago más importante.⁴⁰

Los principales aviadores, nos cuenta Brading, les abrían cuenta a los mineros prominentes, pagaban las libranzas que se giraban en su contra y les remitían dinero en efectivo, mercurio y otras materias primas.⁴¹ Algo similar ocurría con los comerciantes de provincia, los funcionarios agricultores y artesanos favorecidos con los créditos abiertos en las casas mercantiles de la capital. Así entonces, el grupo colocado en el sector clave de las relaciones metrópoli-colonia (exportación de metales y distribución monopólica de las importaciones), gracias a la disponibilidad de capital líquido que esta situación le deparaba, estuvo en condiciones de

³⁷ Castells, Manuel, "La urbanización dependiente en América Latina" en *Imperialismo y urbanización en América Latina*, Barcelona, G. Gili, 1973, pp. 7-27.

³⁸ Bakewell, P. J., "Zacatecas: An economic and social outline of a silver mining district" en Lokhart, James e Ida Altman: *Provinces of early Mexico*, Los Angeles, University of California, 1976, p. 277.

³⁹ Bakewell, P. J., *Minería y sociedad en el México colonial*, Zacatecas 1546-1700, México, Fondo de Cultura Económica, 1976, pp. 103-117; Wolf, Eric: "El Bajío durante el siglo XVIII. Un análisis de interacción cultural" en David Barkin (Coord), *Los beneficiarios del desarrollo regional*, México, Secretaría de Educación Pública, Colección Sep Seten-
Las.

⁴⁰ Bakewell, 1976, *op. cit.*, pp. 305-325.

⁴¹ Brading, *op. cit.*, p. 142; Morin, *op. cit.*, 202-203.

ejercer una verdadera centralización financiera desde la ciudad de México y un control efectivo del mercado interno colonial. En el proceso de la lucha por el control del mercado interno destacan, primero, la obtención del exclusivismo novohispano sobre el comercio con Oriente a través del eje Manila-Acapulco; segundo, el establecimiento de una feria de la flota que eliminaba la introducción de comerciantes españoles en el territorio novohispano para colocar sus mercancías y, tercero, el desempeño paulatino y acumulativo de verdaderas funciones gubernativas relacionadas con el comercio.

Esta situación, además de permitirles a los grandes almaceneros de la ciudad de México, una acumulación impresionante de metales y su inmediata reinversión durante lapsos fijos les permitía, por un lado, imponerles a los monopolistas gaditanos las condiciones de venta para sus importaciones y, por otro, eliminar de la competencia y subordinar, mediante la compra forzosa y reventas al menudeo, a los pequeños y medianos comerciantes del interior que se veían de cierta forma excluidos del trato directo con flotistas y consignatarios incapacitados para realizar las compras al mayorero, por cargas completas de bienes, a la manera de los almaceneros capitalinos. Gracias a estos mecanismos y a las funciones gubernativas que desde muy pronto comenzó a desempeñar la "universidad de mercaderes" (vigilancia y defensa de puertos, barcos y mercaderías, control y fiscalización del comercio interior a través de los arrendamientos de los derechos de aduana y alcabala) los comerciantes de la ciudad de México no sólo alcanzaron la centralización del crédito disponible sino, también, la orientación y amplitud de los circuitos de comercio ya fuera directamente o bien a través de sus consignatarios o agentes, del financiamiento o de la imposición misma del sentido de los flujos a través de las receptorías, aduanas, rutas, puentes y caminos.

Este control del mercado, abarcaba los tres circuitos mercantiles básicos de la colonia: el circuito endorregional, formado dentro de la zona de producción; el circuito interregional, formado entre la zona de producción y el puerto de exportación, y, aunque en menor grado, el circuito internacional, entre el puerto de exportación y los centros internacionales de consumo.⁴⁷

Fue así como el Consulado de Comerciantes de la Ciudad de México ejerció una ingerencia directa sobre la conformación, la organización, el funcionamiento y la orientación del espacio novohispano. Como resultado de sus negociaciones con el poder oficial y de sus alianzas con una fracción de la clase propietaria representada en los cabildos, y del enfrentamiento contra las resistencias indígenas en el entorno preexistente, el consulado promovió —en base al incremento de la demanda urbana resultante del crecimiento demográfico— el diseño espacial novohispano orientando su racionalidad.

El temprano crecimiento de la ciudad de México muy pronto exigió el tránsito de orientación productiva ganadera que se había desarrollado en

el valle a una orientación agroganadera que más tarde culminaría, por esta razón, en un proceso de cerealización, de especialización productiva y de comercialización de la agricultura que logrará garantizar el abasto de la capital durante todo el siglo XVIII. El mismo proceso desde la zona central logró imprimirse, aunque con una cronología distinta, en las zonas concéntricas al área clave, alcanzando un alto nivel de especialización productiva comercial únicamente en aquellas zonas donde el estímullo de la demanda de las capitales provinciales así lo exigía. Ejemplos claros de esta tendencia los encontramos, por ejemplo, en el crecimiento de la red urbana del Bajío y los sacrificios, las fragmentaciones y las transformaciones que les impuso a sus zonas abastecedoras la expansión de la ciudad de Guadalupe y su área de influencia e, incluso, el tardío crecimiento de las ciudades como Mérida y Campeche. Estas últimas ciudades exigieron el abandono de una base ganadera, en el tránsito hacia una agricultura y la concentración de la agricultura especializada para la comercialización en los alrededores de las ciudades y las proximidades de los caminos.⁴⁸

En el estado actual de nuestro conocimiento resulta difícil evaluar con certeza el impacto causado por las reformas borbónicas sobre este diseño espacial, sobre su esquema de funcionamiento y sus tendencias principales. Encaminadas hacia una verdadera transformación en el gobierno, a una maximización en la extracción del excedente de las colonias y a una recuperación del poder real delegado en grupos y corporaciones, las reformas incidieron de diversos modos y con resultados inciertos al Consulado de Comerciantes de la Ciudad de México. Es por esto que si indudablemente sus efectos directos son difícilmente perceptibles sobre el espacio novohispano —y oscurecidos aún más por el trastocamiento de la independencia— es claro que representaban una modificación sustancial en la correlación de fuerzas en el interior de la sociedad colonial.

Si por una parte los privilegios concedidos a los mineros con miras a maximizar la exportación de la plata tendía a su autonomización con relación al grupo de comerciantes y a la disminución de su poderío al excluirlos del comercio con la plata, no es menos cierto que ante el fracaso del Banco de Avío la situación derivó, según Brading, en un verdadero reforzamiento de las ligas ya existentes entre mineros y comerciantes mediante la ampliación del crédito, los avíos y las libranzas. Así, la centrali-

⁴⁷ Véase Brading A., David, *Haciendas and Ranchos in the Mexican Bajío, León 1700-1860*, Cambridge, Cambridge University Press, 1978, 258 p. Tutino, John Mark: *Creole Mexico: Spanish Elites, Haciendas and Indian Towns, 1730-1810*, Austin, University of Texas, 1976, 442 p. Van Young, Eric Julian: *Rural Life in the eighteenth century Mexico: the Guadalupe Region, 1675-1820*, Berkeley, University of California Press, 1978, 2 vols. Patch, Robert "La formación de estancias y haciendas en Yucatán durante la colonia" en *Boletín de la Escuela de Ciencias antropológicas de la Universidad de Yucatán*, año 14, Núm. 19, julio-agosto 1976, pp. 21-61. Ponce-Hunt, Espejo María: "The Processes of the Development of Yucatan, 1600-1700" en Altman, Ida y James Lokhart (eds.): *Provinces of early Mexico. Variants of Spanish American of California, Evolution*, Los Angeles, University of California, UCLA, Latin American Center Publications, 1976, pp. 33-62.

⁴⁸ Carmagnani, Marcello, *op. cit.*, p. 70.

del sistema mediante la ciudad es, entonces, la del capital comercial.⁶

Ahora bien, en la Nueva España, la fundación de las ciudades se identifica con la fundación de los cabildos o ayuntamientos que regularon su vida económica y política. La fundación de las ciudades implicaba, como señala Esteban Sánchez de Tagle, "la institución de una organización política". Y añade: "cuando hablamos de ciudades, bien podemos hacer abstracción de su espacio físico y considerar únicamente al aparato, el instrumento político: el cabildo".⁷ Ciertamente, el cabildo se encargaba de regular los distintos aspectos de la vida de las ciudades y, en la medida en que éstas fueron creciendo y se constituyeron en grandes mercados y poderosos polos de atracción e influencia sobre la vida económica de sus regiones circundantes, el cabildo cobró una importancia económica decisiva. En lo que se refiere a la conformación de economías regionales, por lo tanto, no es posible desligar dos funciones básicas de la ciudad: mercado y redistribuidor del excedente, por un lado, y sede del poder político local, por el otro.

El ayuntamiento o cabildo formaba el nivel más bajo del sistema de instituciones creadas por la corona para controlar sus dominios. En efecto, el sistema de instituciones políticas de la Nueva España constaba, según José Miranda, de cuatro dispositivos:

1. Un dispositivo central peninsular, integrado por el Rey, sus secretarios y el Consejo de Indias;
2. Un dispositivo central novohispano, constituido por el Virrey y la Real Audiencia;
3. Un dispositivo provincial y distrital, formado por los gobernadores y los corregidores o alcaldes mayores (esto, antes de la promulgación en 1786 de la Ordenanza de Intendentes);
4. Un dispositivo local, compuesto por los cabildos y sus oficiales.⁸

Formalmente, según Miranda, los cabildos debían gozar de una autonomía muy limitada puesto que la mayoría de sus miembros, los regidores, eran nombrados directamente por el monarca y debido a que existía la intervención de las autoridades reales en sus deliberaciones, además de que sus resoluciones más importantes tenían que ser necesariamente aprobadas por el propio virrey.⁹ Sin embargo, de hecho, la enorme capacidad de movimiento que la distancia con el Nuevo Mundo daba a los subditos de España en América obligó a la corona a conceder márgenes amplísimos de soberanía a dichas instituciones políticas.¹⁰

⁶ Aguirre, Carlos, *op. cit.*, p. 21.

⁷ Sánchez Tagle, Esteban, *op. cit.*, p. 7 "... en América es común el caso de fundación de ciudades que no conocen localización espacial, como la Guatemala de 1527, o el caso de Nuevo Burgos que fue portátil, y sus moradores la llevaban a cuestras de una parte a otra".

⁸ Miranda, José, *op. cit.*, pp. 100-101.

⁹ *Op. cit.*, pp. 127-129.

¹⁰ Sánchez de Tagle, Esteban, *op. cit.*, p. 14.

Los cabildos estaban compuestos por dos alcaldes (el primero y el segundo) y por un número variable (de acuerdo al tamaño y rango de las ciudades) de regidores con distintas funciones. Originalmente, los puestos de regidores comenzaron siendo ocupados por votación, mas esta costumbre desapareció tan pronto como la corona empezó a conceder los cargos de regidor a vecinos honorables o a nuevos inmigrantes españoles como premio a servicios prestados. Felipe II, Rey de una empobrecida España, generalizó durante su reinado (1556-1598) la venta de muchos cargos públicos al mejor postor, entre ellos, los de regidor y el importante puesto de alcalde mayor. Esta costumbre comenzó a generalizarse en 1559 con la venta de los cargos de escribano y notario del cabildo, posteriormente, basándose en una ley de 1591, la corona dispuso abiertamente la venta de todos los cargos de regidor. Además de los sustanciosos ingresos provenientes de la venta misma de estos puestos, los impuestos que gravaban el libre comercio de los cargos entre particulares y los ingresos del primer año del cargo (la *media anata*) contribuían a incrementar los caudales de la Real Hacienda.¹¹ La compra de estos puestos, no obstante, siempre constituía para su poseedor una inversión rentable y, en ocasiones, una misma familia lo ocupaba por sucesión hereditaria hasta por tres generaciones. Es así que en Guanajuato, por ejemplo, el puesto de Fiel Ejecutor (de cuyas atribuciones nos ocuparemos más adelante) estuvo desde 1750 en manos de una familia y, habiendo sido valuado en 1,000 pesos, su poseedor estimaba en 200 pesos los dividendos anuales que le dejaba para 1812.¹²

Por su parte, en el "muy ilustre ayuntamiento de Puebla", en el último tercio del siglo XVIII, el puesto de regidor llano se estimaba en 3,000, el de Alférez Real y depositario en 8,000, los de alguacil mayor y escribano mayor en 16,000 y el de contador mayor de menores en 14,200 pesos.¹³ Sobra señalar que solamente los hombres más ricos y poderosos de la sociedad novohispana estaban en posibilidad de ocupar un lugar en el cabildo como regidor. David Brading, al analizar la composición del cabildo en Guanajuato, añade que esta compraventa de cargos públicos era un indicador extraordinariamente exacto de la posición económica del titular.¹⁴

El primero y el segundo alcaldes, por otro lado, ocupaban sus puestos en el cabildo por votación pública... (de los mismos regidores del cabildo!).¹⁵

Así, a lo largo de los siglos XVII y XVIII, la corona fue perdiendo progresivamente el control de sus colonias. En efecto, mientras las oligarquías se posesionaban de los órganos de poder, la Nueva España centraba su desarrollo cada vez más en satisfacer sus requerimientos internos, aten-

¹¹ Liehr, Reinhard, *Ayuntamiento y oligarquía en Puebla, 1787-1810*. México, SEP 70, 1976, 2 vol., t. 1, p. 91.

¹² Brading, David, *Mineros y comerciantes en el México borbónico, 1763-1826*, México, Fondo de Cultura Económica, 1975, p. 425.

¹³ Liehr, Reinhard, *op. cit.*, t. 1, p. 98.

¹⁴ Brading, David, *op. cit.*, p. 428.

¹⁵ Liehr, Reinhard, *op. cit.*, t. 1, p. 106.

diendo menos los de la metrópoli.¹⁶ En suma, antes de que, mediante la instrumentación de las reformas borbónicas, la corona intentara retomar el control de sus virtualmente independientes colonias, los grupos económica y socialmente poderosos se habían posesionado de los tercero y cuarto dispositivos que menciona Miranda: los puestos de alcalde mayor y corregidor eran controlados por los grandes comerciantes de la ciudad de México, quienes adelantaban la fianza requerida a los que ocuparían dicho cargo, utilizándolo para monopolizar el comercio con los indios; y los cabildos de las ciudades estaban controlados por las oligarquías regionales de hacendados, mineros, comerciantes y, en menor medida, propietarios de manufacturas. La importancia económica de la representación de sus intereses en esa institución política resulta, entonces, indiscutible. En Guanajuato, casi todas las casas mercantiles o empresas mineras importantes tenían a un miembro de la familia que era regidor, y no podía ser de otra manera, puesto que la pérdida del poder influiría al cabildo de la ciudad podía ser peligrosa, señala Brading, especialmente para las familias en proceso de declinación social, a las que tal vez sólo restaría la venta del cargo a otro particular.¹⁷

Sobre estas oligarquías, escribe Enrique Florescano que "... la tierra, la riqueza, el prestigio social y el poder político se fundieron en un núcleo reducido de familias que en el siglo XVIII poseían las tierras más ricas y extensas, monopolizaban el control de los mercados urbanos y mineros, manejaban las únicas fuentes de crédito disponibles y obtenían los mayores ingresos monetarios por la manipulación de las redes de comercio exterior e interior. El fundamento de dicha oligarquía fue la fusión de la gran propiedad territorial con los acaparadores de los ingresos monetarios derivados de la minería y el comercio".¹⁸ En este sentido, la unidad entre campo y ciudad estaba fincada en estas alianzas concertadas, como lo indica Richard Barry Lindlay al señalar que el proceso que integra el campo y la ciudad era el del intercambio entre tierra y crédito.¹⁹ En efecto, "las necesidades de crédito eran determinantes en las alianzas familiares".²⁰ La escasez crónica en la Nueva España de dinero y crédito, así como la difícil inestable situación de mineros y hacendados, hacía a éstos totalmente dependientes del crédito de los comerciantes y de la iglesia. Los comerciantes, por su lado, necesitaban de la tierra para asegurar sus transacciones y ampliar su escala de acción (la tierra era rentable y amortizable).

Así, en líneas generales, las uniones matrimoniales, las asociaciones

¹⁶ Florescano, Enrique e Isabel Gil, *op. cit.*, pp. 188-189.

¹⁷ Brading, David, *op. cit.*, p. 426.

¹⁸ Florescano, Enrique, "Formación y articulación de la hacienda en Nueva España", México, Departamento de Investigaciones Históricas, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1979, (mimeo), p. 60.

¹⁹ Lindlay, Richard Barry, *Kinship and credit in the structure of Guadalajara's oligarchy, 1800-1850*, The University of Texas in Austin, 1976, (University Microfilms International, Ann Arbor, Michigan), p. 86.

²⁰ *Op. cit.*, pp. 157-158.

entre dos o más actividades productivas (agricultura y minería por ejemplo), la concentración de actividades productivas diferentes en una sola familia o un solo propietario, las mediaciones comerciales establecidas entre comerciantes y productores (por conducto de los avíos o habitación) y, sobre todo, el recurso del crédito, constituyeron los caminos más frecuentes para la materialización de estas alianzas entre los señores del dinero —principalmente comerciantes e iglesia— y los poderosos dueños de los medios de producción. Finalmente, con la subvención de una fianza para la compra de un puesto o la representación directa en resguardo de los intereses familiares en los cabildos, estas alianzas reproducían la comunidad de intereses que toma cuerpo en las oligarquías, por un lado, mientras que por el otro, expresaban que poder político y poder económico remiten a un reducido número de familias que operaban en el marco de las economías regionales y supervisaban desde los cabildos sus propias transacciones. En esta medida, las oligarquías detentaban la prerrogativa de relegar, sin crear por ello tensiones fuertes, otros intereses de menor cuantía. Por ello, estas oligarquías tenían especial interés en participar en el cabildo de sus ciudades, y no sólo por el prestigio social que representaba, aunque la posesión de un cargo siguiera de cerca la distribución de la riqueza.²¹ Citemos a Reinhard Liher:

Mientras que la política de la Corona regulaba o dirigía sobre todo las relaciones comerciales entre las provincias y se aseguraba el monopolio sobre determinados productos comerciales, los ayuntamientos tomaban extensa influencia en la competencia económica de la propia ciudad y de la provincia agrícola correspondiente. Las administraciones municipales de los virreinos poseían —parecido a los de la península y los de Europa Central a fines de la Edad Media— la obligación de preocuparse por un abastecimiento suficiente de víveres y de otros artículos de primera necesidad para la población municipal y cuidar de que las mercancías y precios estuvieran en una proporción justa y media. El ayuntamiento observaba estas medidas sobre todo por medio del Tribunal de Fiel Ejecutoria, por la alhóndiga, el pósito y por el arrendamiento del monopolio del abasto de carne.²²

La función principal del Tribunal de Fiel Ejecutoria era, además de supervisar pesas y medidas y recaudar los impuestos de ventas en puestos de plaza y tejabanés, el de fijar precios topes para víveres de primera necesidad diferentes del maíz. A principios de los meses de enero, mayo y septiembre, sometía a precios tope los siguientes productos: trigo, pan de trigo, frijoles, lentejas, arroz, carne de puerco, manteca de puerco, jamón, sebo, jabón, sal, pescado, fécula, huevos, queso, azúcar, mazapán, miel, cacao, aceite, brandy, vino, vinagre, pasas, almendras, determinadas especias, cera, leña

²¹ Brading, *op. cit.*, p. 403.

²² Liher, Reinhard, t. 2, p. 47, y Bayle, Constantino, *Los cabildos seculares en la América española*, Madrid, Sapiencia, 1952.

y papel. Sin embargo, la supervisión perdía eficacia porque "a menudo los precios toques fijados para diferentes viveres eran tan altos que ya no representaban barreras ni para los negocios comerciales de los tenderos más codiciosos".²³ Esto era así a pesar de que, formalmente, los miembros de dicho tribunal "no podían mantener al mismo tiempo negocios al menudeo en los cuales vendieran el producto de sus haciendas u otros viveres y mercancías de primera necesidad".²⁴

En lo que se refiere a la alhóndiga y el pósito, estas instituciones debían encargarse de mantener el precio del maíz bajo control municipal. El maíz depositado en el pósito debía ser suficiente para que nunca faltara el suministro a la población, ni en los años de mala cosecha, renovando permanentemente su reserva. La alhóndiga, por su parte, debía controlar la totalidad de las ventas de los particulares que introducían el grano, someténdolo a "precios razonables", aunque huelga decir que la política del suministro de granos variaba según la composición del cabildo. Claude Morin, refiriéndose a la ciudad de Valladolid señala que "la vigilancia se alternaba con una imprevisión en la que es fácil descubrir el interés personal y el nepotismo. La administración del pósito y de la alhóndiga de Valladolid ofrece muchos ejemplos de favoritismo hacia los regidores o hacia sus parientes próximos en la venta de granos a precios ventajosos o en los préstamos en efectivo directamente de los fondos públicos".²⁵ Estos préstamos, en última cuenta, también mermaban la capacidad de adquisición de grano por parte del pósito; y su reserva, para ser vendida a precios menores en tiempos de carestía o escasez a fin de abatir el alza, siempre resultó insuficiente. En el caso (perfectamente generalizable) de Puebla, estas instituciones tampoco funcionaban en la forma prevista. "Eran muy fuertes los intereses personales de los administradores y también de los regidores, la mayoría de los cuales poseían haciendas en los alrededores de la ciudad, como para que no hubieran tenido influencias en la forma de trabajo de la alhóndiga y el pósito".²⁶ Cabe subrayar que la corporación religiosa fue la única que pudo escapar del control municipal en la compraventa de granos y harinas (ya que la población en su conjunto debía acudir a realizar sus compras en la alhóndiga), y hasta obtener una ganancia considerable por conducto de los granos obtenidos mediante la recaudación del diezmo. También en el suministro de la carne, junto con los hacendados que produjeran ganado en sus propios dominios, tuvo la posibilidad de eludir la compra forzada a los abastecedores de las ciudades, a pesar del monopolio que regía la distribución de ese producto.

El derecho a vender carne era un monopolio local arrendado a aquel que prometía la mayor cantidad de carne por un real.²⁷ El mecanismo

²³ *Op. cit.*, p. 38.

²⁴ *Op. cit.*, p. 37.

²⁵ Morin, Claude, *Michoacán en la Nueva España del siglo XVIII*, México, Fondo de Cultura Económica, 1979, p. 156.

²⁶ Liehr, Reinhard, *op. cit.*, t. 2, p. 47.

²⁷ *Op. cit.*, t. 2, pp. 53-54.

bajo el cual operaba tenía como objetivo mantener constantes los precios de la carne, y al alcance de las clases pobres.²⁸ El ayuntamiento subastaba el monopolio del suministro, que generalmente recaía en los ganaderos más importantes o en ciertos comerciantes que se presentaban como proveedores. Ellos se comprometían a asegurar el abastecimiento de ganado mayor y menor en pie, para cubrir el rastro de las ciudades. La concertación del contrato de suministro representaba para el ayuntamiento un buen negocio, debido a que por este conducto la ciudad obtenía una fuente de ingresos adicional. Para el proveedor, el monopolio del suministro a la ciudad eliminaba la competencia (a excepción de las fechas en que se presentaban las posturas) y garantizaba una realización constante de los ganados criados en sus propias haciendas o adquiridos a otros productores. En tanto que la venta de la carne se comprometía con el o los postores que el ayuntamiento eligiera, "los hacendados y ganaderos en pequeño no tenían más que vender a los abastecedores sus animales".²⁹ En el caso del suministro de carne a la ciudad de México, resulta interesante hacer notar que, si bien las más de las veces los criadores de ganado eran los directamente encargados del abasto, con una frecuencia menor, aunque no por ello menos importante, la postura recaía en un solo abastecedor, por lo regular un comerciante, que a su vez debía comprometerse previamente con los criadores.³⁰ Y esta relación entre criadores y abastecedores, la más necesaria e importante para garantizar el abastecimiento de dicho producto a los consumidores, estaba controlada, y por ello mediada, por la ciudad. En suma, la ciudad, al conciliar las necesidades del abastecedor con los intereses de los criadores, dejaba al primero como monopolista en la venta de la carne al público y al segundo como monopolista en el abastecimiento del ganado.³¹

Por lo anterior, el interés para la oligarquía regional de participar en el cabildo rebasaba la necesidad de fijar precios que les fueran favorables. En virtud de que el cabildo controlaba el abasto a la ciudad, según Richard Barry Lindlay, "la más importante función política de la ciudad —o, al menos, una de las más importantes— era la de resolver las contradicciones y tensiones creadas en el seno de la oligarquía, que producía bienes para un mercado muy limitado".³² De esta manera, podemos concluir, con Lindlay, que la ciudad mediaba el conflicto más importante que surgía entre la oligarquía local.³³

Como se ha indicado, en virtud del poder que las oligarquías locales habían afianzado en lo económico y lo político desde los cabildos de las

²⁸ *Op. cit.*, t. 2, p. 55.

²⁹ Morin, Claude, *op. cit.*, p. 158.

³⁰ Castilleja González, Aida, "Abastecimiento de carne en la ciudad de México, 1714-1811" en *Investigaciones sobre la historia de la ciudad de México. III*, México, Cuadernos de Trabajo del Departamento de Investigaciones Históricas, INAH, 1978, pp. 105-108.

³¹ *Op. cit.*, pp. 95-96.

³² Lindlay, Richard Barry, *op. cit.*, p. 88.

³³ *Op. cit.*, p. 88.

ciudades, la corona de hecho había cedido el instrumento de control novohispano más importante en términos de la organización productiva y distributiva de su zona de influencia. No sorprende por eso el hecho de que, en la segunda mitad del siglo XVIII, en virtud de los nuevos intereses del estado borbónico, las oligarquías regionales resultaran fuertemente atacadas y limitadas.

España se había propuesto reformar su aparato administrativo de gobierno colonial, con el fin de recobrar todos los hilos de la economía y maximizar la participación novohispana en el financiamiento de la metrópoli. Para esto era necesaria la reabsorción de los atributos de poder antes delegados en grupos y corporaciones, y el control de la dirección política administrativa y económica del espacio colonial. Se buscó cancelar una forma de gobierno o imponer otra.

Con el Rey Carlos II, sobre todo, se llevaron a cabo todo tipo de medidas en este orden. Corporaciones y grupos de poder como el Consulado de Comerciantes de la Ciudad de México, la iglesia, el virrey, la Real Audiencia, los corregidores y alcaldes mayores fueron seriamente atacados en su poder político y económico y subordinados más fuertemente que nunca al control político de la corona española. Pero, al mismo tiempo, las reformas borbónicas fortalecieron otros grupos que, a su vez, adquirieron la forma de verdaderas corporaciones. Tales fueron los casos de los mineros y del ejército, cuyo papel en la sociedad y economía de la época cristalizaba los intereses borbónicos: control político y extracción maximizada de excedentes.

Ciertamente, toda medida contra el poder económico preexistente atentaba contra los distintos sectores de la economía dominante por las alianzas e intereses que entre ellos existía. Pero centremos nuestra atención en las oligarquías locales que, a través de los cabildos, controlaban amplios espacios circundantes de las ciudades. A la llegada del Visitador José Gálvez se inició el programa de transformación de los cabildos. Entre otras instrucciones superiores, el Visitador traía la de estudiar y prevenir la malversación de fondos que era común en la administración municipal.

La primera medida de centralización de poder fue el establecimiento en la ciudad de México de una contaduría general que llevaría las cuentas de todas las municipalidades. Posteriormente, las reformas de Gálvez en lo que toca a la ciudad de México fueron reunidas en una ordenanza que se promulgó en 1771. En esencia, se aumentaba la responsabilidad de los funcionarios municipales, pero se disminuían sus sueldos y gratificaciones. Si bien la inspección de mercados, de pesas, medidas y otros "cargos de policía" continuarían bajo los antiguos reglamentos hubo una reducción extraordinaria de la independencia del cabildo. Se dispuso, por ejemplo, que el virrey nombrara seis regidores honorarios que en carácter de consultores celebrarían reuniones con los regidores capitulares electos y hereditarios. Además, la intervención del virrey se acentuó notoriamente con medidas como la ordenanza que disponía la reglamentación minuciosa del gremio de panaderos de la capital. Sin embargo, tales medidas no lograban del

todo los efectos deseados. Para 1794, los miembros del cabildo obtuvieron la facultad de nombrar a los regidores honorarios.³⁴

En el año de 1786 las reformas de Gálvez sobre cabildos fueron incorporadas a la Real Ordenanza de Intendentes. En virtud de la ordenanza, los alcaldes y corregidores fueron reemplazados por una nueva organización distrital: la intendencia. Doce intendentes presidieron las nuevas zonificaciones, para remediar en parte la enorme extensión de los antiguos reinos que carecían de autoridades intermedias entre los gobernadores y alcaldes mayores o corregidores. Estos últimos fueron suplantados por subdelegados subordinados a los intendentes. A diferencia de los alcaldes mayores que compraban el cargo, los subdelegados debían recibir un salario y tenían, al menos en teoría, prohibida cualquier práctica comercial o monopolista. El tiro de gracia a los alcaldes mayores fue una de las medidas políticas que más impacto causaron en la época, y sus efectos lesionaron seriamente los intereses del sector mercantil.

Ahora bien, en lo que a los ayuntamientos o cabildos se refiere —y conforne a los preceptos de la Real Ordenanza de Intendentes— se suponía que los intendentes formularían los nuevos reglamentos para mejorar los fondos municipales provenientes de los "propios", presidirían los cabildos con derecho a vetar cualquier decisión considerada impropia, se encargarían de la inspección y fomento de la agricultura, comercio, minas, bosques, caminos; y se eliminaría la intervención del cabildo en materia fiscal. En otras palabras, se intentaba deprimir la vida de la municipalidad a través de la centralización y la pérdida de la autonomía.

Esta pérdida de autonomía de los cabildos en el marco de las reformas borbónicas hace suponer que la intendencia resultó el instrumento político indicado para contrarrestar la fuerza regional y negociar el poder con los intereses económicos de las regiones; también hace suponer que los cambios en las atribuciones de los cabildos y la fragmentación del territorio en una nueva zonificación político-administrativa, derivó en una organización distinta del espacio. Sin embargo, en 1794, el virrey Revillagigedo se vio obligado a confesar que no se habían puesto del todo en vigor las prescripciones de la Ordenanza de Intendentes concernientes a la reglamentación municipal.³⁵

Como ocurrió con otras muchas medidas políticas de la época de los borbones, entre 1786 y 1804 hubo una serie de problemas que impidieron su observancia, además de la resistencia que abiertamente manifestaron las oligarquías regionales. Las crisis agrícolas y epidemias que caracterizaron al siglo, aunadas al cese de transacciones entre colonia y metrópoli (por efecto de su situación de guerra), se reflejaron en calamidades demográficas, en un deterioro de la agricultura de exportación (grana cochinita en Oaxaca, sobre todo) y en la falta de pagos de tributos, función de

³⁴ Nava Olea, *Guadalupe, Cabildos de la Nueva España en 1808*, México, SEP 70, 1973, p. 36.

³⁵ *Op. cit.*, p. 38.

gobierno delegada, antes de las reformas, a los alcaldes mayores. Ante esta circunstancia, tanto los funcionarios del cabildo como los comerciantes de la ciudad de México reaccionaron ante los hechos, aprovechándolos para solicitar la vuelta al anterior sistema. Desde luego, su petición no fue aceptada pero promovió una serie de dudas acerca de la eficiencia de las disposiciones de la Ordenanza de Intendentes.³⁶

Otras contradicciones de la política de los borbones se dieron merced a la imposibilidad de la corona para financiar los nuevos gastos administrativos. Resultaba contradictorio, por ejemplo, que el ejército —cuya fundación reciente tenía por meta la protección de los intereses del estado español— diera acceso en muchos de sus puestos a los miembros de las oligarquías locales y que éstas, a través de los cabildos, financiaran en parte su manutención.

Por otro lado, en algunos casos la intendencia funcionó superpuesta al ayuntamiento³⁷ reproduciendo los mismos vicios que intentaba combatir. Por ejemplo, la falta del pago del tributo por las causas antes señaladas redujo el salario de los subdelegados. Estos nuevos funcionarios pronto cayeron en los vicios y corrupciones anteriores. En los alcaldes mayores el punto del ataque era esa unión de dos funciones, una administrativa y una comercial; en los subdelegados vuelve a reproducirse esta unión.³⁸ Y aunque la corona intentó, con la promulgación de una nueva Ordenanza de Intendentes (1803), corregir tales deficiencias, nunca se logró crear un cuerpo de funcionarios eficientes y leales al poder estatal, y que a la vez fueran respetados en la comunidad donde operaban.

Así, en respuesta a la pregunta que el virrey Revillagigedo hiciera en 1789, referida a la forma como los ayuntamientos cumplían sus obligaciones una vez instalada la intendencia, el propio intendente de Puebla respondió que las nuevas medidas no habían provocado en las administraciones municipales otras reacciones que frías oposiciones y referencias a antiguas costumbres y privilegios.³⁹ En conclusión, sin dejar de lado el profundo desequilibrio que las reformas borbónicas causaron en la estructura interna del espacio colonial, nos interesa destacar que, en el ámbito de los cabildos y su influencia regional, estas medidas no lograron los efectos deseados. Por el contrario, parecen haber fortalecido la cohesión interna de las oligarquías locales y expresaron más claramente la contradicción entre sus intereses y los del poder central del Estado español.

³⁶ Florescano, Enrique e Isabel Gil, *op. cit.*, p. 214.

³⁷ Sánchez de Tagle, Esteban, *op. cit.*, p. 25.

³⁸ Carnagiani, Marcello, 1976, *op. cit.*, p. 69.

³⁹ Lehr, Reinhard, *op. cit.*, t. II, p. 119.

EL SECTOR EXTERNO Y LA ORGANIZACION
ESPACIAL Y REGIONAL DE MEXICO (1521-1910)

por

ALEJANDRA MORENO TOSCANO
(El Colegio de México)

y

ENRIQUE FLORESCANO
(Departamento de Investigaciones Históricas, INAH)

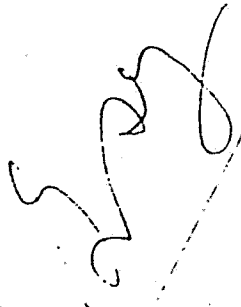
CUADERNOS DE TRABAJO DEL DEPARTAMENTO
DE INVESTIGACIONES HISTORICAS, INAH.

1

ENERO

1974

NOTA. Los Cuadernos de Trabajo del Departamento de Investigaciones Históricas del I.N.A.H., que se inician con esta publicación, incluyan estudios y ensayos que estimulan la discusión de problemas teóricos, metodológicos e interpretativos que interesen al desarrollo de la historia y las ciencias sociales en México.

A handwritten signature in dark ink, appearing to be 'A. Moreno Toscano', is written over a diagonal dashed line that extends from the top right towards the bottom left of the page.

A. MORENO TOSCANO Y E. FLORESCANO

EL SECTOR EXTERNO Y LA ORGANIZACION ESPACIAL Y REGIONAL DE MEXICO (1521-1910)

I N D I C E

I. La influencia del pasado colonial
sobre la integración del espacio 2

II. Desarticulación y crisis del sistema 19

III. El proceso de "federalización" 41

IV. La nueva integración del territorio 54

INSTITUTO "DR. MORA"	
ADJ.	33492
FECHA	8 OCT. 1955
REC.	Toluca

320.12
MER. 5
ej. 3

La versión original de este texto fue presentada en el IV Congreso Internacional de Estudios sobre México, celebrado en Sta. Mónica, California, del 17 al 21 de octubre de 1973, como ponencia en la sesión II: "legados del pasado, siglo XIX". Se han corregido algunas imprecisiones señaladas por los profesores John Coatsworth, Charles Hale y Hugh Hamill en sus comentarios. Otras sugerencias de los comentaristas de esa sesión serán aprovechadas en la redacción de una versión ampliada de este ensayo que preparamos actualmente.

Los autores

I. La influencia del pasado colonial sobre
la integración del espacio

1. Proposiciones y definiciones.

La idea de que la historia produce el espacio, y en consecuencia, de que un determinado espacio se va conformando según los ritmos de las relaciones de dominio y dependencia que marcan su historia, desemboca en la siguiente proposición: todo espacio concreto es resultado, a la vez, de los nuevos determinantes sociales que se desarrollan en su seno y de las formas cristalizadas del espacio históricamente constituido.⁽¹⁾ Esta idea parece un punto de partida fecundo para estudiar los desarrollos regionales y la organización general del espacio en México, tanto porque funde la historia con el presente como porque permite un acercamiento socioeconómico a una realidad que casi siempre ha sido considerada en sus aspectos más externos o físicos.

En general, puede decirse que los estudios que han intentado ofrecer una explicación "regional" de México y de la influencia de este diseño en la historia toda del país, adolecen de limitaciones que impiden conocer la formación histórica de esas regiones, los factores que promovieron su desarrollo y la importancia que éstas tuvieron en el desarrollo general del país. Como en la mayoría de las veces es-

1 Manuel Castells, "La urbanización dependiente en América Latina", Imperialismo y urbanización en América Latina. Barcelona, G. Gili, 1973. p. 16.

tos estudios ignoran el proceso histórico que dio forma a una región y las estructuras esenciales que determinaron el desarrollo desigual de las regiones, es frecuente que produzcan visiones fragmentadas, - en las cuales las regiones aparecen desintegradas del tronco general del país, o en las que éste es visto como la suma de sus "regiones". En uno y otro caso falta la concepción integradora que, al mismo tiempo que se sumerge en el proceso histórico regional, no olvida que éste es resultado de los procesos generales que afectaron la historia del país.

En otros estudios del desarrollo regional se observan visiones aún más simplistas. Todavía es perceptible en algunos trabajos la pretensión de definir una región por aquellos elementos que se consideran específicos de ella. Es decir, aparece aquí la idea de que la región existe por su "singularidad". Esta concepción está de trás de todos aquellos intentos de definir y explicar el diseño espacial del país subrayando las peculiaridades idiomáticas, étnicas o folklóricas de diversos espacios calificados apresuradamente de "regiones". Otra interpretación no menos simplificadora es la que establece divisiones geoeconómicas, a partir de situaciones dadas en el presente, que irremisiblemente fragmentan unidades históricas más profundas y cuyo conocimiento queda de antemano excluido en el enfoque. Esta preocupación formalista por diseñar un esquema regional, - mediante la asociación de diversas variables cuantificables - como "ingreso per cápita", "consumo de Kwts/hora per capita", - más que permitir una ordenación adecuada de la información que conduzca a una ex--

plicación coherente, fragmenta el espacio social en un sinnúmero de "zonas" cuya utilidad práctica pone en duda cualquiera que pretenda hacer análisis sociales más profundos. Por lo demás, es un hecho que la mayor parte de los análisis regionales sobre México -salvo los de algunos geógrafos e historiadores- se han quedado en estudios monográficos que abundan en lo particular de la región y se contraen al presente. El resultado es que al aislarse la región de su contexto mayor y al omitirse la consideración de su dimensión histórica y dinámica, se pierden dos de los principales factores explicativos - que podían dar cuenta de su verdadera peculiaridad.

Por estas y otras razones, en las líneas que siguen se intenta, por una parte, buscar y señalar los factores generales que parecen haber ejercido mayor influencia en los diseños regionales, y por otra, examinar en un tiempo más o menos largo las relaciones y respuestas que estos factores provocaron en las regiones. Es decir que en lugar de partir de la "singularidad" o "especificidad" de una región, buscamos las fuerzas bajo cuyo imperio adquirieron forma y destino las regiones. Desde luego, esta búsqueda de los condicionantes del esquema regional de un país, presupone la existencia de diferencias geográficas y físicas en el paisaje, pero acepta también que las formaciones económicas y sociales de un determinado espacio son producto de relaciones históricas y sociales más amplias y decisivas en la integración de una región. En suma, en las hipótesis y planteamientos que se exponen adelante, partimos de la idea de que todo esquema regional, toda "organización del espacio", es pro-

ducto de las relaciones sociales de dominio prevalcientes en los su-
cesivos tiempos históricos de una región. A partir de esta idea qui-
zâ podamos concretar algo tan difícil de precisar como es la "heren-
cia del pasado en el presente".

III. El proceso de "federalización".

Desde mediados del siglo XIX se observan indicios que manifiestan el interés del centro por recuperar sus sistemas de control. Este proceso se continúa con mayor celeridad durante el Porfiriato, hasta terminar con una nueva reordenación del sistema económico y político. Perseguir un proceso tan complicado, que se manifiesta en forma diversa y en todos los niveles (político, económico y social), es sin duda tarea ardua, pero que debe comprenderse si se quiere conocer el origen de nuestras actuales estructuras económicas y de poder.

De todos es sabido que a principios del siglo XIX la palabra "federación", en el lenguaje político de la época, era sinónimo de desorganización ("¿para que federarnos estando unidos?" se pregunta Mier). A finales del siglo, sin embargo, el término federación -

29 La Constitución Federal de 1824 prohibía explícitamente, en sus prevenciones generales, que "ningún estado entrara en transacción o contrato con otro", Dublán y Lozano, ob. cit. enero 31 de 1824. Pero habría que estudiar detenidamente el caso original de una coalición entre varios estados de la República, independientes del gobierno central. Nos referimos al plan de Coalición de los Estados de Occidente, encabezado por Francisco García desde Zacatecas, quien proponía la unión de Querétaro, Guajalajara, Morelia, Jalisco, San Luis Potosí y Zacatecas, en julio de 1833. El plan incluía la formación de un ejército de los estados coaligados, con autonomía de las autoridades locales. Este plan fue aprobado por el ejecutivo el 12 de Septiembre de 1833, y fue anulado el 2 de diciembre del mismo año.

connota un poder central fuerte que organiza y define la política del Estado. En las páginas siguientes tratamos de descubrir algunas de las líneas de fuerza que anudan este largo proceso.

Una lectura rápida de los decretos sobre Rentas Públicas - (sin tomar en cuenta las modificaciones menores o temporales introducidas por algunos gobiernos de los Estados), señala que entre 1824 y 1840 le pertenecían al Estado federal las siguientes:

1. Los derechos de importación y exportación de todos los artículos que pasaban por las aduanas marítimas y fronterizas, y los derechos sobre consumo de mercancías extranjeras.
2. Los productos de la venta del tabaco, correos, lotería nacional y salinas (los antiguos estancos), y un impuesto de 4 por ciento sobre la moneda acuñada.
3. Los bienes nacionales, o sea los bienes expropiados a la inquisición y a los jesuitas, y el producto derivado de la venta de terrenos baldíos. (30)

De esos ingresos la mayor parte correspondía al comercio exterior (60 o 70 por ciento), y dadas las condiciones políticas externas e internas de la época, eran bastante irregulares y a menudo eran confiscados por las fuerzas invasoras o por los nacionales que apoyaban a éstas o se levantaban por su cuenta contra el centro. Además, como observa Valadés, "la hacienda pública, desde el Trigarante, dependió de la confianza y no de la obligación"; (31) y esa

30 Ley del 4 de agosto de 1824, Dublán y Lozano, ob. cit.

31 José C. Valadés, Orígenes de la república mexicana. México, Editores Mexicanos Unidos, 1972. p. 63.

confianza era lo que precisamente no inspiraban los diversos gobiernos que se sucedieron en este tiempo. Por lo tanto, la característica más saliente del ingreso público fue su irregularidad. Por otra parte, los ingresos aduanales, además de la dificultad para cobrarlos, padecieron las vicisitudes del período anterior: alzas y bajas constantes de los aranceles, motivadas en la mayoría de los casos por las penurias del gobierno del centro y por la necesidad de hacer frente al contrabando, la gran plaga de la época. A veces, para aumentarlos se aducía una política proteccionista que no ocultaba bien los motivos reales de cubrir tal o cual pago al ejército o a la burocracia federal. Para bajarlos se argumentaba el peligro del contrabando:

"haber acreditado la experiencia que la reducción de los derechos disminuye el estímulo de defraudarlos". (32)

Por lo que se refiere a los ingresos derivados de los antiguos estancos, éstos también sufrieron alteraciones importantes durante el período, e incluso algunos desaparecieron temporalmente. El más importante de todos, el del tabaco, fue además mermado por uno de los contrabandos internos mejor organizados de la época. (33) Otros ingresos, como los que se extraían de los bienes confiscados a la Iglesia y de la venta de terrenos baldíos, se fueron reduciendo por ventas hechas para amortizar la deuda nacional, o se hipotecaron para contratar empréstitos (caso del fondo de las Californias).

32 Ley del 3 de mayo de 1843, Dublán y Lozano, ob. cit.

33 Ver la novela de Luis G. Inclán, Astucia. México, Editorial Porrúa, S. A., 1969.

Ante la irregularidad y merma de los ingresos básicos, el gobierno central buscó otras fuentes. Por ejemplo, desde 1832 se ordenó que cada uno de los Estados de la República contribuyera con un 30 por ciento del total de sus rentas para gastos de la federación. ⁽³⁴⁾ Pero esa contribución sólo la cubrieron algunos estados, y nunca con regularidad. Además de la resistencia que ofrecían los estados a pagar esa cuota por la crítica situación que ellos mismos padecían o por motivos políticos, era un hecho que la mayoría de los gobiernos estatales no aceptaba que la federación les arrebatara esos ingresos porque no veían con claridad que función cumplía aquélla, que relación guardaba con los estados, ni que beneficios podían derivarse para ellos y para el país. Más bien entendían que el beneficiario directo de sus contribuciones sería la ciudad de México, y los políticos y burócratas que pululaban en ella. Tan arraigadas estaban estas convicciones, que la Secretaría de Hacienda tuvo que expedir en 1833 la siguiente circular a sus empleados:

"Es necesario que se penetren bien de un principio que ha sido echado en el olvido, a saber: que la Federación y los Estados no son entes distintos entre sí, que la primera no consiste, como vulgarmente se cree, en las personas que componen el gobierno general; que los intereses de la primera son intereses de los segundos, y en una palabra, que las autoridades y funcionarios de la Federación per-

34 Ley de 11 de febrero de 1832, . Dublán y Lozano, ob. cit.

tenecen a los Estados, porque tienen a su cargo aquellas ramas de la administración pública que por interesar a ellos, o a muchos, no pueden administrarse por ninguno en particular".⁽³⁵⁾

Además de estos problemas, la inestabilidad política de las primeras décadas del siglo y la debilidad de los gobiernos del centro, conspiraron contra toda reorganización de las rentas federales. Pero ya en la década de 1840-50, apoyándose en medidas de excepción que permitía el tiempo de guerra, los gobiernos "liberales" iniciaron el proceso de apuntalar las rentas del erario federal. Una de las primeras medidas fue establecer rentas "fijas" y "seguras", que permitieran hacer frente al gasto público oportuna y regularmente. Para alcanzar este fin se siguieron, al parecer, dos rutas. Una tendía a canalizar hacia la federación recursos internos (a través por ejemplo de los impuestos sobre bienes raíces), que en principio correspondían a los municipios. La absorción de los derechos aduanales por la federación es otro ejemplo de este procedimiento, pues estos ingresos constituían a fines de la colonia uno de los principales fondos del Cabildo de la ciudad de México.⁽³⁶⁾ El otro camino que se siguió fue romper las fronteras aduanales que limitaban la circulación de bienes producidos en el país, ya que el sistema de alcabalas que cada estado hacía cumplir en su territorio fortalecía la formación de centros y regiones privilegia

35 Circular del 29 de marzo de 1833, Dublán y Lozano, ob. cit.

36 Véase Timothy E. Anna, "The Finances of Mexico City during the War of Independence", Journal of Latin American Studies, vol. 4, mayo 1972. pp. 55-75.

das, que en última instancia ofrecían resistencia a la federación. Ambos tipos de medidas se dan paralelamente en los mismos años.

Desde 1835, aunque como medida excepcional, se había decretado una imposición extraordinaria que gravaba a todas las fincas urbanas (uno por ciento del valor de éstas) con el fin de cubrir los gastos del gobierno federal.⁽³⁷⁾ Pero fue hasta la década - de 1840 cuando se estableció formalmente, como renta de la federación, la contribución directa sobre fincas rústicas y urbanas,⁽³⁸⁾ y las contribuciones sobre establecimientos industriales, - profesiones, sueldos y salarios.⁽³⁹⁾ Sin embargo, hay que señalar que para recaudar esas nuevas imposiciones el gobierno federal requería de una extensa y eficiente burocracia, que no podía pagar y que tampoco podía crear de un día para otro. No pudiendo hacer ninguna de las dos cosas, la federación optó, como en tiempos de los habsburgos, en delegar esas funciones o en gratificar, mediante sobresueldos, a las personas que debiendo cumplir otras tareas, aceptaban también las de recaudar impuestos. Así, en 1847 se mandó que cuando la percepción de contribuciones estuviera encomendada a oficinas que administraran otros ramos

"se abonará, por gastos de recaudación, a los empleados que sean responsables de ella un 5% sobre lo que recauden directamente, y el 1% sobre los -

37 Ley del 21 de diciembre de 1835, Dublán y Lozano, Ob. cit.

38 Ley de 11 de marzo de 1841, Dublán y Lozano, ob. cit.

39 Véanse los decretos de 5, 6 y 7 de abril de 1842, y la ley de 11 de octubre de 1846, Dublán y Lozano, ob. cit.

enteros de sus subalternos".⁽⁴⁰⁾

Dejando a un lado los procedimientos, es un hecho que a partir de estos años la Federación se propuso centralizar los ingresos y fortalecer el poder económico y político del gobierno federal. En esta tarea participaron decisivamente los "liberales" y "federalistas". Mariano Otero, por ejemplo, que antes "reaccionó contra la idea de un Estado fuerte en 1833 y contra el centralismo en 1836",⁽⁴¹⁾ apoyó, como presidente del Senado, esas leyes que, en última instancia, no buscaban otra cosa que establecer un gobierno federal fuerte.

Un propósito semejante perseguían las leyes dictadas en favor de la supresión de las alcabalas, aunque la reacción que suscitaron en los estados y regiones del interior fue mucho más violenta. En octubre de 1846 hubo un primer intento de suprimirlas, alegándose beneficiar a la industria y el comercio, pero el propósito no se cumplió debido a la oposición que levantó esta iniciativa entre los grupos políticos de los estados.⁽⁴²⁾ Reacción más que natural, puesto que en la época de la "Anarquía", los gobiernos de los estados, y detrás de ellos, los caciques y hombres fuertes que los sostenían, habían fundado en el cobro del derecho de alcabalas sobre la circula

40 Ley de 27 de abril de 1847, Dublán y Lozano, ob. cit.

41 Charles Hale, El liberalismo mexicano en la época de Mora. México, Siglo Veintiuno Editores, 1972. p. 192.

42 Por ejemplo, en el decreto de 9 de noviembre de 1846 que revocaba la orden de suprimir las alcabalas, se dice: "en vista de las exposiciones con que han pedido se revoque esta resolución algunos Estados y particulares, y del anuncio de los males que de llevarse a efecto pudieran resultar a la República, queriendo se parar de mi propia responsabilidad la que de esa medida pudiera provenir...", Dublán y Lozano, ob. cit., T. V, p. 188.

ción y venta de mercancías en sus territorios uno de los pilares -
que sostenían su economía y su independencia frente al centro.⁽⁴³⁾
Poco más tarde, en la época de Juárez, cuando el gobierno federal
tuvo ante el país entero el aura que le proporcionó su doble triun-
fo sobre el conservadurismo nacional y el imperialismo, se volvió
a pedir la supresión de las alcabalas, bajo el argumento de acabar
con las limitaciones que estancaban la circulación de mercancías
y frenaban el libre desarrollo de la industria y la agricultura.
Con todo, bajo el gobierno de Juárez sólo se logró suprimir el de-
recho de alcabala (que entonces se llamó de portazgo) en los terri-
torios (las regiones más débiles políticamente) y en los estados -
de Coahuila, Chiapas, Tamaulipas y Campeche (que padecían el mismo
mal que los territorios). En las demás, a pesar de la prohibición
constitucional, la alcabala continuó cobrándose porque era la fuen-
te principal de ingresos y porque la federación no podía atender -
las necesidades de los estados con otros recursos. Como es sabido,
la supresión de este impuesto sólo se hizo efectiva en la época de
Porfirio Díaz, es decir, hasta que se estableció un gobierno cen-
tral política y económicamente más fuerte. Y cuando se suprimieron
las alcabalas los principales afectados fueron los grupos regiona-
les poderosos y el ayuntamiento de la ciudad de México.

La supresión de las alcabalas como arma para quebrantar el
poder económico y político de los hombres fuertes y caciques pro-
vinciales no ha sido estudiada. Pero es un hecho que esta medida
tuvo como fin, entre otros, destruir el sustento económico que le

43 Florescano y Lanzagorta, art. cit., pp. 83 y 90.

daba fuerza a estos hombres. Las alcabalas les daban a los gobernadores y caciques regionales no sólo ingresos considerables, sino la posibilidad de establecer una extensa red de relaciones económicas y políticas con individuos de diversa condición, quienes quedaban así estrechamente vinculados al dispensador de puestos y privilegios. Recuérdese un sólo caso. Santiago Vidaurri, jefe político de la zona de Monterrey, recibía sólo por concepto de los derechos aduanales que pagaba el algodón norteamericano que se introducía por la aduana de Piedras Negras, 50,000 pesos mensuales. (44) Con esos ingresos, más los provenientes de la alcabala y otras rentas regionales, Vidaurri se estableció como uno de los hombres fuertes más poderosos del norte. Además de su poderío económico, llegó a tener fuerza militar a sus órdenes y una gran influencia política sobre una vasta área de su región.

El caso del ayuntamiento de México también ilustra esta tendencia del centro a reducir el poder político de las provincias y unidades políticas autónomas, mediante el recortamiento de los recursos económicos. Al perder el ayuntamiento las contribuciones directas y los derechos de alcabala que antes percibía, los cuales constituían la mayor parte de sus ingresos, quedó reducido a sostenerse de los ingresos derivados del consumo de pulques, cervezas y licores, panaderías, rastro, circulación de coches y diversiones públicas. Además, fue afectado por otras disposiciones que le restaron facultades y que se adscribieron a la federación. Por ejem-

44 Véase Alejandra Moreno, "Cambios en los patrones de urbanización en México, 1810-1910", art. cit., p. 175 y ss.

plo, en un folleto firmado por los miembros del cabildo de México en 1856, se exponen las siguientes quejas. En primer lugar, el ayuntamiento critica que la federación maneje los presupuestos del ayuntamiento y deje en cambio al municipio la obligación de recaudarlos. Esto, dicen, produce una doble anomalía: por una parte la tesorería general lleva la cuenta de gastos del municipio pero ignora los ingresos que éste recibe; y por otra, el municipio recibe ingresos pero no tiene la facultad de asignarlos.

También señalan los miembros del ayuntamiento que de hecho una parte importante de los ingresos municipales se destinaba a cubrir gastos de la federación (sueldo del gobernador del Distrito Federal, pago del préstamo que hizo el clero al gobierno durante la intervención norteamericana, etc.), en detrimento de la inversión en los ramos tradicionales del municipio (cárceles, alumbrado, limpia, obras). (45)

Sin embargo, estas medidas más que lesionar económicamente al municipio (puesto que desde la independencia había vivido una continua bancarrota), lo afectaron políticamente. En primer lugar porque las plazas de empleados "de confianza" que usualmente adscribía el mismo municipio (inspección de obras, almacenes, etc.), ahora eran designadas por el gobierno federal para resolver compromisos políticos "pasándole un simple aviso, como podría haber hecho a una oficina subalterna para la simple tomo de razón". O sea que, según los miembros del cabildo, de esta mane-

45 Véase para todo esto el folleto Exposición que el ayuntamiento de la capital ha dirigido al Exmo. Sr. Ministro de Gobernación para que suspenda la ley de presupuestos, en la parte que afecta a los fondos municipales. México, Imprenta de Vicente G. Torres, 1856.

ra la federación

"de una manera tácita y encubierta se propuso de un golpe declarar innecesaria la existencia del Ayuntamiento, extinguir sus oficinas, reasumir sus fondos, hundir los ramos municipales del servicio público en el caos de la tesorería general, y destruir todo porvenir de mejora material en la capital de la República... El Ayuntamiento está por demás, y debe dar por concluidas sus funciones". (46)

Sin embargo, cuando se observa este proceso de absorción de las facultades del municipio por parte de la federación, no debe pensarse que antes éste disfrutó de autonomía real. Debe recordarse, como lo ha señalado Richard M. Morse, que la "autonomía" municipal en la colonia fue, más que una conquista ciudadana, un privilegio otorgado por el rey, una merced, y que en las ciudades latinoamericanas el ayuntamiento no llegó a ser un cuerpo de elección directa: fue más bien un cuerpo designado. (47) Durante el siglo XIX, lo más que se avanzó en este sentido, fue en la elección de los llamados "electores", quienes a su vez designaban a los miembros del ayuntamiento, pero siempre bajo la vigilancia de los jefes políticos. Esta dependencia es la que se refleja en la solicitud que el ayuntamiento eleva a la federación para que le de

46 Ibid., p. 12.

47 Véase Richard M. Morse, "Prolegómenos a la historia urbana latinoamericana" en Las ciudades Latinoamericanas 1. Antecedentes México, Setecientos, 1973.

vuelva sus ingresos, pues la apoya en el siguiente razonamiento:

"porque además de que así lo exige el bien del Municipio, esto es conforme con el decoro de la corporación, que el mismo gobierno está interesado en conservar en todo su esplendor, - puesto que el actual personal de ella no tiene otro origen que el nombramiento con que el mismo gobierno quiso distinguirlo". (48)

Además, hay que señalar que si se afecta al cabildo como corporación, no por ello disminuye el papel predominante de la ciudad de México, ahora sede de los poderes federales, como escribe Guillermo Prieto:

"las condiciones peculiares en que encontraba nuestra sociedad unidas a la tradición colonial, hacían que siempre que se centraba el poder, la vida entera se refugiaba en México, fuente de empleos y favores, manantial de negocios, lugar de diversiones y de modas, punto de cita de los ricos de todas partes y repertorio en que la civilización exponía sus adelantos y tesoros". (49)

Por otra parte, separándose del análisis formal de la doctrina liberal, Charles Hale ha dicho con agudeza que "en el liberalismo político mexicano, los presupuestos administrativos continentales y de los últimos años de la época colonial corrian a mayor

48 Exposición que el Ayuntamiento... ob. cit, p. 15

49 Memorias de mis tiempos. México, Editorial Patria, 1969. p.374

profundidad que las fórmulas del federalismo jurídico y de la autonomía local" (50). Y puede decirse que esta afirmación es mucho más válida para la segunda mitad del siglo XIX. En la primera parte de esta centuria se afirmó la convicción de crear un estado fuerte y centralizado, precisamente porque la debilidad del gobierno central había generado una constante inestabilidad política y el surgimiento de poderes provinciales que desafiaban a la Federación o actuaban con independencia a ella. Cuando con Juárez y con Porfirio Díaz se sentaron las bases de un poder central fuerte, estas ideas se comenzaron a aplicar con celeridad, hasta llegar a producir una nueva reordenación del país a partir del centro. Como escribió José María Luis Mora:

"nuestra federación se ha hecho de modo inverso a la de los Estados Unidos... del centro a la periferia". (51)

El propósito de estas líneas es el de señalar la importancia de este proceso y la necesidad de estudiarlo. De hecho no sabemos nada acerca de los mecanismos políticos, económicos y sociales que se pusieron en movimiento desde el centro para conseguir este objetivo. Y todavía puede decirse que sabemos menos de las resistencias y oposiciones de esta tendencia suscitó en las regiones e intereses que resultaron afectadas.

50 Ob. cit. p. 95

51 Citado por Hale, Ob. cit., p. 92

IV. La nueva integración del territorio.

Al principio de este ensayo recogimos la idea de que toda organización del espacio se produce por la suma de los nuevos determinantes sociales que se crean en su seno y las formas cristalizadas del espacio históricamente constituido. Más adelante tratamos de percibir la huella de estos procesos en el surgimiento y formación de algunas regiones del país. Hay que agregar ahora que, a lo largo de ese tiempo, las corrientes de circulación en el territorio casi no fueron alteradas por cambios tecnológicos de importancia. Es decir, la distancia entre un punto y otro del espacio venía a ser casi la misma para todo tipo de transporte y para todos los habitantes. El transporte por mula, caballo o carreta abreviaba sólo en horas el recorrido que se hacía a pie. La dimensión temporal del territorio no ofrecía diferencias agudas, ni dentro de las regiones ni entre éstas. Esta conformación del espacio y de sus dimensiones temporales sufrirá un cambio sustancial a fines del siglo, que provocará a su vez una reordenación del territorio. El agente principal de esta nueva articulación del espacio será el ferrocarril, "el gran propulsor del progreso", el deparador de la "felicidad pública", el instrumento maravilloso que habría de introducir al país en "las corrientes mundiales de desarrollo".

"Las proyectadas vías de ferrocarriles, que haciendo de Lagos el centro de un sistema de ferrocarriles, se encaminen de ahí a México para ligarse con el de Veracruz, al Pacífico y a la frontera norte para u-

nirnos con el sistema de ferrocarriles de los Estados Unidos y ofrecer al comercio de Europa y Asia un gran puente desde Nueva York hasta uno de nuestros puertos en el Pacífico.... Si estos propósitos se lograsen, y todo hace presumir que la República se encaminará a estos objetos, quedará asegurado para siempre - el desarrollo material de México". (52)

Sin embargo, entre estas esperanzas y proyectos, y la realidad resultante, se han descubierto, aquí y allí, frustraciones y desviaciones que sólo ahora han comenzado a interesar a los historiadores, porque de estas distorsiones provienen muchos de los problemas actuales del país. En primer lugar puede observarse que hay una gran diferencia entre los proyectos iniciales de rutas de ferrocarril que buscaban integrar al país y hacer de él el centro de tránsito de mercancías entre Europa y Asia, y la red ferroviaria que finalmente se implantó. En otras palabras, la introducción del ferrocarril no sólo no corrigió los desequilibrios regionales que ya existían, sino que aumentó éstos en forma desmesurada y creó otros nuevos. En otro estudio se ha mostrado gráficamente el diseño desequilibrado del territorio que produjo el ferrocarril. (53)

52 Proyecto que presenta la Compañía Limitada de los Ferrocarriles Interoceánico e Internacional. México, 1873. Archivo del Antiguo Ayuntamiento. Ferrocarriles. El proyecto está firmado por Antonio Mier y Celis, Pedro del Valle, Esteban Benecke; Angel Lascurain, Guillermo Barron, Miguel Rul, Cayetano Rubio, Miguel Lizardi, Pio Bermejillo, David Fergusson. Sebastian Camacho, Carlos Felix, Manuel Mendoza Cortina y José Ma. Larda.

53 Alejandra Moreno, Art. cit. mapa 3. Reproducimos ese mapa al final de este estudio (mapa 6).

En ese estudio se midieron las distancias entre la capital del país y las ciudades que quedaron conectadas con ella por el ferrocarril, y el tiempo que se necesitaba para recorrerlas. En el mapa que se realizó para expresar este fenómeno, puede verse con toda claridad que sólo las principales ciudades del centro, las ciudades de la frontera norte y el puerto de Veracruz, fueron los realmente beneficiados, puesto que acortaron considerablemente el tiempo-distancia que las comunicaba con los centros de distribución e intercambio hacia donde confluían las rutas ferroviarias. En cambio, quedaron de hecho desintegradas del país inmensas regiones del sur y de la costa del Pacífico. O sea que las dos consecuencias mayores que produjo la red ferroviaria fueron, por una parte, devolverle a la ciudad de México su antiguo lugar de centro monopolizador de la riqueza nacional, y por otra, vincular más estrechamente al país con la potencia del norte y el mercado mundial que ésta representaba.

En un estudio reciente e importante, Coatsworth ha señalado que si los ferrocarriles permitieron la circulación permanente de algunos productos a distancias mayores, esto fue particularmente cierto para los productos de exportación, y debido sobre todo al establecimiento de tarifas discriminatorias que beneficiaban a mercancías y productos que recorría distancias más largas. (54)

54 John H. Coatsworth, "Porfirian Railroads and the Economic Development of Mexico", 1970. Mimeografiado. La tesis doctoral inédita de Coatsworth sobre los ferrocarriles en la época de Porfirio Díaz, se publicará próximamente en la colección SepSetentas.

Además, el hecho de que los ferrocarriles favorecieran el transporte a larga distancia y los productos de exportación, necesariamente afectó a las circulaciones regionales y aumentó las desigualdades entre regiones exportadoras y centros administrativos y las zonas rurales que quedaron desintegradas del sistema de circulación. E importa subrayar, por otra parte, que esa reorganización del espacio se diseñó por encima de los requerimientos específicos de algunas regiones ya constituidas como centros de circulación de cierta importancia. O sea que las articulaciones comerciales y los mercados ya organizados a nivel regional que se habían ido conformando con anterioridad, se verán afectadas con gran violencia por las nuevas rutas de circulación, puesto que el cambio de rutas se acompañó de un cambio tecnológico sin precedentes en la historia de las comunicaciones, y con el cual no podían competir las regiones que quedaban excluidas de él. Hay que recordar además que este cambio se efectúa con una brusquedad sin paralelo en la historia de México, puesto que entre 1882 y 1906 queda completada la red de ferrocarriles. Más todavía, si se estudia este proceso a escala regional, se verá que el cambio y las transformaciones que produjo fueron aún más veloces. Todo esto puede explicar, tanto la tremenda mutación que significó la introducción del ferrocarril, como la tenaz oposición, las resistencias profundas que a escala regional manifestaron diversos grupos que no lograron adaptarse a la rapidez del cambio tecnológico organizado desde el centro del país.

Con todo, estas mutaciones tremendas y las deformaciones y -

efectos variadísimos y complejos que produjeron, han recibido muy poca atención de los estudiosos. Principalmente porque quienes primero estudiaron los ferrocarriles, compartían las ideas y esperanzas de sus promotores. En consecuencia, sólo se han visto sus beneficios, y sobre todo, su papel en la integración de un mercado que esos estudiosos llamaron precipitadamente "nacional". Aquí se han tratado de exponer algunas ideas que contemplan el otro lado del problema, que para nosotros es sin duda el importante, puesto que la integración de un mercado no nacional, sino para beneficio de los exportadores de productos primarios y los comerciantes e intermediarios de la ciudad de México, y la vinculación del país a la economía del norte, son los hechos significativos, perdurables y totales, que destacan en la historia del México de ese tiempo. Para concluir, veamos algunos casos que expresan con más fuerza las hipótesis anteriores.

En el noroeste, que ya desde la Guerra de Sucesión había establecido lazos comerciales con E. U. A., se da una integración económica más fuerte con este país a partir de la aparición del ferrocarril. En 1882 el ferrocarril de Sonora une a Guaymas con Nogales y con ello se abre una puerta más amplia a las inversiones norteamericanas. En 1890 se hacen las primeras inversiones Guggenheim en la ASARCO; en 1902 diversas compañías norteamericanas poseían más de un millón de hectáreas en Sonora y en 1906 se estableció en esa región la Cananea Consolidated Copper Company. (55) Una

55. Barry Carr, "Las peculiaridades del norte mexicano, 1800-1927. Ensayo de interpretación", Historia Mexicana. vol. XXII, enero-marzo 1973. pp. 320-346.

colonia de emigrantes norteamericanos, de tipo socialista, pero apoyada por compañías norteamericanas interesadas en el ferrocarril, - el puerto de Topolobampo y la explotación de los recursos del Valle del Fuerte, se establece en esta región por las mismas fechas.

El surgimiento de este "nuevo" norte entrará en conflicto - con los grupos ahí establecidos desde el siglo XVIII, y aún antes, ocupados en modestas transacciones comerciales de cabotaje y en explotaciones mineras y agrícolas de las que eran los principales beneficiarios. Sobre todo porque las concesiones otorgadas a los nuevos inversionistas y colonos, negociadas a nivel político con el gobierno central, se harán sin considerar los intereses locales lentamente constituidos durante siglo y medio de "vida de frontera".

En El Bajío, la introducción de los ferrocarriles modificó profundamente la antigua organización del espacio. Así, Lagos, el centro tradicional de comercio entre San Luis Potosí, Zacatecas, - León, Guadalajara y México, famoso por su feria anual, perdió toda importancia económica desde el momento en que el ferrocarril lo marginó, pasando por la Barca. Hoy conserva sólo un papel regional como centro de peregrinación.

León, cuya población había llegado a sumar 59,000 habitantes a principios de siglo, era considerada una ciudad "esencialmente industrial" y le disputaba a Guadalajara el papel de tercera ciudad del país, entró repentinamente en "plena decadencia" como consecuencia de la introducción del ferrocarril, y perdió una cuarta

ta parte de su población. (56)

Por otro lado, al inhibir o afectar la circulación regional de productos, el ferrocarril desencadenó "efectos depresivos" en las economías de los pequeños productores locales, quienes satisfacían mercados intra o interregionales. (57) Estos efectos se observan también en las poblaciones pequeñas y medianas de El Bajío, las cuales experimentan un descenso de sus habitantes entre 1877 y 1910. (58) Depresiones semejantes sufrieron los poblados situados a lo largo de las antiguas rutas de circulación, que al ser abandonados o reducirse el tráfico comercial en ellos afectaron la vida de las poblaciones que dependían del camino. Y sobre todo, los pequeños y medianos agricultores, artesanos, fabricantes y comerciantes provinciales quedaron en desventaja, puesto que el cambio y el mejoramiento de las rutas trajo consigo un cambio en los mercados, el crédito y la circulación al que no estaban adaptados.

En suma, la nueva reorganización del espacio que se observa a fines del siglo XIX fue motivada, como en ocasiones anteriores, por requerimientos externos a las necesidades de las regiones, y en última instancia, de la nación. Lo prueba la confluencia de las vías férreas en la capital del país y su prolongación, desde ese punto, a los centros fronterizos y puertos. Es otra vez el determinante de la ordenación del espacio y de su jerarquización

56 Estas y otros datos sobre los efectos de los ferrocarriles en -
Auguste Genin, Notes sur le Mexique, México, 1908.

57 Coatsworth, Art.cit.

58 Moreno Toscano. Art.cit., mapa 2

interna. Bastaría señalar que antes de 1870 el 60 por ciento del comercio exterior de México se hacía con diversos países europeos y sólo el 30 por ciento con E.U.A. En cambio, después de establecida la red ferroviaria, esta relación se invierte. (59)

Por último, no debe olvidarse otra característica importante de esta nueva organización del espacio. Es el Estado, o mejor el gobierno central, el que promueve y subsidia el cambio (otorgando concesiones o ^{exenciones} ~~exenciones~~ de impuestos). Es decir, estos cambios se hubieran retardado o no hubieran sido posibles sin la aparición de ese gobierno central fuerte que, contra las prédicas anteriores del liberalismo doctrinal que proclamaban el Laissez Faire, se arroga la función de promover y dirigir el cambio.

México, D. F., septiembre, 1973.

59 Francisco R. Calderón, et al. El Porfiriato, La Vida Económica en Daniel Cosío Villegas, ed. Historia Moderna de México. México, Editorial Hermes, 1965.

Este volumen se imprimió en las Oficinas del Departamento de Investigaciones Históricas. Se tiraron 100 ejemplares.

Si a la historia del país ancho y vigoroso se le denomina historia patria, patria sería la que se ocupa para de lo más cercano, íntimo y sentimental: la patria chica.

El microhistoriador suele ser un intelectual que trabaja aisladamente y con escaso reconocimiento. Puede decirse que su vocación es la de anciano, porque como dice Nietzsche "le conviene una ocupación de viejos, mirar atrás, pasar revista, hacer un balance, buscar consuelo en los acaeceres de otras épocas, evocar recuerdos". Sin embargo, la ocupación de Luis González y González no se restringe a la evocación o al anecdotario tradicional; su concepto de la microhistoria está colocado en una óptica que busca en qué medida lo concreto refleja las condiciones universales o los tiempos históricos de todo el país.

LUIS GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ e Invitación a la microhistoria

Ampliamente conocido por su obra *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia* (1968), Luis González y González ofrece en esta obra una interpretación de lo que es y concierne a la microhistoria — historia nacional vista desde el ángulo de la historia regional —, sus métodos y contribuciones al conocimiento de la historia local. La microhistoria requiere amor al terreno, minuciosidad, nostalgia: por eso, el autor propone para ella un nuevo nombre: "historia patria."



GONZÁLEZ Y GONZÁLEZ / Invitación a la microhistoria

UNIVERSIDAD DE GUATEMALA 47



SEP
CULTURA

UNR

Vol. 3600
Sánchez
9/4/41

BIBLIOTECA
JOVEN

MICROHISTORIA Y CIENCIAS SOCIALES*

EL PUEBLO TERRUÑO

AL QUE me referí en primera persona si ustedes me lo permiten, del que salí a los doce años de edad para incorporarme a la segunda urbe de la República Mexicana por siete años, y a la ciudad hoy más poblada del mundo por treinta y tres, era visto por la gente de corte urbano, como todas las poblaciones chicas, con un dejo peyorativo. Los oriundos de la comunidad de San José de Gracia no escapaban a la regla de ser objeto de desdenes y chistes. Yo lo fui al llegar tocado con gorra a una escuela de Guadajajara en una época fanáticamente sin-sombrerista y al hacer uso de una lengua paya, pueblerina.

Logré deshacerme del sombrero con rapidez y me hice de palabras y gestos gentiles que me permitieron comportar pasablemente con profesores, profesionistas, políticos y potentados de la urbe, y cuando ya iba muy adelantado en el camino de la urbanización empecé a percibir que los valores de la gente campesina dejaban de ser asunto de la humorística, eran cada vez menos el hazmerreír de los citadinos. Quizá hayan colaborado a convertir en meritorio lo poco antes desdeñable las películas pobladas de charros cantores y novias hacendosas,

* Ponencia presentada en el XLV Congreso de Americanistas celebrado en Bogotá, Colombia, del 1º al 6 de julio de 1985.

la radiodifusión de corridos y de canciones rancheras, las novelas de asunto rural que culminan en *Pedro Páramo* de Juan Rulfo y las actividades étnicas de INAH y de INI, instituciones fundadas en 1939 y 1948 respectivamente.

Aunque las modas del cine de jinetes, la radiodifusión de canciones folclóricas y las novelas de tema rústico pasaron relativamente pronto, los estudios académicos sobre la vida mexicana rústica y semiurbana han seguido multiplicándose. Son cada vez más numerosas las monografías de comunas indígenas hechas por antropólogos sociales. Son cada vez más apreciadas las historias pueblerinas escritas por aficionados y mejor acogidos los historiadores profesionales que consideran historiable la trayectoria de los miles de microcosmos de la República Mexicana. Por distintos conductos se produce la revalorización académica de los pueblos. Mi pueblo, mi San José de Gracia, antes ignorado o visto preyorativamente llega a ser tema de debate intelectual en universidades de México, San Diego de California, Maracaibo, Madrid, San Juan de Puerto Rico y Bogotá. Mi pueblo, en su papel de asunto, le ha acarreado miles de lectores a *Pueblo en vilo*, el volumen que escribí en 1967, cuando todavía el interés por las minisociedades no se volvía torrencial. Ahora lo es, y las preguntas sobre la meta, el método y la situación microhistórica me son planteados con frecuencia. A las preguntas respondo, para empezar, con la definición del microcosmos social objeto de la microhistoria. Suelo decir:

Tetruño, parroquia, municipio o simplemente minisociedad sólo sabría definirlos a partir de mi patria chica o patria. Desde esta perspectiva los veo como pequeños mundos que no cesan de perder, en estos tiempos de

comunicaciones masivas y transportes rapidísimos, sus peculiaridades. Quizá desaparezan en un futuro próximo, pese a la revalorización de que son objeto. Ahora todavía conforman a la mitad de los habitantes de la República Mexicana y a diez millones de mexicanos que han sufrido el doble destierro de su patria y de su patria, de su terruño y de su nación como los que trabajan en tierras estadounidenses. Hasta hace poco, no más de treinta años, la gran mayoría de la gente mexicana provenía de sociedades pueblerinas o terruños que ofrecían como características más visibles y comunes las siguientes:

Un espacio corto, abarcable de una sola mirada hecha desde las torres de la iglesia pueblerina o desde la cumbre del cerro guardián. Los terruños de mi país son trozos de tierra de quinientos a mil kilómetros cuadrados que suele equivaler a un municipio o una parroquia. Este ámbito es unas diez veces más corto que una región y cincuenta veces más chico que el promedio de los Estados de la República Mexicana. En ésta caben dos mil trescientos setenta y ocho patrias chicas o municipios, distinguibles entre sí pese a tener todos ellos muchos rasgos comunes.

La población de la gran mayoría de los municipios mexicanos no suele ser numerosa. Para decir algo, el noventa por ciento de los municipios de la República Mexicana rara vez pasa de los quince mil o veinte mil habitantes; en parte juntos en el pueblo o la villa, y en parte dispersos en el campo, todos en estrecha relación con el ambiente físico, ya por prácticas agrícolas o ganaderas, ya por el afecto. Los vecinos de una comunidad pequeña, parroquial, no sólo viven de actividades cam-

pestres, sin ruido de máquinas ni vistosos anuncios mercantiles. También se sienten emotivamente unidos a su tierra. Los lugareños hablan de ¡mi tierra! entre signos de admiración. En el destierro, la fijación afectiva al terruño es mayor. En cualquier tertulia de gente pueblerina que se ha ausentado de su pueblo se cae en la canción nostálgica y en la conversa sobre el paisaje nativo y el deseo de volver al regazo maternal de la tierra propia, ya para morir allí o ya para hacerla florecer de nuevo.

Cada municipio de la especie pequeña posee sus límites administrativos que lo separan de otros; cada uno suele tener su pueblo y sus rancherías; en todos pulula una población corta, unos miles de seres humanos que se conocen entre sí, que se llaman por su nombre y apellido o por su apodo. En sentido estricto, la sociedad municipal no es de ninguna manera anónima como la de las urbes. En uno a uno de los pueblos cada quien conoce a su vecino y muchas veces lo unen a él vínculos de sangre. Hay tierrecas, como la mía, donde todos los vecinos son parientes, donde va uno por la calle diciéndoles a los que encuentra: "buenos días, tío" "¿qu'hubo, primo", "án-dale, sobrino" . . . En ningún terruño se da el caso extremo a que alude el aforismo ("entre sí parientes y enemigos todos"), pero no son raras las enemistades entre parroquianos que desaparecen y se mudan en amistad cuando los distanciados llegan a coincidir en el mismo destierro. En las comunidades pequeñas, las ligas de orden social son poco acusadas en el orden económico y mucho en el orden sanguíneo. En cuestión de discordias, la lucha entre familias le hace sombra a la lucha de clases.

No en todos los terruños mexicanos existe o ha existi-

do un mandamás o cacique, pero sí en la enorme mayoría. En pocos municipios el presidente municipal y los municipales son las verdaderas autoridades. Los ayuntamientos suelen ejecutar las órdenes del líder comunitario que ha conseguido imponerse a sus coterráneos ora por ascendencia moral, como sucede con los curas caciques, ora por su poderío económico o su fuerza física, como es el caso del don Perpetuo, el de las caricaturas de Rius. Es raro el terruño (y lo era más en el pasado inmediato) sin templo parroquial, sin palacio municipal y sin mandamás. Este, por supuesto, casi siempre en buenas relaciones con una élite en la que no faltan el todista, el mentiroso, los ricos y los viejos de la comuna mayor y de las rancherías.

Sería exagerado decir que en cada parroquia o municipio imperan valores culturales totalmente propios, una filosofía y una ética diferentes, o si se quiere, una distinta visión del mundo. Con todo, en tratándose de México, es posible escribir ampliamente de las culturas locales, de los valores que le dan sentido y cohesión a cada uno de los tres mil de la República. Lo común es encontrar comunidades con sus propias maneras de dar gusto al cuerpo, sus propios comestibles y fritangas. En la mayoría de estas células de la sociedad mexicana hay matices éticos o costumbres que las diferencian de sus vecinas. Cada terruño de México tiene su liturgia específica para mantener providente y-amigo a su patrono celestial, a su santo patrono. Cada una de las miles de las fiestas patronales que se celebran en México tiene su modo particular de ser. Lo mismo puede decirse de las artesanías locales.

Ignacio Ramírez, el hombre de la reforma liberal de

México cuya perspicacia no se pone en duda, llegó a decir que México no era una nación sino un conjunto de naciones diferentes. Afirmar de México que es un mosaico multicolor suena a verdad de a kilo. No es necesario insistir en la osatura troceada de México, en los miles de Méxicos, en "many mexicos", en multi-México, en un país altamente plural desde antes de la conquista española y confirmado en su multicolorismo por esa conquista. Los españoles que forjaron la nacionalidad mexicana provenían de un país que era suma de muchas particularidades, de muchos compartimientos estancos.

En México, y no sólo en él, el terruño (espacio abaricable de una sola mirada, población corta y rústica, mutuo conocimiento y parentesco entre los pobladores, fijación afectiva al paisaje propio, régimen político patriarcal o caciquil, patrono celeste y fiesta del santo patrono, sistema de prejuicios no exento de peculiaridades) el terruño, también llamado mi tierra, el municipio, la parroquia, el pueblo y la tierra, fue en la época precapitalista, desde la dominación española hasta el ayer de los días del presidente Cárdenas, una realidad insoslayable y todavía lo es en menores proporciones. Los esfuerzos de la modernización no le han quitado a México su naturaleza disímbola. Es un país de entrañas particularistas que revela muy poco de su ser cuando se le mira como unidad nacional; hay que verlo microscópicamente, como suma de unidades locales, pero sin dejar de atender a esas otras unidades de análisis que son la región, el Estado y la zona. En pocos países del mundo, como en México, se justifica el análisis microhistórico,

LA MICROHISTORIA

Como método para dar con la clave de una nación. En 1971 propuse la microhistoria para el multiméxico, y catorce años después, sigue válida, a mi modo de ver, la propuesta, aunque con variantes en su formulación. Entonces tenía vagos los conceptos de terruño y microhistoria. No se me alcanzaba la diferencia entre la breve comunidad del terruño donde predominan los lazos de sangre y de mutuo conocimiento y la mediana comunidad de la región donde son particularmente importantes los lazos económicos. No distinguía a plenitud entre un pueblo, cabeza de una tierra, y una ciudad mercado, núcleo de una región. Por lo mismo, confundía la historia regional con la historia parroquial. A una y otra las llamé microhistoria o historia patria.

El término de microhistoria —pienso hoy— habrá que reservarlo para el estudio histórico que se haga de objetos de poca amplitud espacial. Es un término que debería aplicarse a la manera espontánea como guardan su pretérito los mexicanos menos cultos, mediante la historia que se cuenta o se canta por los viejos en miles de terruños. El papá grande de la microhistoria que se postula aquí es el papá grande de cada pueblo que narra con sencillez, a veces en forma de canción o corrido, acaceres de una minicomunidad donde todos se conocen y reconocen.

De la microhistoria cantada o cantada por los "viejos" se suele pasar a la microhistoria escrita por los muchos aficionados o "todistas" pueblerinos. En México abundan las historias parroquiales escritas por gente de cultura general. Se trata de microhistoriadores sin con-

tacto con la vida universitaria, que sí en vigorosa comunicación con la vida lugareña. No frecuentan aulas, pero sí cafés y bares. Por lo demás, es difícil definirlos porque a la microhistórica acude gente de muy distinta condición. Y sin embargo, es posible rastrear en ellos algunos rasgos comunes: la actitud romántica, entre otros.

Lo he repetido muchas veces y lo hago una más: "Emociones que no razones son las que inducen al quehacer microhistórico. Las microhistorias manan normalmente del amor a las raíces", el amor a la madre. "Sin mayores obstáculos, el pequeño mundo que nos nutre y nos sostiene se transfigura en la imagen de la madre... Por eso, a la llamada patria chica le viene mejor el nombre de *matria*", y la narrativa que reconstruye su dimensión temporal puede decirse, además de microhistoria, *historia matria*. En la gran mayoría de nuestros cronistas locales anida el "mamaísmo", la "mamitis", el amor impetuoso al ámbito maternal. El microhistoriador espontáneo trabaja "con el fin, seguramente morboso, de volver al tiempo ido, a las raíces, al ilusorio edén, al claustro del vientre materno".

Con todo, al microhistoriador edípico no solía desdoblarse por eso. Si los científicos sociales lo han mirado como al pardear es por que se ocupa de nimiedades e hilvana sus relatos con poco oficio. Quizá sólo cursó la primaria. Quizá sea profesional, pero no historiador con título. Normalmente le falta tesitura intelectual; no posee la teoría de su práctica. "Con mucha frecuencia ignora las fuentes de conocimiento histórico" y no sabe hacer acopio de fichas. También padece de mucha credulidad y poca pericia crítica. Sus libros están generalmente hartos de amor al terruño y ayunos de investigación

rigurosa. Por su poco oficio, cae con frecuencia en el vicio de la *bybris*, rebasa la medida de la razón. Según Leuilliot: "El microhistoriador tiende a desbordarse, en lugar de restringirse a un tema. No dudará en meter una digresión, a menudo muy erudita, en una monografía aldeana; no eliminará, sistemáticamente, todo lo que pueda aparecer sin relación con su tema... Lo multidisciplinario se realiza vigorosamente en los cronistas." Casi todos muestran una enorme capacidad para referirse a todo y una soberana incapacidad de síntesis. Sus obras suelen ser verdaderos mazacotes; libros de todas las cosas y de algunas más.

Pero la historiografía parroquial o microhistoria no está comprometida con la impericia hasta el grado de no poder superarla. No es esencial en la microhistoria el ser simple enumeración de hechos y el no saber esculpir imágenes interinas del pasado, acopiar pruebas, hacer crítica de monumentos y documentos, percibir las intenciones de la gente y realizar, como mandan los manuales de metodología científica, las operaciones de síntesis. De hecho, ya se está haciendo una microhistoria de carácter científico, guiada por el criterio de la veracidad de los hechos y la comprensión de los hacedores.

La nueva microhistoria sale al encuentro de su pequeño mundo con un buen equipo de preguntas, programa, marco teórico, ideas previas y prejuicios, y en definitiva, con una imagen, provisional del pasado que se busca. El nuevo microhistoriador, el que ha recibido formación universitaria para investigar lo sido, se somete a rigores de método más penosos en algunas etapas del viaje, que los padecidos por quienes practican las demás historias. En la etapa heurística, de aprendizaje para uno mismo,

de acopio de información, la especie microhistórica está sujeta a leyes más ásperas que las demás especies metidas en la averiguación del pasado.

La gente encopetada y los hechos de fuste, asunto de las macrohistorias tradicionales, ha dejado muchos testimonios de su existencia, no así la gente humilde y la vida cotidiana, objetos de la microhistoria. Por lo mismo, ésta se ve obligada a echar mano de pruebas vistas desdénosamente por la grande y general historia. La micro se agarra de luces tan mortecinas como las proporcionadas por las cicatrices terrestres de origen humano; por los utensilios y las construcciones que estudian los arqueólogos y por la tradición oral, cara a los etnólogos. Echa mano también de papeles de familia (cartas privadas y escrituras contractuales); registros eclesiásticos de bautizos, confirmaciones, matrimonios, pago de diezmos y muertes; registros notariales de compra-venta, disposiciones testamentarias y tantas cosas más; censos de población y de índole económica; informes de curas, alcaldes, gobernadores y otras personas que sirven de enlace entre el poder municipal y los poderes de mayor aliento. La microhistoria que se ha venido haciendo en México en los últimos años se sirve también de libros de viajeros, de crónicas periodísticas y de las relaciones hechas por historiadores aficionados. El microhistoriador ha de hacer grandes caminatas o investigación pedestre, larguísima sentones en archivos públicos y privados y en bibliotecas.

La microhistoria puede ofrecer una información abundante y firme si los investigadores tienen la paciencia del santo Job y la múltiple sabiduría del rey Salomón. El microhistoriador recibe ayuda de un numeroso ejército

de archiveros, bibliógrafos, numismáticos, arqueólogos, sigilógrafos, lingüistas, filólogos, cronólogos y demás profesionales de las disciplinas auxiliares de la historia. El microhistoriador, en las jornadas de recolección y de crítica de documentos, se rasca generalmente con sus propias uñas; establece solo, o con pocos auxilios, la autoría, la integridad, la sinceridad y la competencia de documentos y reliquias. Un buen microhistoriador, don Rafael Montejano y Aguiñaga, escribe: "Los historiadores de provincia [los ocupados en historias locales] somos ermitaños reclusos en las cavernas de una problemática muy dura. . . En nosotros se ha hecho verdad lo que cantó Machado: 'Caminante: no hay camino, se hace camino al andar'."

El microhistoriador llega a lo microhistórico al través de un arduo viacrucis cuya última estación es la hermenéutica o comprensión de los fines de los seres humanos. El historiador de grandes hazañas nacionales cumple si explica los hechos por causalidad eficiente, y el que traza las líneas del devenir del género humano satisface a sus lectores si acude a la explicación formal, si se saca de la manga leyes del desarrollo histórico. El microhistoriador, para cumplir con sus antepasados y con los lectores de la comunidad que historia, requiere ser comprensivo; necesita comprender por simpatía a hombres de otras épocas; se ve obligado a someterlos a juicio a partir de los ideales de la gente que estudia. La microhistoria, más que al saber, aspira al conocer. El relato microhistórico comporta, por definición, la comprensión de los actores.

La historia patria, más que por la fundación de la comunidad que estudia, se interesa en los fundadores y el

sentido que le dieron a su obra. En un nivel microscópico de historización cuentan sobre todo los seres humanos y sus intenciones. En una tarea que es parte del culto a los ancestros, es más importante revivir difuntos que hacer la simple enumeración de sus conductas o el establecimiento de las leyes de su devenir. El saber microhistórico se dirige al hombre de carne y hueso, a la resurrección de los antepasados propios, de la gente de casa y sus maneras de pensar y vivir. Por otra parte, la microhistoria se interesa en todos los aspectos de las minisociedades.

La historia sin más, y sobre todo en los tiempos que corren, pretende ser científica hasta en las etapas de regreso del fondo histórico. Mientras la macro intenta descubrir leyes causales, la microhistoria se reduce al desentierro de hombres de estatura normal y de comunidades pequeñas. Para conseguir la resurrección del mejor modo posible, no se requiere de ayuda científica y sí de los auxilios del arte. La micro se comporta como ciencia cuando va hacia lo histórico y como arte a su regreso de lo histórico. La microhistoria no se ha academizado hasta el punto del aburrimiento. Exponer la historia concreta es siempre de algún modo contar historias interesantes, narrar sucesidos a la manera como lo hacen de viva voz los cronistas del común. La microhistoria, cuyo principal cliente es el pueblo raso, ha de comunicarse en la lengua de la tribu, en el habla de los buenos conversadores. Por el uso de un lenguaje accesible y sabroso la microhistoria no va a ser excluida de la república de

LAS CIENCIAS SOCIALES

A la que pertenece con igual derecho que la economía, la sociología, la demografía, la jurisprudencia, la ciencia política y las demás historias. Si las ciencias sistemáticas del hombre no son susceptibles de expresiones tan cálidas e interesantes como las de la narración microhistórica, no es porque sean más científicas, que sí menos humanas. Como el quehacer microhistórico suele estar saturado de emoción, se expresa, de modo natural, en forma grata, artística, atrayente, no árida y fría como la expresión de asuntos ajenos al prójimo; tampoco retórica, cursi, que es la manera de expresar la falsa emoción. La historia patria exige un modo de decir hijo del sentimiento.

La microhistoria es la menos ciencia y la más humana de las ciencias del hombre. Su antípoda es la economía. Si no me equivoco, la economía se aleja cada vez a mayor velocidad del hombre de carne y hueso. La más joven de las ciencias humanas se fue del hogar, concretamente de la cocina, antes que los otros saberes de pretensión humanística. Tras la ciencia económica marcha la sociología que ocupa un sitio intermedio entre la muy matemática economía y la antropología social. Aunque ésta se niega a permanecer en la simple descripción de costumbres lugareñas o regionales, aún no se remonta al cielo de las teorías. La reflexión política o politología también mantiene los pies en la tierra.

La historia local o del terruño, la microhistoria, es una ciencia de lo particular anterior a cualquier síntesis. Es una disciplina que arremete contra las explicaciones al vapor. Es el aguafiestas de las falsas generalizaciones.

Siempre da lata. Siempre le busca excepciones a la teoría que esgrimen las demás ciencias del hombre. Su principal ayuda a la familia de las humanidades es la de poner peros a las simplificaciones de economistas, sociólogos, antropólogos, políticos y demás científicos de lo humano, de un asunto tan complejo que se presta poco a generalizaciones. La microhistoria sirve antes que nada para señalar las lagunas en los territorios de las otras ciencias sociales.

Tiene también una función desmitificadora cuando irrumpen en el mundo del conocimiento las pseudociencias. En México es muy frecuente la inclinación a sacralizar los mitos provenientes de los países poderosos. Con bastante frecuencia esgrimimos filosofías que pretenden sustituir la observación. Mediante diversos trucos de propaganda se nos da gato por liebre, ideología en vez de ciencia. Para evitar ser víctima de los impostores también se recomienda, como preventivo, la microhistoria.

Y ya puesto en este plan de doctor pedante y soporífero, diré que no sólo sirve para rectificar y desmentir. También nutre y no únicamente cura. Cuida de caer en la excesiva confianza a que conduce la ciencia, pero también proporciona conocimiento científico. Muchos científicos sociales le conceden un valor ancilar; en primer término, los microhistoriadores. Don Alfonso Reyes le escribía a don Daniel Cosío Villegas: "Es tiempo de volver los ojos hacia nuestros cronistas e historiadores locales... Muchos casos nacionales se entenderían mejor procediendo a la síntesis de los conflictos y sucesos registrados en cada región" y en cada terruño. Al valor ancilar, de criada, de la microhistoria se refieren tam-

bién diversos estudiosos de la naturaleza humana. No pocos profesionales de las disciplinas que tienen por asunto al hombre juzgan que la mejor manera de conseguir una imagen redonda de la grey humana en su conjunto es el estudio de principio a fin de una pequeña comunidad de hombres.

Lucien Febvre escribe: "Nunca he conocido, y aún no conozco, más que un medio para comprender bien, para situar bien la historia grande. Este medio consiste en poseer a fondo, en todo su desarrollo, la historia de una región." Se ha llegado al momento de asimilar las minucias de los microhistoriadores en la construcción de la gran historia. Claude Morin, un historiógrafo canadiense de reconocida seriedad, dice: "La visión macroscópica mejorará gracias a la ayuda que le prestarán las monografías locales." En Foster se lee: "Lo que es verdad para Tzintzuntzan parece serlo también para las comunidades campesinas de otras partes del mundo." Según I. M. Lewis, aun "los antropólogos estructuralistas más extremados", requieren de las aportaciones de los reporteros locales. También "los antropólogos de la pelea pasada, los que se disputan el campo bajo las opuestas banderas del evolucionismo y del difusionismo, coinciden en el interés de la corriente de investigación microhistórica.

Los sociólogos que no rechazan el conocimiento histórico, ven provechosa a la cenicienta de la familia Clfo. Según Henri Lefebvre cualquier "trabajo de conjunto debe apoyarse en el mayor número posible de monografías terrúnicas y regionales". Hasta los economistas acuden a los servicios del microhistoriador. Beutin sostiene que "la historia de una hacienda, de un pueblo, de una ciudad puede ser ejemplar para muchos casos semejan-

tes —aunque todos estén igualmente estructurados— y servir de tipo” o ilustración de amplios sectores de la vida económica. Las manifestaciones de los científicos sociales en pro de la microhistoria son abundantísimas, pero no los voy a someter a un desfile mayor de citas. Lo cierto es que la relación de la microhistoria con la ciencia social crece a medida que se produce el distanciamiento con la filosofía y la literatura, las antiguas aliadas del quehacer histórico.

Ya nadie duda de la función de ancla de la historia patria. Ésta, según opiniones generalizadas, ejerce bien el papel de sierva de las otras maneras de historiar y de otros modos de aprehender la vida humana. Por dar respuestas a muchas interrogaciones de las ciencias sociales, según Chaunu, la microhistoria “es útil en el sentido más noble y al mismo tiempo el más concreto”. Para el historiador francés, la ciencia microhistórica, sobre todo si sigue el sendero cuantitativo, se convierte en “la investigación básica de las ciencias y las técnicas sociales”; el ama de llaves de economistas, demógrafos, politólogos, antropólogos e incluso de historiadores de espacios más anchos que el del terruño.

La microhistoria no padece por falta de defensores oriundos de las ciencias sociales. Abundan los abogados de fuera y de casa aunque éstos debieran ser más, pues en pocos lugares como México las disciplinas del pasado interesan a muchos. Los libros microhistóricos tienen ya una abundante clientela en la comunidad de los científicos sociales, sólo superada por el atractivo que ejercen en el público común, en el pueblo raso. La rama microhistórica del saber histórico es todavía más lectura popular que sabia, más alimento de legos que de colegas, pero

ese es otro cuento. Para la presente ponencia ya es hora de

LA CONCLUSIÓN

O epílogo. Concluyo con el resumen de lo dicho de tres términos: terruño, microhistoria y ciencia social.

De las instancias que utiliza el mexicano en su presentación (nombre propio, apellido familiar, la patria o el terruño donde nació, la región que lo engloba, la entidad federativa o la patria) aquí hemos esbozado la del terruño, que podría llamarse patria, pero que ordinariamente se denomina patria chica, parroquia, municipio y tierra. El terruño es dueño de un espacio corto y un tiempo largo. El común en la República Mexicana empieza en el siglo XVI con la política de congregaciones indias y la fundación de comunidades españolas. Se trata de pocos kilómetros de superficie, muchos años y poca gente. Las personas que ocupan sucesivamente un terruño se conocen entre sí. La lucha de clases suele ser mínima y de la familia, máxima. Las relaciones con el territorio propio tienden a ser amorosas, con las comunidades vecinas, de lucha, y con la ciudad próxima, de ocios y negocios. Diez, doce o quince de estas minicomunidades confluyen generalmente en una ciudad mercado, cabeza de una región. En lo cultural, cada terruño maneja un haz de prejuicios que rigen desde la mesa hasta el altar, pasando por un código de honor, una cosmovisión, un andadiro y una manera de hacer arte.

El espejo obvio del terruño es la microhistoria que hasta fechas recientes fue ejercida por aficionados de

memoria excepcional que la comunicaban de viva voz en forma un tanto difusa y mítica. Como quiera, en algunas comunidades se practicaba la crónica escrita desde el siglo XIX, y por excepción en la época novohispana. Varios terruños o parroquias de México han conseguido recientemente tener relatos microhistóricos plenos de dignidad científica y de valor artístico. La nueva microhistoria procura hacer el fiel retrato de un pueblo o comuna de cortas dimensiones desde su fundación hasta el presente. Con la composición de lugar llena el primer capítulo. Toma muy en serio la geografía, los modos de producción y los frutos de su microcosmos. Se interesa en los aumentos de población y en las catástrofes demográficas producidas por pestes, hambres y guerras. Le da mucha importancia a los lazos de parentesco y demás aspectos de la organización social. Se preocupa por robarle al olvido las acciones, sufrimientos e ideas de la gente municipal. Se asoma a la vida del pequeño mundo al través de multitud de reliquias y testimonios. Ve, escucha y lee con sentido crítico. Hace serios esfuerzos de comprensión. Le importan poco las relaciones causales y no disfraza el habla corriente con terminajos a la moda. Le vendría bien la expresión audiovisual del cine y la tele.

La microhistoria es la menuda sabiduría que no sólo sirve a los sabios campanudos. Es principalmente auto-sapiencia popular con valor terapéutico, pues ayuda a la liberación de las minisociedades, y a su cambio en un sentido de mejoría; proporciona viejas fórmulas de buen vivir a los moralistas; procura salud a los golpeados por el ajetreo y ha venido a ser recientemente sierva o ancilla de las ciencias sistemáticas de la sociedad: destruye falsas

generalizaciones y permite hacer generalizaciones válidas a los científicos sociales. Y por todas las virtudes anteriores, la práctica de la microhistoria bien vale el vaso de buen vino que pedía Berceo, justifica suficientemente una ocupación académica, un acomodo susceptible de atraer lucros menores, de subir sin prisas en el mundillo universitario y de conquistar fama en el breve contorno de la propia tierra, en el cenáculo de familiares y amigos, en la querida tierra.

JOS GONZÁLEZ Y
GONZÁLEZ

Nueva Invitación a la microhistoria

Nueva invitación a la microhistoria es una invitación al ejercicio y cultivo de esa rama de la Historia que se ocupa especialmente de la crónica de la vida social de comunidades pequeñas; una región, una ciudad, un estado.

Aunque este volumen no incluya ningún ejemplo de este tipo de trabajo, su principal interés radica en intentar definir el objeto y métodos de estudio del micro-historiador, además de los capítulos dedicados al análisis de la obra de algunos micro-historiadores nacionales notables.

Se incluye asimismo un bosquejo de los planes de estudio del recientemente creado Centro de Estudios Históricos del Colegio de Michoacán que informará al lector acerca del tipo de estudios que debe seguir un historiador profesional.



2792
111
.2

SEP/80



082
14792
U-11
24.2

214145

Primera edición, 1982

PRÓLOGO

Desde 1968, en que apareció *Pueblo en viño, Microhistoria de San José de Gracia*, me han invitado en distintas ocasiones para exponer, con abundancia de ejemplos mexicanos, qué es, para qué sirve y cómo "se cocina la microhistoria. Algunas de las exposiciones sobre los componentes microhistóricos se convirtieron en artículos largos de revistas especializadas. La primera compilación de tales artículos se publicó, con el nombre de *Invitación a la microhistoria*, en la serie Sep-Setentas en el año de 1973. Esta segunda compilación para la serie Sep-Ochentas es de cosas publicadas después de 1973, menos una. En ambas compilaciones el asunto es el mismo, pero la presente no es repetición de aquélla, y los ensayos de una y otra no son, en ningún caso, simples refritos.

En este volumen se recogen siete ensayos. El de entrada, sobre la "historia académica y el rezongo popular" rebasa el asunto microhistórico; se refiere a las principales maneras de hacer historia que practican hoy en México. El segundo se llamó originalmente "Hacia una teoría de la microhistoria". El tercero es una relación incompleta de la microhistoria mexicana, pues no se ocupa de los microhistoriadores de tiempos virreinales ni de los muy recientes. La cuarta entrega de este volumen corre el riesgo de recibir el calificativo

Planeación y edición: Dirección General de Publicaciones y Bibliotecas, Secretaría de Educación Pública
Producción: Fondo de Cultura Económica

D. R. © CONAFE
Av. Thiers 251
D. R. © FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Av. de la Universidad 975, México 12, D. F.

ISBN 968-16

Impreso en México

de fruto del mal humor. Comenta los deslices más frecuentes de los historiadores de la provincia mexicana. En cambio, el quinto artículo hace el elogio de tres de ellos, dos microhistoriadores a carta cabal y el otro macrohistoriador residente fuera de la metrópoli. El ensayo número seis es una escueta exposición de las aspiraciones docentes en materia de historia del Colegio de Michoacán, y el número siete, la introducción a un temario de apoyo a 32 monografías de sendas entidades federativas de la República Mexicana, encomendadas hacer por el secretario de Educación en 1979.

En esta ocasión, por razones de estrechez espacial y de desmemoria, sólo me voy a referir a tres colaboradores. Los que comentan: ¡Qué chiste! Le ayuda su mujer", están en lo justo. Armida viene siendo mi indiscutible colaboradora desde hace 26 años. En los últimos quince meses, gracias a don Agustín Jacinto, secretario de El Colegio de Michoacán, he podido distraer muchas horas para el ejercicio de la escritura. De 1979 para acá, la señorita Aurora del Río, en su carácter de secretaria particular, copia y recopia con paciencia y eficacia, pese a las interrupciones de llamadas telefónicas y de visitantes, oscuros manuscritos y mecanoscritos llenos de enmendaduras.

Zamora, 30 de mayo de 1981.

IV. VEJAMEN DEL MICROHISTORIADOR MEXICANO

El pecado original

del reo en este intento de juicio quizá provenga de la triple circunstancia de haber nacido en provincia, en mala hora y en hogar anacrónico. Es innegable que la metrópoli permite el nacimiento de historiadores de la especie anticuarria. Para probarlo con el botón de Salvador Novo basta. Como quiera, el vientre metropolitano produce mucho mayor número de historiadores monumentales y científicos. También el hormiguero chico incubaba personas especializadas en aprontar como modelos de buen vivir a héroes y santones del pasado nacional o en rehacer el tejemaneje del mundo histórico en su conjunto. Con todo, la especialización de la ciudad pequeña es la hechura de resucitadores ilusorios de padados familiares y lugareños. Este microhistoriador de aquí y ahora —y quizá de siempre y dondequiera— no es oriundo de la cosmópolis ni tampoco de las rancherías, pero sí de una ciudad pequeña, de una villa o de un pueblo; es decir, de una congregación de por sí conservadora donde el amor a un pasado propio y particular persiste de modo generalizado.

El microhistoriador de casa proviene de un *milieu* sano y normalmente conservador que, por perseguido, se ha

vuelto ultraconservador. Desde hace 150 años, desde la independencia, los mandamases de la República, para cumplir con su papel de abanderados de la patria grande, traen al estricote a las patrias chicas. En nombre del nacionalismo se aporrean impunemente las particularidades regionales. Éstas no conocen la práctica de los principios de federación y municipio libre que estatuye la Constitución, según el decir de los "profes". Tampoco se les convoca, como parecería por la presencia de congresos, a participar en la hechura de la patria común. Y es natural que las tradiciones locales, a fuerza de ser perseguidas por la gran tradición nacional, se les peguen como lapas a los vecinos de las provincias. Los provincianos serían menos conservadores de sus pasados propios si los capitalinos de nacimiento y de adopción no se hubiesen propuesto extirpárselos a la viva fuerza.

En suma, al microhistoriador mexicano le brota lo conservador por tres puntos: por provinciano, por perseguido en su provincialismo y por ser retoño de alguien, ya de familias de señores, tal vez hoy deslustradas por la pobreza; ya de familias de la mediana, quizá también venidas a menos. Por regla general, los microhistoriadores son vástagos, ora de gente que antes conoció el placer de la explotación del prójimo, ora de gente sólo libre, ni servil ni señorial. Todos en fin, unos por nostálgicos del paraíso y los demás por orgullo de su independencia, más o menos con ganas de volver a la pérdida de oro o de plata, de huir del presente, de conservar. Trátase de familias optimistas frente a lo sido y pesimistas ante lo que es y será. Son familias conser-

vadoras las que esculpen los curiosos tipos del genealogista y el microhistoriador.

La curiosidad por los pretéritos de la familia y el pueblo se despierta por pertenecer a esos círculos familiares apapachadores de su pasado propio, poblados de figuras y episodios de la stirpe y el solar. Es comprensible que un retoño de familia encofetada sacie su inclin histórico con la red de recuerdos familiares. Otros pasamos de la historia hogareña a la lugareña; sentimos en la vida local el prolongamiento en cronistas potenciales de la familia; nos convertimos en cronistas potenciales de nuestra patria chica o patria; nos sentimos llamados a ser los resucitadores y propagandistas de anécdotas y leyendas espigadas en las tradiciones orales del hogar y la comunidad, pocas veces con el propósito de acordarse de lo que fue para evitar que vuelva a ser; casi siempre con el fin, seguramente morboso, de volver al tiempo ido, a las raíces, al ilusorio edén, al claustro del vientre materno; rara vez sin conservadurismo, en buenas relaciones con el presente, con la finalidad de hacer libre a nuestro pequeño mundo de las ataduras de su tradición. Lo más común es seguir atrapado en el vicio del conservadurismo, seguir siendo un ser de antes, muy dado a las antiguallas, con mucha devoción por lo caduco y con

Poco oficio

o falta de ignorancia o un defectillo que la mayoría de las veces es venial: la afición o el diletantismo. La crianza en el seno de una familia conservadora despierta el apetito histórico pero no enseña la manera de satisfa-

cerlo. Tampoco la escuela daba la destreza requerida. El niño picado de la curiosidad histórica debía recorrer muchos años y bancas para obtener un papel que lo acreditase como historiador a secas. El viacrucis se iniciaba en la escuela primaria, a la que tenían acceso los niños de cualquier región, y más si eran de clase media o alta. Allí se les daba en casos muy contados y nunca en más de un curso la historia de su entidad federativa, y al través de algún otro curso, nociones de la vida hispanoamericana y mundial y, con mucha insistencia, historia de bronce, historia patriótica encauzada a conservar familias, a proveer a los niños de una moral disfrazada de historia, de una moral por ejemplo, distinta según se impartiese en escuela pública o de monjas y sacerdotes. La criatura de la primaria pública aprendería a portarse bien a fuerza de conocer las virtudes ciudadanas de Hidalgo, Juárez, Madero y demás héroes de la serie liberal. La criatura de la escuela privada se haría buen ciudadano mediante el conocimiento de Iturbide, Miramón y demás varones de la serie conservadora. Y así, durante un sexenio, al niño con vocación de "anticuario" le llovían vidas dignas de imitación y hechos que hay que venerar y repetir cuantas veces la patria o el gobierno que la administra estén en peligro. Y naturalmente la criatura no aprendía a hacer esa historia de bronce porque entre otras cosas ya era cosa hecha y se correría el riesgo de desportillar las glorias nacionales si se daba a la niñez la posibilidad de descubrirlas por su propia cuenta.

Algunos microhistoriadores no estudiaron más allá de esa primaria. Pero aun los que persistieron en la secundaria y en la preparatoria no encontraron alicientes para

su vocación. En la enseñanza media tampoco se enseñaba la historia haciéndola, y sólo se impartían nociones hechas de historia patriótica e historia científica. El vocado a la historia particular que sólo obtuvo el título de bachiller no tiene por qué considerarse más ducado en las investigaciones históricas que el egresado de la primaria. Pero tampoco en el pináculo de la educación el afecto a la microhistoria encontró su oficio. Los más asistieron a universidades sin carrera de historia, ni siquiera profesiones de cultura, únicamente con oficios técnicos para ganarse la vida. Muchos tomaron la carrera de leyes con la esperanza de encontrar allí instrumentos útiles para el ejercicio de su vocación, pero sólo llegaron algún curso de historia del derecho que no les sirvió de gran cosa.

Muy pocos frecuentaron las escuelas donde se fabrican historiadores. En México las facultades de historia todavía se cuentan con los dedos de las manos y sobran dedos. Hasta hace poco, en la provincia no había ninguna. Ahora hay algunas. Ni éstas ni las capitalinas han sido pensadas, salvo excepción, para hacer historiadores particulares. La enseñanza histórica universitaria produce maestros de historia monumental e investigadores de historia científica. La experiencia acumulada por anticuarios y microhistoriadores no se trasmite en ningún centro universitario. No hay tampoco un manual, una cartilla del microhistoriador en la lengua de las eses.

Los devotos de la microhistoria mexicana jamás han caído en el vicio del profesionalismo; no poseen la teoría de su práctica; padecen desde el momento

de deslindar el campo de sus investigaciones. No saben satisfacer el precepto que manda: "Nada de arquitectura sin proyecto de arquitecto. Nada de historia sin hipótesis de trabajo". A veces ni siquiera son conscientes de que "el conocimiento de un tema histórico puede ser peligrosamente deformado o empujado por la mala orientación con que se le aborde desde el principio". Lo común es dejarse guiar por los papeles y recuerdos de que se dispone, y como dice Leuilliot, "por las circunstancias de la investigación y por las preocupaciones profesionales". No es raro que los arrastren las normas de la historia científica, y más aún, las leyes de la historia de bronce.

La falta de rigor intelectual se traduce aún en el ejercicio de las operaciones analíticas comunes a las tres historias. Con mucha frecuencia ni siquiera se sabe dar con las fuentes de conocimiento histórico y menos hacer el acopio de materiales. Según le oí decir al padre Montejuano en Monterrey en septiembre de 1971, es la torpeza heurística el mayor obstáculo en el interior de la República para el desarrollo de la historia regional. La credulidad y otras formas de la falta de pericia crítica es otro mal mayor. Muchos microhistoriadores siguen ignorando normas antitiquisimas para establecer la autoría, la sinceridad y la competencia de documentos, monumentos, tradiciones orales y demás huellas del pasado. La afición o el gusto es sin duda la base de todo buen conocimiento de historia particular, pero el rigor metodológico son los muros. Como las demás ciencias históricas, la micro no puede prescindir del rigor, de la prueba,

de la aproximación metódica a lo real; no debe seguir padeciendo la triste fama de estar harta de amor al terruño y ayuna de auténtica investigación científica. El historiador provinciano es en los tiempos que corren un hombre sin oficio y

Sin beneficio

la mayoría de los microhistoriadores se quejan con justa razón de tres pobreza: de información, de tiempo y de pan. De la primera, don José Francisco Pedraza dice: "muchas veces nuestro esfuerzo es dolorosamente sobrehumano y hondamente penoso" por la "desarticulación o inexistencia de archivos y bibliotecas, carencia de bibliografía, pobreza o carencia de medios económicos y humanos". De por sí la microhistoria no puede contar con tantas pruebas como la macrohistoria. La gente y los hechos de fuste, materia de las demás historias, dejan muchas huellas de su paso terrenal; no así la gente humilde y su vida cotidiana. Cicatrices terrestres, supervivencias, vestigios arqueológicos, papeles de familia, registros parroquiales, libros de notarios, libros de viajes, censos, informes de curas y alcaldes, estatutos, leyes, periódicos y tradición oral, los testimonios más frecuentados por los microhistoriadores, son tenues rayos de luz de difícil uso en la mayoría de los casos. Con pocos testimonios, y por añadidura inaccesibles, el historiador parroquial pasa las de Caín, para realizar su tarea.

"Los historiadores que radican en la provincia —según denuncia hecha por don Wigberto Jiménez Moreno

en 1971, en San Luis— no pueden consultar archivos ricos y bien catalogados", y a veces ni pobres y en desorden. Es vieja costumbre mexicana la de destruir archivos. Recuérdese lo contado por don Ciro de la Garza: "En mi pueblo, en Burgos, Tamaulipas los archiveros municipales los quemó un bandolero." Eso lo han hecho en distintas fechas y lugares revoltosos de toda laya. La piromanía que se nutre de fondos documentales la gozan también en épocas de paz nuestros coheteros. Con fines utilitarios de otra índole, contribuyen a la paulatina destrucción de los papeles viejos el fabricante de cartón y el abarrotero pueblerino. Ratas y polillas hambrientas también aportan su granito de arena a la gran obra de suprimir documentos. En cambio, coleccionistas y traficantes se contentan con mudarlos, los coleccionistas a su casa, y los traficantes a los depósitos de los gringos. Hay por supuesto importantes fondos que según Jiménez Moreno "han escapado al saqueo" y la destrucción porque ignoran su existencia los piromaniacos, los abarroteros, los coleccionistas y los traficantes. También quedan, aunque a buena distancia de quienes los necesitan, muchos testimonios en la capital de la República, en numerosas ciudades de los Estados Unidos, en la centralizadora España y en casi todo el mundo. Aún más, subsisten y pueden consultarse, aunque estén en el retrete de los presos como el municipal de Sahuayo o en un cuarto húmedo y poblado de sábanas como el de notarias que usé en Jiquilpan, de todas las capitales de los estados, en casi todas las cabeceras de municipios y parroquias y aun en sitios de menor bulto y renombre.

La gran mayoría son simples hacimientos de papeles en cuartos sin luz ni espacio donde el erudito pueda acomodarse.

Tampoco se escapan de la violencia y el descuido los impresos de las bibliotecas. En Mariano de Jesús Torres se lee para Michoacán y para la época de la Reforma algo aplicable a todos los rincones de la República y a varias de sus épocas:

En las bibliotecas de los conventos había datos preciosísimos para la historia... pero el gobierno liberal que ocupó los bienes eclesiásticos, y por tanto las bibliotecas de aquéllos, no cuidó como era su obligación, de recoger éstas, reunirías y conservarlas con escurpitoso esmero, sino, antes bien, las entregó al pillaje y a la devastación, las dejó en el abandono más lamentable... Recuerdo todavía con tristeza que en el edificio que servía de prefectura estaban hacinados en el suelo... pilas de libros que... los soldados llevaban a vender por papel viejo a las coherterías y a las tiendas de comestraje.

Si las estadísticas no mienten hoy contamos con 2133 bibliotecas públicas, una por cada 28 000 habitantes. 397 se localizan en la capital y poseen el 63% del fondo bibliográfico del país. Las 1936 bibliotecas provincianas reúnen 3 millones de volúmenes; 1718 en promedio por biblioteca. En las de Nayarit la cifra media es de 880; en Zacatecas de 692; en Oaxaca, de 560 y en Tlaxcala de 450. Las bibliotecas bien abastecidas son lujo de grandes ciudades. La gran mayoría de acervos bibliotecarios son de escasa utilidad. Hay poquísimas obras de preferencia; casi no hay libros modernos que permitan

estar de moda en asuntos intelectuales. Excepcionalmente, como en las bibliotecas de la Universidad de San Luis Potosí, del Instituto Tecnológico de Monterrey y de la Universidad de Nuevo León, no se carece del personal preparado para organizarlas y enriquecerlas. Lo normal es que sean saqueadas, y para no desmerecer frente a los archivos, que se les tenga en desorden y sin catalogación alguna, en locales punto menos que insertables, sin muebles ni personal *ad hoc*.

Los eruditos locales, para colmo sin oficio (es decir, sin el billete de entrada al reino de los cargos), se ven obligados a investigar con pocos fuentes, en horas perdidas y sin estímulos económicos. La investigación es "una cosa adicional al trabajo de rutina. Yo —dice don Ciro de la Garza— me gano la existencia como miembro del tribunal de Tamaulipas y mis horas de descanso las dedico a la investigación". El ejercicio de la microhistoria no da para comer. La sabiduría provinciana, sin excepción, repite incesantemente el célebre dicho de Orozco y Berra: "Si tengo tiempo me falta pan; si dispongo de pan no tengo tiempo". Y el poco tiempo de que dispone suele emplearlo en excesos, en la comisión del pecado de la

Hybris

hay pocos recursos y se malgastan. Tener apenas para comer y gastarlo en borracheras de órdago es ni más ni menos lo que la sabiduría de los griegos denominó *hybris*, violación a la norma de la medida, *sursum corda*, "regarla". Según Platón hay *hybris* siempre

que la medida del gusto es rebasada, lo cual se puede hacer con alguna facilidad, en un mero descuido, en distintos órdenes: vital, económico, ético, estético e intelectual. A la *hybris* intelectual le llama Toynbee el pecado fatuo de la omnisciencia; la gente culta del común, enciclopedismo, y el común de la gente, todoismo.

En mi pueblo tuvimos hasta fecha reciente un desmesurado todista. Ramiro Chávez tenía a su cargo los cursos del 16 de septiembre, la dirección y la hechura de las piezas teatrales representadas en el colegio de niñas, las exploraciones arqueológicas, los debates filológicos con los descritos que caían al pueblo, el archivo municipal, los poemas para recitar los días de santo de las matronas distinguidas, la confección de pinturas, esculturas y diversas formas de arte menor, la batuta de un coro de mujeres enlutadas, las clases de cualquier cosa en cualquiera de las dos escuelas, el aprendizaje del diccionario, y la crónica exacta y minuciosa del pueblo y su región, y en todos los pueblos hay los que sirven tanto para un barrido como para un regado y que generalmente, entre los muchos oficios por ellos ejercidos, está el de cronista parroquial.

El microhistoriador se siente obligado a partirse en mil trozos; principalmente le da por saber de todo un poquito y por comunicar su sabiduría enciclopédica a las primeras de cambio. Esto sucede aquí, en Francia y dondequiera. El francés Leuilliot asegura: "El microhistoriador siempre tiende a desbordarse, en lugar de restringirse a un tema. No dudará en meter una digresión, a menudo muy erudita, en una monografía aldeana; no eliminará, sistemáticamente, todo lo que pueda

aparecer sin relación con su tema... lo multidisciplinario se realiza vigorosamente en los sabios locales." Ellos escriben tratados que podrían llamarse: "Libro de todas las cosas y algunas más."

En el círculo académico hay temas que comúnmente desuso. En el ambiente microhistórico, todo asunto es eterno. El papel del individuo en la historia ya no interesa mayormente a historiadores, sociólogos y economistas. Al microhistoriador le sigue fascinando la biografía. El sacerdocio de la historia científica desdeña hoy los acontecimientos políticos y militares. Los que ejercen la historia local siguen resucitando hechos de armas y alcaldadas. Por lo demás, los cronistas locales no son insensibles a la moda de los temas, les atraen los que están en turno; por ejemplo, hoy, las vicisitudes económicas y demográficas. Para ellos todo cabe en un jarrito sabiéndolo acomodar. Sus libros parecen tiendas de antigüedades de temas a la moda como en los olvidados por la cultura capitalina. Pueblan sus libros con triques de toda especie. Rara vez distinguen entre lo importante y lo insignificante, entre lo que influye, trasciende o tipifica y lo que es mera cháchara. Acumulan sin ton ni son cualquier vestigio de historia del terruño, y de fuera, por el afán de recuperar a sus ancestros en toda su redondez. Es muy rara la microhistoria sin patrañas y fantasías. Es más rara aún la que liga ese cúmulo de noticias e imaginaciones fragmentarias y de la más diversa especie. La mayoría son fárragos descosidos.

Hay por lo menos dos modos irritantes de hacer historia. Uno, utilizando el método de tijera y engrudo.

Otro, sólo el engrudo. Del primero suelen abusar los historiadores científicos. Recortan trozos de fuentes primarias y secundarias y a continuación los unen según el orden que se hayan impuesto. Del segundo modo pueden servir de ejemplo algunos microhistoriadores. Reproducen con pelos y señales documentos y reflexiones y no se toman el cuidado de unirlos. Abundan en sus obras las ideas y los hechos sueltos. En ellas se advierte una gran capacidad para referirse a todo y una soberana incapacidad de síntesis. En otros términos, la técnica del mazacote es muy a menudo utilizada por el genio y el microhistoriador.

Esa forma de la desmesura que es la manía enciclopédica, ese vicio de que adolecen tantas de nuestras historias locales es posible atribuirlo al espíritu anticuario, al diletantismo, al desorden de archivos y bibliotecas, a la curiosidad universal, a la soberbia y también a otro pecado mayor, al demonio del menor esfuerzo, a

La pereza

que según la *vox populi* la compartimos todos los mexicanos por culpa del clima, del indio y del español. Dizque la temperatura es tan cálida en algunas partes que produce sopor y en otras tan fría que genera entumecimiento. También dice la voz de la calle que la culpa la tiene la eterna primavera del altiplano y los muchos dones de nuestra natura. Los antindigenistas hacen responsable de tan feo vicio a la raza de bronce, al indio acurrucado junto al nopal. Los antihispanistas opinan que la pereza nos la trajeron los españoles que

se mueven mucho y no van a ninguna parte y hablan hasta por los codos y no dicen nada. Personas ilustres, como Manuel Gutiérrez Nájera, aseguran que Dios hizo al hombre para ser ocioso y, por consiguiente, el mexicano no debe preocuparse por su condición adánica, por su holgazanería; antes bien, debe bendecir al creador por no haberlo expulsado aún del paraíso donde son desconocidas la trombosis coronaria, la úlcera y la alta presión.

Es fauna que los mexicanos somos flojos y que en la redondez del mundo los que viven fuera de las ciudades enormes no lo son menos. También es de tomarse en cuenta otro hecho; los sabios suelen ser menos compulsivos que los ignorantes, y los sabios de provincia, aquí y dondequiera, mucho menos. Leuilliot nota: "El historiador profesional está generalmente presionado y ansioso de acabar; el historiador local prefiere el trabajo a fondo." Si usted es habitante de la gran ciudad tiene que correr y producir muchas páginas, aunque sean prescindibles. Si vive en una pequeña ciudad de provincia o en un pueblo nadie lo correteará ni se dejaría corretear. Fuera de la metrópoli casi todo se puede dejar para mañana. Quizá los capitalinos trabajen más de la cuenta; quizá los provincianos menos de la dosis salutaria.

En algún encuentro anterior, Israel Cavazos Garza se dolía de la poca asistencia de los historiadores locales al magnífico y bien organizado archivo que él preside en Monterrey. Si mal no recuerdo, Eduardo Salceda se quejaba de lo mismo con respecto al archivo municipal de León, también rico y organizado. Alguien

puede creer que el culpar a la mala organización archivística de la escasa producción de la microhistoriografía local es una coartada de la pereza. El perezoso, según Toynbee, "posterga o elude la ordalía de realizar una obra creadora con cualquier excusa plausible... Un estudio demuestra que es culpable de una hipocresía subconsciente cuando alega ignorancia y asegura que su conciencia no le permitirá escribir, publicar ni decir nada sobre el tema que está estudiando hasta que no haya dominado la última coma de información".

Cuando pensamos en el microhistoriador mexicano nos viene a la cabeza la lista de los muy productivos como Rafael Montejano y Aguiñaga, Israel Cavazos, José Ramírez Flores, Jesús Romero Flores, Francisco R. Almada, Joaquín Meade, Mario Colín, Leonardo Pasquel, Cuauhtémoc Esparza, Luis Rublú, José María Muriz y muchos más y nos olvidamos de miles de microhistoriadores dispersos en todos los rincones del país que aún no se atreven a escribir una línea o que son autores de un solo artículo. Aun suponiendo que todas las excusas alegadas por los ágrafos tengan validez, la escasa producción de historias locales, dado el abundante número de investigadores, inclina a pensar que la inacción culpable tiene mucha vela en ese entierro. Creo que es justo repetir a muchos de nuestros amigos provincianos el consejo de Manuel Gutiérrez Nájera: "Lo que tienes, chico, es pereza, sacúdete y trabaja; si no, vas a quedar como las mulas del doctor Vicuña que, cuando ya iban aprendiendo a no comer, murieron de hambre."

Una gran parte de los sabios se van a la tumba sin

antes haber trasmitido la espléndida sabiduría acumulada durante su vida. Son legión los que no le han hecho caso al aforismo de Leonardo da Vinci: "Huye del estudio en el cual la obra resultante muere conjuntamente con el que la realiza". También abundan los que se contentan con escribir para sí o sólo para sus muy allegados. Si es cierto que hay deberes para con la sociedad, ni los ágrafos y ni los que únicamente escriben para ellos mismos los cumplen. Estos son también en buena medida responsables de otra de las amarguras de la situación microhistoriográfica:

La soledad

permanente. "Un cierto grado de soledad en espacio y tiempo es indispensable —como dice Bertrand Russell— para producir la independencia necesaria que requiere un trabajo importante." Los historiadores metropolitanos anhelan sin conseguirla la dosis necesaria de aislamiento. Lo que les falta a los unos les sobra a los otros. Muchas deficiencias de los sabios de provincia son achacables a la falta de comunicación con otros sabios. En éstos no se da "la proporción de soledad y compañía que, según Paul Valéry, es conveniente para la hechura de las obras del espíritu". Recuérdese la queja del secretario de nuestra asociación: "Producimos... en la soledad... sentimos la indigencia, sufrimos el menosprecio oficial y particular, y en dolorosas ocasiones hasta el familiar". El cronista lugareño se sabe isla sin puente.

En las ciudades mayores del interior hay una o más

academias, juntas, sociedades donde suelen reunirse periódicamente los cronistas de la ciudad. En algunas villas existen clubes que agrupan a los interesados en ciencias, letras y artes. En la mayoría de los centros urbanos brilla por su ausencia la necesaria sociedad de sabios. Desde hace poco se puso en camino una Asociación de Historiadores Regionales. Los congresos de historia que sesionaban anualmente en distintos puntos de la República han prescindido de esta buena costumbre. No funciona hoy ningún organismo que permita e impulse el contacto entre historiadores particulares y generales. Se echan de menos también los lazos que unan al microhistoriador mexicano con el extranjero. Escasean los mecanismos especializados en poner en contacto, a nivel local, nacional e internacional, al erudito provinciano con sus cofrades.

La publicidad endeble es otro factor de encierro. Con justa razón dice el licenciado Pedraza: "No logramos publicar nuestro libro; inéditas también quedan nuestras notas y apuntes, nuestros artículos, nuestras investigaciones..." Algunos diarios de provincia hospedan en su página editorial un corto número de notas históricas. En pocos sitios hay revistas de cultura que le hacen lugar a la historia y publicaciones periódicas de índole historiográfica como *Roel*, *Revista de Estudios históricos*, *Teotlalpan* y diversos boletines. Por lo que toca a libros, la pobreza es mayor. En los últimos cinco años, en México se ha publicado un promedio de tres mil títulos anuales. Los más no son de autores del país, ni tampoco los mejores de fuera. Los libros de microhistoria apenas son el 1% del total. Por otra par-

te, lo común en el medio microhistórico es que el autor publique su volumen en ediciones de corto tiraje, mal diseñadas y bien surtidas de errores tipográficos.

La circulación no aventaja a las ediciones. Recuérdese lo que dijo el padre Montejano sobre la gente reunida en Monterrey, en aquel Congreso de Historia del Noroeste: "Cuando se escribe y publica en el interior es obra inédita o seminédita que muchas veces no llega siquiera a los especialistas". Es rara la obra que va a librerías distantes del contorno donde se produjo; son muy pocos los libros de nuestra provincia que reciben hospedaje en las bibliotecas públicas; más raros aún son los que despiertan la atención de la crítica especializada o de la común y corriente. Lo que circula en calidad de regalo nomás no circula. La microhistoria no se vende.

Y aún hay otros estorbos para la comunicación, difíciles de remover. Entre el cronista de un terruño y el de al lado se interpone la falta de comunidad temática. Un vigoroso etnocentrismo impide la unión de los sabios provincianos entre sí. Para la comunicación de éstos con los historiadores monumentales y científicos de la capital la máxima traba la ponen los capitalinos por desconfiados y desdenosos. En Francia, en Inglaterra, en Estados Unidos es frecuente oír expresiones de reconocimiento para las monografías históricas locales. En nuestra capital, si quita a don Wiggberto y media docena más de simpatizadores de la subcultura provinciana, no se oyen piropeos para la intelectualidad extracapitalina. Al contrario, se le desconfía dizque por pasional y desprovista de método, y se le desprecia, y

aun se le combate y estigmatiza por no estar a la última moda en asuntos y técnicas. Al intelectual académico no le gusta mezclarse con gente amateur. A ésta, por su lado, le da por exhibir a gritos las omisiones en que incurre el profesional de la metrópoli.

De la comunión con los legos basta decir que cada cronista local cuenta con una clientela en su propio terruño. Generalmente no conoce lectores más allá de su patria chica por las causas ya expuestas y por la que sigue. Las formas de efemérides, diccionario, monografía geostadística en que muy a menudo se vierten los descubrimientos de la investigación local no son nada fascinante para el común de los lectores. Tampoco los estilos más frecuentados por la crónica lugareña son de mucho pégue. El estilo solemne, *camp*, de la escuela de la fecundia no es el más adecuado para comunicar la vida y la obra de gente de estatura cotidiana, no egregia. El acostumbrado por el microhistoriador con humos de hombre de ciencia, con pretensiones de conseguir la fría objetividad, tampoco es el ropaje que le queda a una materia histórica necesariamente emotiva. Me late que se ganarían lectores con el uso del habla lugareña que sólo en muy contados días de guardar y en los discursos de oficio se vuelve perfunada y altisonante, cuando ordinariamente es sólo sabrosa.

V. TRES HISTORIADORES DE PROVINCIA

MONTEJANO, DE SAN LUIS *

Don Rafael Montejano y Aguiñaga viene a ocupar la silla que naturalmente le corresponde, la que dejara vacante, a los 86 años de vida, el más ilustre historiador de San Luis Potosí, uno de los fundadores de esta institución: don Primo Feliciano Velázquez. Pero don Primo murió cuando don Rafael cursaba la juventud, edad no académica. La intrusión de una voluntad misteriosa hizo que fuera lo que debía ser. El sitio que abandonó Velázquez se mantuvo vacío por el tiempo requerido para que el señalado como heredero por los poderes invisibles se añejara suficientemente. Por fin, el 27 de marzo de 1973, las voluntades de los académicos llaman al indiscutible sucesor del ilustre difunto para ponerlo en posesión de la sede que fundó, y ahora, 26 de agosto de 1974, don Rafael, tras de pasarle el plumero, se sienta en la silla que lo esperaba vacante desde hace veinticinco años.

El famoso historiador de San Luis a quien la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la

* Discurso de bienvenida a don Rafael Montejano y Aguiñaga en respuesta al discurso de ingreso de éste a la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la Real Española, leído el 26 de agosto de 1974.

de España, se complace en recibir en su instituto, nació en la buena ciudad consagrada al rey cruzado y en el mal año de 1919, en un tiempo de penosa convalecencia internacional y nacional. Todavía sentíase el olor de la matachina en que se enfrascaron casi todos los hombres del mundo entre 1914 y 1918. Todavía México, ocupado en su propia trifulca desde 1910, andaba con muletas, se quejaba de magulladuras, raspones, torceduras, dolores musculares, trancas, reveses dolorosos, machetazos al rey de espadas, puntapiés, convalecencia difícil y penosa.

Según los cálculos de don Wigberto Jiménez Moreno, el recipiendario y quien le da la bienvenida son de la generación de sátiros desencantados; dizque somos de una generación poco seria, que da en burlarse de las cosas divinas y humanas. Probablemente por haber tenido maestros rebozantes de optimismo, ciencia y solemnidad, se haya despertado en algunos de los nacidos entre 1918 y 1933, la sensibilidad para la burla, para una burla que, dicho sea para consuelo de nuestros queridos mentores, está muy lejos de derribar el edificio de las costumbres. Así, nadie puede decir del padre Montejano que sea un demoleedor, pero tampoco nadie puede negar que es un revisionista, un irreverente, un experto en blandir palabras contra esto y aquello, contra un pasado poco glorioso y contra un hoy bastante mal parecido. Don Rafael, como los de la generación precedente, es científico sobrado de sabiduría y método. Con todo, no tiene el aire de sus inmediatos antecesores. Es de otra promoción hu-

mana; es un representante de la más sutil sabiduría de la alada generación del medio siglo.

Aunque no falte quien sostenga que el padre Rafael ha sido siempre un sabio, hubo una época en que, por no serlo, fue estudiante. Mientras a un presidente de la República le dio por perseguir sacerdotes y monjas e hizo estallar la Cristiada, Rafael Montejano aprendía a leer, escribir, contar y rezar en la escuela "José María Morelos", colegio católico. Concluida la educación primera a los once años de edad, optó por el oficio más zarandeado entonces por el jefe máximo de la Revolución: el sacerdocio. De 1930 a 1938 estuvo en el seminario guadalupano de San Luis Potosí adiestrándose en humanidades y filosofía. Poco después las autoridades eclesiásticas lo despacharon a Roma, a la Universidad Gregoriana, a seguir estudios de teología. De allí salió alineado en la tradición medieval que hace de los hombres eruditos, pensantes e ingeniosos, hombres de Iglesia. La Gregoriana le dio la licenciatura en teología en julio de 1942. Su tesis fue sobre *El problema del mal en la "Ciudad de Dios"*, de San Agustín.

Aparte de los divinos, sin salir de Roma y del círculo clerical, siguió cursos paganos. En 1943, en la Scuola Vaticana di Biblioteconomía, Paleografía ed Archivística se preparó para serlo ahora archivista: un bibliotecario y organizador de vejestorios documentales, ágil y de mucho saber. También en Roma, gracias al maestro jesuita don Pedro Leturia y a otros ilustres historiadores de la Iglesia, se hizo historiador profesional, obtuvo su licenciatura con una tesis sobre

"El problema del clero indígena en México durante el siglo xvi." Desde entonces, el profesionalismo aunado al auténtico gusto por la historia, han hecho del padre Montejano una figura sobresaliente en la capilla mexicana consagrada a Clío, pues escribe obras a la vez confiables y legibles.

En 1945, de vuelta en su patria y su terruño, doblemente licenciado, reemprende el aprendizaje. En la Escuela de Arqueología de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí hace estudios de eso, y en la misma Universidad y en los mismos años, aunque en otra escuela, sigue historia de México. Por otra parte, fortalece sus virtudes de bibliotecónomo en varias ciudades de los Estados Unidos, en la primavera de 1959.

De 1945 a 1959, don Rafael combinó el aprendizaje con la docencia. Después de 1960 abandonó el estudio formal, que no la cátedra. Siempre en San Luis, pero en diversas instituciones y años impartió de modo ejemplar las materias de filosofía, historia universal, historia del arte, biblioteconomía, latín, sociología, historia de México, técnica del periodismo, etimología introducción a la economía, ética del trabajo social, etcétera. Que es un hombre del Renacimiento o de la Ilustración, domiliciado por error en el siglo xx, lo prueban sus enseñanzas de técnica de investigación y redacción a ingenieros y enfermeras, de antropología, a sólo aspirantes de enfermería, y de historia de la cultura a los que van para arquitectos. En San Luis Potosí, ha sido y es "el maestro" de toda sabiduría.

En mi tierra, a don Rafael Montejano y Aguiñaga le dirían "todista". Es buen sacerdote; fue estudiante

modelo; es buen catedrático, y ha sido un hacedor múltiple. Ha organizado y maneja estupendamente la biblioteca de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Es también de recordarse que fundó y fue el primero en presidir la Asociación de Bibliotecarios de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior de la República Mexicana. En 1970 fundó la Academia de Historia Potosina que preside, y dos años más tarde --yo lo vi-- trajo gente de donde quiera para el "primer encuentro de historiadores de provincia", encuentro que produjo la Asociación Mexicana de Historia Regional, presidida por él. Y esto no es sino una mínima parte de sus quehaceres. En el capítulo de "cargos" del *curriculum vitae* de nuestro colega figuran 19 instituciones que usan de sus servicios, en las que trabaja con absoluta entrega.

Dentro de las prisas de este acto litúrgico, apenas cabe aludir a la vasta labor periodística de quien ha dirigido las *Fichas de bibliografía potosina y Vid*, y ha colaborado a la difusión de la cultura con artículos de interés permanente que constan en cuatro periódicos potosinos (*Cultura Cristiana, El Herald, El Sol de San Luis y Estilo*) y en la *Nueva Enciclopedia Católica*.

Fuera de San Luis, el padre Montejano no hace todavía mucho ruido como periodista y como orador, que sí como editor y autor de libros. Quién ignora que es el responsable de las publicaciones de la Academia de Historia Potosina que en la serie "Cuadernos" ha dado a conocer 31 volúmenes; en la serie "Documentos", cuatro, y en la serie "Estudios", cosa de diez.

Quién no sabe que a partir de 1945, fecha de publicación del *Ensayo de estadística eclesiástica potosina* y de las *Lecciones de bibliotecología*, escribe por lo menos dos obras anuales. Las de 1949 fueron de índole bibliográfica; las dos de 1952, de índole coral; la más famosa del dúo de 1953, la *Guía de San Luis Potosí*, se sigue receditando y poniendo al día lustro tras lustro. En 1954, sin dejar de hacer coros hablados y monografías referentes a la capital potosina, inició la serie de obras sobre algunas comunidades parroquiales de la diócesis de San Luis.

En 1964 da a conocer la vida de una parroquia muy venida a menos, de la comunidad del valle de Santa Isabel del Armadillo, un pueblo que visto hoy no parece capaz de tanta cosa como la que le atribuye el padre Montejano quien, con gusto y profesionalismo, investigó en los papeles parroquiales de Armadillo y San Nicolás, en los autores más prestigiados de historia de la región y en los dichos de los viejos, y produjo una monografía que se distingue por la enorme información, el buen sentido crítico, la probidad interpretativa y la lengua sabrosa y justa. En poco más de 300 págs., desde un punto de vista que difiere mucho del oficial y se acerca al popular, contempla la cuatricentaria vida de unos pocos miles de habitantes en un pequeño ámbito crecientemente miserable, apoyado por una naturaleza madrastra y una política padrastra.

El segundo alarde microhistórico de don Rafael es de 1967. No me refiero a *Fundadores y fundación de Río Verde*, otra sonada publicación del mismo año.

Quiero evocar una obra maestra mandada hacer por un señor cura a propósito del siglo y medio de la fundación del *Valle del Maíz*. Como Paul Valéry, Rafael Montejano produce excelentes obras de encargo. Así ésta, elaborada con cariño y espíritu de curiosidad, como si fuese la historia de su terruño, como que es la historia de una porción de sus campos natales. Pese a la falta de notas de pie de página, ningún erudito puede tener en duda sus sólidos cimientos documentales. No obstante lo copioso de la información, ningún aficionado a la buena lectura la soltará antes de llegar al fin. Como es un voluminoso libro escrito por un sacerdote sobre una comunidad devota, la vida de religión está ampliamente tratada, que no olvidadas las vidas política, económica y social.

Los libros microhistóricos, modelos en su género, escritos por Montejano, van para la docena. Baste enumerar *Alaquines y su Señor del santo entierro*, *Del viejo San Luis*, *El palacio municipal de San Luis Potosí* y el muy reciente sobre *Cárdenas*, el municipio llamado así no por el Tata, sino por un antihéroe, por un tal Luis de Cárdenas que maltrató indios "con gran malicia en el siglo xvii", que hizo a la gente del lugar sufrida, que la capacité para resistir resignadamente a tres héroes del México contemporáneo, al tío Gedillo, formado por Magdalena, Saturnino y Cleofas.

En una cápsula de diez minutos no cabe la referencia de todas las habilidades de Montejano. Me guardaré para momento más oportuno la mención a la manera extraordinaria como ha ejercido un género histórico ahora en decadencia: la crónica de santuarios, imáge-

nes milagrosas y figuras ejemplares de la vida cristiana. Tampoco hay tiempo para hacer el debido elogio de sus logros como historiador de las letras. Aquí apenas cabe mencionar dos obras fundamentales sobre lo que escribió: *Othón y el ambiente cultural en la juventud de Othón*, y a un coloso que se llama *Diccionario biobibliográfico de escritores potosinos*.

Sin duda don Rafael Montejano y Aguiñaga merece el sobrenombre de maestro de toda erudición potosina. Ningún historiador de antes ni de ahora ha llegado a saber tantas potosinadas como él. Como principio de cuentas ha conseguido un conocimiento en extensión y profundidad, y de punta a punta, de todos y cada uno de los historiadores que lo precedieron en la labor de descubrir a San Luis. En 1961 y 1966 publicó sesudos recuerdos de don Primo Feliciano Velázquez; en 1972, de don Joaquín Meade y don Francisco de la Maza, y ahora, en el discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Historia correspondiente de la gachupina, acerca de la poblada pléyade de historiadores potosinos.

El profesionalismo y la afición a la historia del padre Rafael; la variedad, la enorme cantidad y la exquisita calidad de la obra montejana, y el justo prestigio de que goza el sabio Aguiñaga en la república de los historiadores, explican la presencia, en la parte superior de este recinto académico, del padre Rafael Montejano y Aguiñaga.

Reflexiones sobre Historia Regional

*Carlos Martínez Assad**

I. El jacobinismo original

En el principio fue la revolución y ésta se hizo verbo y encarnó en las instituciones, es decir en un Estado fuertemente centralizado que logró hegemonizar la vida política suscitando el consenso de las mayorías y recurriendo a la fuerza cuando eso no sucedía. La presencia de la clase dirigente nacional en el centro político-administrativo del país, habría de dar ciertas características al proceso social y económico que siguió a la construcción del país.

El Estado dio al nuevo régimen una orientación populista enarbolando las banderas agrarista y obrerista, como respuesta a las demandas y presiones tanto de los campesinos como de los obreros. El jacobinismo que caracterizó durante un largo período al Estado radicalizó aún más el proceso estableciendo los márgenes para el mayor dinamismo de la sociedad. Gramsci para explicar la debilidad del Estado nacional italiano encontró que la burguesía del "novecento" no logró desarrollar una política jacobina en términos de alianza con las clases populares y no tuvo capacidad para recuperar sus demandas.

En este sentido, coincidiendo con A. Mathiez habría de señalar: "Los jacobinos no fueron en sustancia fanáticos obsesionados por un ideal abstracto, como tradicionalmente los ha representado la historiografía y la propaganda liberal burguesa, sino revolucionarios consecuentes, capaces de adecuar su acción política a la realidad social de su tiempo y de movilizar las fuerzas necesarias para la consecución de sus fines". De

* Instituto de Investigaciones Sociales, U.N.A.M.

Antonio Gramsci, *II Ritorgimento*, 1974, Editorial Gramsci, Argentina, pp. 56-57.

igual forma, en el caso de México parece restársele importancia al jacobinismo de los primeros años, negando la esencia de una historia que se inicia justamente con el fortalecimiento de una nueva burguesía. El jacobinismo está vinculado tanto a la presencia indiscutible de esa nueva clase, como a la existencia de un Estado también de nuevo cuño.

Sin embargo, jacobinismo y separatismo son dos aspectos de un mismo fenómeno: separar y dividir para unificar, celularizar para englobar, segmentar para totalizar, establecer cerrazones para homogeneizar, individualizar para acabar con las diferencias, parecen haber sido las divisiones del nuevo grupo en el poder identificadas con los regímenes de Obregón y Calles, que de alguna manera heredaron a los regímenes subsecuentes.

En la práctica esa política se expresó en la existencia de una constelación de movimientos regionales, que aunque no siguieron los caminos recorridos en Europa durante la formación de la nación moderna, sí dieron un marcado énfasis a ciertos principios autónomos. En otra parte ya he dicho que el movimiento obregonista que culminaría con el Plan de Agua Prieta, definió la suerte política de distintos gobiernos estatales, de los cacicazgos regionales y de los jefes militares, sellando una alianza que implicaba el reconocimiento implícito de su poder y la posibilidad de ejercer el control de su región.

2. Itinerario de una investigación

La preocupación por el conocimiento de los problemas regionales parece haber surgido de una manera espontánea y no como parte de un plan preconcebido, cuando menos en aquellos investigadores interesados en el período posrevolucionario. Tal predisposición muestra necesidades surgidas paralelamente y que se unen en una misma intencionalidad: la de conocer aquello que nunca se nos dijo y la de encontrar una respuesta a lo que nunca se nos respondió. De tal forma que cuando un domingo cualquiera me vi frente a un libro rojo de pastas duras bastante dañado por el tiempo, que ostentaba en la primera página la foto de un desconocido que sonreía con la firma al calce de Tomás Garrido Canabal, decidí adquirirlo para leerlo con avidez esa tarde. De pronto me sentí en otro país, el contenido, si bien apoloético, era completamente desconocido para mí. Después vinieron las preguntas, si Garrido Canabal había existido, si había sido un comecuras o si sus Camisas Rojas habían sembrado el terror. Seguí mis pesquisas como se lee una novela a fin de llegar lo más rápido posible a conocer el misterio.

Me encontré frente al dilema de discernir si era posible realizar una investigación y si ésta podía llevar al conocimiento de un fenómeno desconocido para la historiografía del período posrevolucionario, o si simplemente se trataría de conocer la vida de un personaje más. Pese a las dudas iniciales tomé el riesgo y me puse a recopilar indistintamente libros sobre el período y sobre Tabasco, estado del sureste donde irradió el poder de Garrido.

Creo es importante hacer este breve relato porque esa fue mi primera sorpresa a propósito de la existencia de movimientos regionales,

que poco a poco fui descubriendo, tenían su propia dinámica y sus leyes internas. Se trataba de verdaderos procesos sociales con sus fuerzas políticas, generalmente con un personaje clave en la relación de los hechos, bases de apoyo específicas, con objetivos claramente establecidos, adversarios definidos y manifestaciones realizaciones en sus ámbitos específicos.

3. Cuestión de enfoque

Resulta difícil precisar hasta dónde el análisis de los movimientos regionales obedece solamente a la perspectiva en la que se sitúa el analista. Habría dos posiciones: la de quienes desde una perspectiva global —nacional— enfocan el problema y de aquellos que prefieren desde lo particular enfocar lo general. No creo que la problemática sea adecuadamente expuesta en ninguna de estas perspectivas: habría que buscar una tercera que permita entender efectivamente los procesos sin contemplaciones falsamente encubiertas de enfoques nuevos. La tarea no es tan sencilla sin antes tratar de romper con los viejos esquemas y las ideologías que con relativo éxito han pretendido ocultar la realidad. Será necesario romper con el falso "cosmopolitismo intelectual" que menoscaba y considera peyorativo el estudio de lo regional por limitado. De la misma forma deben reconsiderarse los planteamientos de liberales trasnochados y de quienes para sustentar posiciones izquierdistas hacen la historia de un movimiento obrero sólo para darle la centralidad en el proceso y evitar que entren en contradicción con marcos teóricos preconcebidos.

Una tercera propuesta de análisis permitiría encontrar la riqueza de un movimiento, muchas veces más complejo que su primera definición ideológica. "Garridismo" podrá ser equivalente de anticlericalismo pero sólo en un primer momento, antes de descubrir el movimiento de clases medias con su carácter modernizador tan definitivo; y para contraponer, "cedillismo" podrá leerse como conservadurismo hasta no encontrar la explicación de su vínculo con el movimiento campesino que le dio vida y lo apoyó hasta el final. El "tejedismo" quedará como uno de los pocos ejemplos de la alta coherencia entre su definición y su realización en el espacio del agrarismo radical. Esta propuesta lejos de simplificar la cuestión, la complejiza, en la medida que cada universo social de cada movimiento en particular, nunca dejará de vincularse a ese otro universo de lo nacional.

Los intentos centralizadores del Estado para asegurar el control político aun de las zonas más apartadas, sólo podía realizarse con el ejército o a través de todos los caciques diseminados por todo el territorio. Esta estructura de poder en el momento de la reconstrucción aparecía compartimentada acentuando las tendencias separatistas, que paradójicamente reforzaban la unidad política del país con marcadas diferencias regionales. Esta forma de imposición del grupo en el poder, jacobina por su violencia, aseguraba el dominio político en las regiones y la aplicación de las leyes generales del Estado. Lo que no significa que los caciques no hicieran uso de la violencia para alcanzar sus propios fines, ni de que ellos mismos aceptasen a conveniencia en cierto momento aquellas leyes

aplicables en el centro político "civilizado" del país, pero no ahí donde la "barbarie" seguía estando presente.

He de agradecer a un colega el haberme permitido discernir finalmente la cuestión, quien al comentar uno de mis trabajos concluía que para él la problemática de lo regional estaba inserta en dos ejes fundamentales. El primero —decía— estará dado por la forma como se imbricó la conflictividad regional con el proceso nacional, puesto que la revolución rompió con la unidad alcanzada hasta el porfirato y la radicalidad del proceso despertó un conjunto de diversas fuerzas regionales con capacidad para interpretar de variadas maneras, resultando una heterogeneidad de las concepciones sobre el poder (y cómo ejercerlo, añadiría) y de las reformas sociales que se pretendían efectuar. La consolidación del proceso en el nivel nacional obligó a definir un solo proyecto que sería resultado de las distintas oposiciones que existían regionalmente. Aquí un segundo eje: la edificación de un Estado moderno capaz de introducir al país en los requerimientos de un más acabado proceso de acumulación de capital —la industrialización y la reforma agraria requería, la institucionalización y centralización del poder; en esta medida hubo de transitar por un largo y complejo período en el que el poder central fue liquidando los cacicazgos regionales más peligrosos (sin duda por la fuerza social que aglutinaban), a la vez que mantenía alianzas con aquellos que aceptaban el dominio del centro en tanto les otorgaba márgenes de cierta autonomía, hasta finalizar con la liquidación de los feudos políticos regionales y refuncionalizar sus estructuras sociales y de poder con los requerimientos del gobierno central en plena fase de institucionalización.

4. El poder central vs. los poderes regionales

Las dificultades del gobierno de la república, con sede en la zona centro-sur del país, para asegurar el control político, favorecerían la existencia de cacicazgos fuertes que a nivel regional representarían el poder de ese gobierno tan alejado territorialmente; distancia agrandada por la carencia de medios de comunicación efectivos, así como por un sinnúmero de accidentes geográficos.

Se decía, no sin cierta razón, que las autoridades regionales contaban con todo el apoyo del gobierno del centro, o que los poderes de los caciques derivaban exclusivamente del presidente y que el federalismo sólo era utilizado para sostener los despotismos regionales. No obstante parecería que la fuerza de algunos cacicazgos radicaba también en sus posibilidades de llevar a cabo determinadas prácticas políticas con relativa autonomía en sus zonas de influencia. Habría que buscar el sentido de esta paradoja en algunos de sus elementos explicativos; tales como el control de los medios de producción locales, en la capacidad de los caciques para establecer alianzas personales a nivel regional y nacional, en su relación con las clases populares, en su facultad para lograr mantener fuertes movimientos políticos en su respectiva área de influencia, en la ideología que evidenciaban los dirigentes a través del discurso, en el consenso social alcanzado o en la utilización de medidas coercitivas.

Aunque difícil de interpretar porque apenas se trata de intenciones implícitas, lo que evidenciaron los diferentes movimientos regionales, a través de sus distintas y particulares acciones, fue la contradicción entre el gobierno del centro y los poderes regionales, encarnados estos últimos políticamente en el cacique con algo de líder y de jefe militar, así como socialmente en sus seguidores. Pero hay que insistir que no se trató solamente de lazos de "clientelismo", las bases sociales muchas veces estuvieron completamente convencidas de la legitimidad de sus jefes y de las acciones con las que respondían a su llamado.

Por lo general fueron hombres con amplio poder político en sus regiones los que se colocaron a la cabeza del movimiento, casi todos representaron alternativas de poder frustradas solamente por la fuerza que iba adquiriendo un Estado que se fortalecía constantemente. Los movimientos tuvieron que recurrir tanto a radicalismos de izquierda como de derecha a fin de rebasar las iniciativas del gobierno del centro, lo que no siempre resultaba exitoso, ni alejaba a la sociedad de múltiples peligros. Pero ahí estaba el Estado para actuar cuando las contradicciones se hacían intolerables. Entonces tomaba las medidas indicadas a fin de desarticular no sólo ciertas acciones, sino el movimiento en su conjunto: primero contó con la fuerza del ejército federal, siempre superior a los frentes que un jefe local lograba organizar por muy numerosos que fueren, recuérdese a Tejeda o a Cedillo; luego estaban ya allí las instituciones y la fórmula: "Yo en mi carácter de Presidente Constitucional..."

De una manera u otra, los movimientos políticos de las regiones fueron desarticulados, a través de distintos medios: el Estado forzaba a los dirigentes a someterse a la política del régimen en turno, se le confinaba a trabajar sus tierras, se le cambiaba de zona militar, se le ofrecía una embajada en cualquier país extranjero, podía ser exiliado o de plano asesinado. Se daba también, y su costo social era mucho mayor, una abierta ofensiva contra las bases sociales, lo más recurrente fue el desarme de los campesinos (con las sabidas consecuencias), convirtiéndose en presa fácil de las guardias blancas pagadas por los terratenientes, eran perseguidos o desafortunados de las prebendas obtenidas como participantes durante el período de la lucha armada, además, el gobierno les arrebató las tierras que en otro momento (cuando salieron en su defensa) les otorgara.

Apoiados por las organizaciones masistas como las de Veracruz, por campesinos inconformes como los que siguieron a Cedillo a una rebelión condenada antes de nacer, o bien por las organizaciones populares creadas "desde arriba" como las de Tabasco; la libre administración regional, obtenida de manera práctica sólo en las regiones donde hombres fuertes detentaron el poder, tenía por límite el desarrollo de las propias instituciones. La sociedad debía sujetarse a un Estado fuertemente centralizado dispuesto a hacer respetar decididamente sus principios.

5. ¿Y si hubiesen ganado los conservadores...

Es de sobra conocido que México es formalmente una república federal y representativa desde la segunda mitad del siglo diecinueve; sin em-

bargo la autonomía de las entidades federativas que aún la constitución actual concede, sólo ha estado y está presente en el papel. Este problema no dejó de ser señalado en distintas ocasiones, los zapatistas, por ejemplo, se pronunciaron por el municipio libre casi de la misma forma que años después lo reivindicaba la Liga Nacional Campesina, promovida por Ursulo Galván y el Partido Comunista Mexicano. En Tabasco se criticaba a quienes aseguraban que ser revolucionario quería decir "estar bien" con los poderes federales, así como a quienes no comprendían que el gobierno de la federación no podía tener en las entidades más intervención que la señalada por las leyes.

La idea de constituir en el país una república, representativa y democrática compuesta de estados libres y soberanos unidos en un pacto federal, sería reivindicada precisamente por las entidades que se sentían en posición desventajosa debido a sus exiguas riquezas o a antecedentes políticos, véase el reparto agrario posterior a la revolución y se encontrará que fueron más favorecidos los estados que más pronto se sumaron a la contienda. Lo que para el Estado era una cuestión de puro formalismo, en las entidades era interpretado como algo susceptible de ser llevado a la práctica recurriendo a los postulados de la teoría que fundamentaba el equilibrio de poderes, normando así el carácter de la relación del Estado con las regiones.

Fueron fundamentales en el fortalecimiento del poder central instituciones como el ejército; la iglesia, por contradictorio que parezca; la escuela, tan llevada y traída en las campañas nacionalistas; y el partido oficial, llámese PNR, PRM o PRI.

Si alguna institución cabe el haber reforzado la centralización política fue el ejército, presente en todo tipo de alianza que permitiese el mantenimiento del orden y la estabilidad del país. Primero aliado a los campesinos definió un bloque agrario-militar que coincidió con el surgimiento de un Estado nacional burgués de corte jacobino; después pasaría a reforzar la alianza obrero estatal cuando años más tarde la burguesía nacional se encontró más claramente definida en su proyecto económico de corte industrial. No obstante desde la vigencia de ese primer bloque, el Estado aseguró su legitimidad frente a las masas populares vía un intenso reparto agrario a través de las concesiones que el movimiento obrero logró obtener a través de una ardua lucha.

En relación a la iglesia cabe destacar que la brecha abierta entre ésta y el Estado desde el siglo diecinueve, no se cerraría sino tiempo después del gobierno callista, cuando comenzó a tenderse un puente entre los sentimientos del pasado y la necesidad cada vez más apremiante de alinear el consenso de todos los mexicanos. Es posible decir que el conflicto religioso de finales de los veinte y principios de los treinta más que dividir terminó por unir a un conglomerado manifestamente católico, ante una persecución desahogada del gobierno del centro y aún más exagerada en algunas entidades, último momento del violento parto de una nueva sociedad. La iglesia fue recuperando poco a poco su influencia hasta llegar a un *status quo* frente al Estado, sobre todo cuando las masas, tanto tiempo excluidas, presionaron para su incorporación al siste-

ma educativo. Ante la fingida ignorancia del Estado, la iglesia recuperó su decimonónica trinchera ideológica en la escuela. Los movimientos regionalistas más radicales perdieron una bandera que les había sido fundamental.

La educación resultó un elemento extremadamente importante en la historia de las regiones, con gran atención en unos casos, con descuido en otros, asunto de los librepensadores casi siempre, pero también reclamada por el clero en ocasiones. Al parecer sólo en los breves períodos en que el país estuvo gobernado por los centristas la cuestión educativa fue un asunto a cargo del Estado. Pero con el triunfo de los liberales, que garantizaban la autonomía administrativa de los estados que se unían en torno al pacto federal, la educación se entendía como asunto que debía resolverse en las regiones. Hay evidencias de que los gobiernos locales o aun los simples ayuntamientos trataron de dar solución al problema educativo. Incluso durante el porfiriato el número de escuelas sostenidas por el gobierno del centro era mínimo y el gasto público que representaba apenas si afectaba el presupuesto federal. De hecho, el espíritu del liberalismo sufrió una cierta transposición con los gobiernos postrevolucionarios y el Estado fue conquistando el rol autoritario y centralizador, tanto en el sistema educativo como en otros renglones de la vida social.

En realidad el Estado, influenciado seguramente por las doctrinas del siglo pasado, no se preocupó mayormente por la resolución del problema educativo a nivel nacional. Es de sobra conocido el impulso dado por José Vanconcelos a la educación y aun así el panorama siguió siendo desolador hasta que las campañas nacionalistas de los distintos regímenes tuvieron que darle un papel central.

Todo esto permitió que el problema fuese resuelto de manera autónoma por los gobiernos locales, principio que entró en contradicción a medida que avanzaba la centralización político-administrativa. Durante el gobierno de Calles, por ejemplo, debido a innumerables contradicciones, las escuelas federales quedaron desorganizadas en algunos estados como Chiapas, Yucatán, Tabasco y Campeche; es decir el gobierno del centro no logró desarrollar una política educativa a nivel nacional sino años después, probablemente con el impulso que diera Cárdenas a la llamada escuela socialista. Sin embargo, las contradicciones sobre quién se debería hacer cargo de la educación del pueblo fue motivo de discusión durante varios años. Finalmente el Estado centralizó la educación y sólo quedaron algunas escuelas estatales como muestra de la iniciativa concedida constitucionalmente a las entidades federativas.

Sobre la tendencia centralizadora del partido oficial sólo recordaré que habiendo surgido como una conglomeración de partidos regionales, vinculados casi siempre a un cacicazgo fuerte en 1929 con el nombre de PNR, sufriría una metamorfosis al cambiar su filiación individual cuando se transformó en PRM, en un organismo corporativo de Estado. El partido, nacido para ganar, no logró ser la casa de la gran familia revolucionaria sin enfrentar serios problemas a nivel regional. En varias entidades fue visto como un organismo impuesto desde el exterior que preten-

dia dirigir internamente la política. Los partidos regionales se encargaron de hacer frente al organicismo intruso y siguieron manejándose con cierta independencia, hubo varios conflictos, muchos fueron resueltos sin mayor problema, en otros casos derivaron siempre en violentos incidentes, algunos partidos fueron desconocidos y otros perdieron su nombre absorbidos por el del nacional.

6. Fuente que no has de beber...

Los estudios regionales continuarán siendo escasos y probablemente seguirán ignorados mientras los estudiosos de la realidad nacional consideren que no valen siquiera una "nota de pie de página". En realidad no se trata de cuestionar los estudios globalizantes que mucho han aportado, lo que es importante resaltar es la reticencia que existe a la desnaturalización de algunos mitos impuestos por la historiografía oficial. Avanzar en los estudios regionales podría motivar desconcierto en torno a lo que realmente ha sido nuestra historia nacional, método que sin duda llevará al replanteamiento de la actuación política de los distintos grupos.

Era importante iniciar este apartado del uso de las fuentes de la historia regional haciendo una breve mención a los problemas del cosmopolitismo intelectual y de la historiografía oficial porque, sin duda, son las dos variables que han puesto más obstáculos y porque a fin de cuentas resulta difícil que aún quienes nos hemos dedicado a los estudios del nivel regional podamos escapar a tendencias ideológicas.

Tener en cuenta esta suma de problemas representa ya un paso hacia la formulación correcta del tema de estudio. Pero nadie podrá negar la relación que se da entre los movimientos regionales y la política nacional, aunque hay que insistir en que son las condiciones particulares de la sociedad en la región estudiada, su dinámica y sus orientaciones, lo que nos permitirá explicar el sentido del movimiento.

Una vez conocido el objetivo del estudio, deberá situarse espacial y temporalmente. Se pueden hacer cortes más o menos claros, que sólo podrán asegurarse a medida que se avance en la investigación; en lo que a mí respecta estos fueron delimitados por el movimiento social, es decir, por la presencia de un conjunto de actores sociales que con objetivos y orientaciones afines se enfrentaron conflictivamente a un adversario común en un espacio y en un tiempo más o menos determinado.

El hecho de que los casos que he estudiado se sitúen en este siglo ha facilitado la investigación en la medida que he podido contar no sólo con fuentes hemerográficas y de archivo, sino con actores que vivieron el proceso y que proponen su propia explicación. Su presencia me ha permitido experimentar que la historia forma parte de nuestro presente; pero antes de la entrevista he tenido que recurrir principalmente a fuentes hemerográficas. La lectura de los diarios y revistas en los que los mismos actores relataron sus experiencias, resulta siempre de una gran riqueza en la medida que se puede conocer el discurso, la ideología y tener algunas pinceladas de la vida cotidiana en la región. Cuando sólo es posible recurrir a

la prensa nacional, son varios los riesgos de hundirse en un mar de acontecimientos y de falsas interpretaciones del sentido de determinado movimiento; por ello me resultó de una gran riqueza la lectura de las publicaciones hechas en la propia región. Aunque el punto más equilibrado es sin duda el del manejo de los dos niveles en el estudio del mismo problema. La prensa regional presenta la dificultad de que, salvo en casos muy conocidos, no puede considerarse completamente rescatada por las instituciones nacionales encargadas de hacerlo, aunque existen posibilidades. En los casos de la prensa de Veracruz, Tabasco y San Luis Potosí de los años treinta, es bien claro.

Los archivos, por su parte representan una de las fuentes fundamentales, lamentablemente los archivos de los gobiernos regionales son escasos y de muy difícil acceso; por fortuna, está el General de la Nación, que aunque desde la perspectiva del centro a la periferia da cuenta de distintos litigios —expresión de los conflictos sociales y políticos— y su solución.

La consulta de las distintas fuentes seguramente se retroalimenta, de tal forma que resulta difícil fijar los tiempos, y el orden a seguir; mas bien considero que aún haciendo la consulta con el mejor sistema posible el analista volverá una y otra vez a la misma fuente hasta estar seguro de la veracidad del conjunto de los conocimientos.

Por supuesto, nadie desconoce la importancia de la bibliografía regional, elaborada la mayoría de las veces por historiadores locales que caen en el punto opuesto del intelectual cosmopolita y se consideran los únicos predestinados a escribir su particular historia. El saqueo cultural a todos los niveles ha provocado tal actitud, que seguramente cambiará con el acercamiento a la historia regional en forma más permanente.

En el rubro de la bibliografía la literatura ha tenido también su papel. Los distintos géneros literarios pertenecen al historiador acercarse a la traba de relaciones existentes en un momento histórico determinado; a través de la novela se puede discernir sobre las relaciones del poder y tener una idea más general de las manifestaciones culturales. Resulta a veces más comprensible la Revolución mexicana —y perdonen el lugar común— a través de una novela como *Los de abajo* que de algún acartonado texto historiográfico, que en última instancia reproduce la ideología oficial. El ejemplo no resultaría exagerado, no lo es tanto si se considera que Azuela nos ubica en el contexto sociohistórico, pero además nos permite conocer las costumbres, la ideología, los prejuicios de los actores que deambulaban en sus obras, no en balde prefiguró el cambio revolucionario.

Hay también una extensa producción literaria sobre las regiones y resulta incluso sorprendente que hasta los extranjeros ubicaran sus relatos en distintas regiones. Graham Greene se inspira incluso en un movimiento regional y en las orientaciones que enfrentaron a actores y adversarios. D.H. Lawrence, por su parte, de manera más lejana se fundamenta en toda la cuestión religiosa (mítica) que sería tan discutida entonces en México, pero la ubica también en una región.

7. Epílogo

No es nada fácil deslindar entre las aportaciones de una historia que se hace y se concibe desde "lo alto" y una historia que si bien considera variables identificadas con los movimientos populares, no puede despojarse de ese pecado original, el discurso que representa al gobierno del centro apenas si es substituido por el discurso del líder o cacique regional. Se avanza, sin embargo, en términos de complementar una historia global, totalizadora, que en nombre de un principio universal abandonó el conocimiento de sus expresiones más específicas. Quién puede creer ahora que la Revolución de 1910 tuvo el mismo arraigo e igual intensidad en el norte y en el sur del país. Hay manifestaciones, sí, de un malestar social generalizado pero nunca las mismas alternativas de solución.

El estudio de los movimientos regionales no podrá suplir la historia nacional, la historia de una sociedad y de un pueblo, pero sí será ese paso necesario para reformular la historia y lograr una visión de conjunto de la formación de un país nuevo.

en la selección de
las lecturas de esta
Crestomatia, así como
en la organización
del seminario, colaboró
entusiastamente

GONZALO ZAVALA ALARDÍN,
a quien CONEICC agradece sinceramente su
trabajo.

FFC.